



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
"ACATLAN"

LA REORIENTACION DE LA POLITICA EXTERIOR
SOVIETICA HACIA AMERICA LATINA A RAIZ
DE LA REVOLUCION CUBANA Y SU ORIENTACION
SOCIALISTA EN NICARAGUA

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL TITULO DE
LICENCIADO EN
RELACIONES INTERNACIONALES

P R E S E N T A:

MAURICIA IRMA ALVARADO ZACARIAS

ASESOR: HALYVE HERNANDEZ ASCENCIO



MEXICO, D. F.,

AGOSTO DE 1995

FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre:

"Por el esfuerzo y apoyo brindado durante todos estos años"

A mi padre:

"Por haber fincado en mi el reto de la superación constante"

INDICE

INTRODUCCION

I. ANTECEDENTES HISTORICOS

La política de la Unión Soviética hacia América Latina de 1917 a 1960.....	3
--	---

II. PRINCIPALES ASPECTOS DE LA POLITICA EXTERIOR SOVIETICA HACIA LATINOAMERICA

a). Las directrices políticas fundamentales.....	12
b). La asistencia financiera del CAME a los países del área.....	16
c). La cooperación científico-tecnológica.....	21
d). El intercambio cultural.....	25

III. LA REVOLUCION CUBANA Y LA REORIENTACION DE LA POLITICA EXTERIOR SOVIETICA

a). El pensamiento libertador de Martí.....	35
b). Las premisas revolucionarias de Fidel Castro y sus discrepancias con Moscú.....	38
c). El alineamiento de Castro a la órbita soviética.....	46
d). La ofensiva soviético-cubana en Latinoamérica.....	52

IV. LOS CANALES DE PENETRACION SOVIETICOS EN AMERICA LATINA

a). La capitalización de los errores políticos de los Estados Unidos en América Latina...	65
b). Los métodos de infiltración, legales y/o revolucionarios.....	80

V. NICARAGUA EN LA EXPECTATIVA SOVIETICA

a). De la filosofía libertadora de Sandino al Proyecto del Gobierno de..... Reconstrucción Nacional	88
b). La perspectiva política de Reagan y el apoyo moscovita a Nicaragua.....	93
c). La experiencia cubana y su aplicación práctica en el caso nicaragüense: su proyección hacia América Latina.....	97

CONCLUSIONES	105
---------------------------	-----

BIBLIOGRAFIA	112
---------------------------	-----

INTRODUCCION

La política exterior de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) hacia América Latina ha mostrado tradicionalmente poco interés, siendo Europa y el Medio Oriente la principal preocupación de su política. Durante la Rusia zarista, se prestó poca atención a la geográficamente remota región latinoamericana y sólo se sostuvieron esporádicos contactos con el área durante el período colonial y a través del siglo XIX.

Después de la Revolución Rusa de 1917, el gobierno bolchevique intentó la creación de partidos comunistas en la zona como un medio para establecer su presencia en Latinoamérica. Sin embargo, no fue sino hasta la Revolución Cubana y a la inesperada sobrevivencia del régimen castrista que el concepto soviético de las zonas de influencia cambió radicalmente.

Inicialmente la Unión Soviética observó el curso de la Revolución Cubana con escepticismo y sorpresa. Primero asumió, que no era una revolución radical y después, cuando demostró serlo, que Estados Unidos de América no permitiría a Cuba subsistir.

Cuando el nuevo régimen cubano completó un año en el poder, la URSS inició sus primeros contactos con ésta, sólo entonces pareció creer que Fidel Castro representaba una revolución social latinoamericana genuina que podría resistir o ser tolerada por los norteamericanos dándole apoyo verbal primero, después económico y finalmente militar.

Por todo esto, nosotros consideramos que la política exterior de la Unión Soviética hacia América Latina tuvo una nueva orientación a raíz de la Revolución Cubana. Creemos que ésta demostró cierta capacidad de las fuerzas progresistas y revolucionarias latinoamericanas para adoptar el camino del desarrollo socialista en la década de los setenta. Los resultados prácticos de la experiencia cubana fueron utilizados no sólo para adecuar los canales de penetración soviéticos en América Latina, sino también para evitar enfrentamientos estériles con el gobierno sandinista, con el propósito de consolidar la dirección socialista de Nicaragua y proyectar su presencia a través de los logros del sistema socialista en la región. Suponemos que ante la actual crisis de poder que enfrenta la ex Unión Soviética, su política exterior

tomará una posición defensiva y poco activa no sólo en el ámbito latinoamericano sino en todo el contexto internacional.

El objetivo del presente trabajo es analizar cuáles fueron las directrices políticas fundamentales de la Unión Soviética hacia América Latina a partir de la Revolución Cubana, para determinar si ésta se condujo de una manera especial con los Estados latinoamericanos, o bien, si su actitud no fue más que una variante de su política general hacia los países en vías de desarrollo, con el propósito de establecer su hegemonía en una región considerada tradicionalmente de influencia norteamericana.

Asimismo, se pretende establecer los medios que Moscú utilizó en sus esfuerzos de penetración político-ideológica en Latinoamérica, tomando en consideración las peculiaridades políticas, económicas, sociales e ideológicas existentes en las naciones del área así como el nuevo curso que tomarán sus relaciones con la región después de su desintegración política y el resquebrajamiento del sistema socialista.

El análisis de la reorientación de la política moscovita hacia América Latina se llevó a cabo considerando a los países latinoamericanos como una entidad única, que a pesar de su diversidad en formas económicas, políticas y sociales, presenta elementos unificadores que le permiten ser considerada como una unidad dentro de la diversidad de sus regiones geográficas, grupos étnicos, etcétera. Pero que al mismo tiempo, presenta similitudes en la condición de su desarrollo, su ideal común de progreso y su dependencia económica de Estados Unidos de América.

Dado que la política exterior soviética fue extraordinariamente amplia y multiforme, nos hemos permitido particularizar sólo en los hechos que, de alguna manera fueron significativos para la entonces Unión Soviética, por la trascendencia de los mismos y los cuales redituaron al país de la hoz y el martillo una ganancia política en términos de imagen y presencia en América Latina.

I. ANTECEDENTES HISTORICOS

La política exterior de la Unión Soviética hacia América Latina de 1917 a 1960.

Los antecedentes de cómo se establecieron las relaciones diplomáticas entre la Rusia zarista y América Latina están lejos de ser exhaustivos, de hecho, existen hasta el momento una serie de lagunas en lo que se refiere al desarrollo de los vínculos ruso-latinoamericanos, y según lo remarcado por los historiadores soviéticos especializados en la política exterior de su país, el presente tema no ha sido aún lo suficientemente discutido ⁽¹⁾.

Hasta los años setenta del siglo pasado Rusia no mantenía relaciones diplomáticas con países de América Latina. El gobierno zarista rehusó normalizar relaciones con las Repúblicas latinoamericanas que habían logrado independizarse de las monarquías ibéricas y rechazaban los intentos que se sostenían en ese sentido. Como señalaba Filipp Brunnov, renombrado diplomático ruso; Nicolás I "asumía una actitud malevolente ante la posibilidad de entablar contacto con aquellos Estados" ⁽²⁾.

Además, existían otro tipo de factores que explicaban la falta de interés en entablar relaciones oficiales con Latinoamérica, tales como: lo anémico e intermitente del intercambio comercial entre Rusia y dichos países (el cual se realizaba casi sin excepción a través de terceros), la inestabilidad interna que por largo período imperó en los países del continente tras de haber conquistado su independencia, y el insuficiente grado de desarrollo de los contactos latinoamericanos con otros países.

Fue en los años setenta del siglo XIX cuando comenzaron a conformarse condiciones propicias para lograr avances positivos en los vínculos ruso-latinoamericanos que guardaban relación con el desarrollo del capitalismo, tanto en Rusia como en América Latina, factor que ineludiblemente impulsó a ambas partes a ampliar nexos comerciales, en primer término, y posteriormente los lazos diplomáticos. Los primeros contactos comerciales y diplomáticos se realizaron con Argentina en 1885, con México en 1887 y con Uruguay en 1890 ⁽³⁾.

En octubre de 1885, Alexandr Lonin fue nombrado Ministro Plenipotenciario de Rusia en Argentina por lo que tuvo que salir a Buenos Aires para entregar sus cartas credenciales y de camino hizo una visita a Uruguay. En los seis días que estuvo allí fue recibido por dos presidentes del país: Francisco Vidal y Máximo Santos, que sucediera

al primero tras un golpe de estado. Santos expresó a Lonin que profesaba profundas simpatías por Rusia y que sentía mucho que ésta no lo hubiera designado Embajador en la República Oriental de Uruguay. Lonin se trasladó de Montevideo a Buenos Aires en una fragata militar especialmente enviada por el gobierno argentino y en junio de 1886 presentó las cartas credenciales al presidente, General Julio Roca. Lonin fue acreditado como Ministro Plenipotenciario en Uruguay en 1887, pero las relaciones entre ambas naciones fueron establecidas hasta 1889.

Los primeros contactos tendientes a establecer relaciones entre Rusia y México se llevaron a cabo en la década de los ochenta por los Ministros Plenipotenciarios de ambos países en Bélgica: A. Blúdog y Angel Nuñez Ortega. La importancia de promover buenas relaciones con las Repúblicas hispanoamericanas que tenían salida natural al litoral del Pacífico lo hizo constar Nuñez Ortega, y así lo comunicó a México después de una entrevista con el Ministro Plenipotenciario ruso. Semejante planteamiento del problema daba a entender que México se mostraba interesado en relacionarse con la nación rusa.

Muerto Blúdog (abril de 1886), la iniciativa de continuar negociaciones preliminares pasó al agregado militar ruso en Bélgica, Coronel N. Chichágov. En enero de 1887 éste informó a Nuñez Ortega que había presentado al Ministro de guerra del imperio ruso la propuesta de establecer relaciones con México y estudiar la cuestión relativa a su litoral del Pacífico. Lo último, según entendió el Ministro Plenipotenciario estaba vinculado con las posibilidades de aprovechar los puertos de ese litoral para la entrada de buques rusos, hecho que obedecía indiscutiblemente al comienzo de una creciente expansión de la marina de guerra y mercante de Rusia en el Pacífico. Nuñez Ortega escribía a México que la propuesta de Chichágov había sido escuchada con mucho interés.

A Chichágov le corresponde el mayor mérito de entablar relaciones con México, ya que sus sostenidos y perseverantes esfuerzos dieron como resultado el establecimiento de vínculos diplomáticos y lazos de amistad entre México y Rusia.

Después de la Revolución de 1917, las pautas de política exterior zarista fueron reemplazadas por las ambiciones de los bolcheviques. Durante la década de los veinte,

la percepción soviética de lo que era el mundo latinoamericano era distorsionada y fría; Lenin desconocía la situación de América Latina, empero, en lo que puede considerarse como un gesto de buena voluntad, habló con dos delegados del Partido Comunista Mexicano que habían asistido al Segundo Congreso de la Comintern de 1920.

Al parecer Lenin estimó y describió como experimento interesante de estrategia revolucionaria el movimiento socialista de México, y en general de América Latina, sin embargo, por considerar que había tareas revolucionarias de mayor prioridad, renunció de manera obligada a la proyección de la presencia soviética en la región latinoamericana.

Esa falta de interés del poder soviético de estrechar lazos de amistad con los países latinoamericanos se justifica si consideramos su apremiante necesidad de asegurar su supervivencia; en ese sentido, se comprende también, el carácter netamente defensivo que asumió la política exterior soviética y que determinó la revalorización de sus necesidades estratégicas con respecto a Europa Oriental cuya importancia se relacionaba no con el socialismo en sí, sino con la realidad geopolítica del país.

Como América Latina no representaba ninguna ventaja estratégica para la seguridad soviética, su dirigencia prefirió hacer frente a las labores revolucionarias más urgentes. Además, la fuerza de la presencia norteamericana en la región y el estado rudimentario del movimiento socialista hacían poco factible la Revolución socialista.

Anterior a las conversaciones entre Lenin y los dos delegados mexicanos, América Latina ya había recibido la visita del emisario ruso Michael Borodin quien en México se entrevistó con el Secretario de Relaciones Exteriores y el Presidente Venustiano Carranza. En dicha reunión, Borodin expresó que el régimen de Rusia simpatizaba con la lucha de los pueblos latinoamericanos en contra del imperialismo y externó su deseo de ayudarles en la forma en que fuera posible.

Con ese propósito, se debía establecer en México una oficina latinoamericana de la Internacional Comunista, siempre que el Presidente consintiera en ello. La oferta no

se tomó en cuenta, pero el Secretario de Relaciones Exteriores puso en contacto a Borodin con la oficina europea occidental de la Comintern con sede en Holanda.

Borodin regresó pronto a Moscú y el Partido Comunista Mexicano dirigido por un grupo de representantes de la Comintern sirvió para fomentar el movimiento comunista en otras partes de Centroamérica y el Caribe. En México hizo pocos progresos, ya que el país prefirió llevar adelante su revolución a su propio modo. Cuando esto quedó bien claro, la Comintern empezó a sentir hostilidad hacia los dirigentes revolucionarios mexicanos.

El establecimiento de relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética en 1924, abrió nuevas oportunidades para Moscú en América Latina, pero surgió un dilema: cómo conciliar las actividades dirigidas al desarrollo y fortalecimiento de las relaciones entre ambos Estados, con la estrategia de la Comintern de fomentar acciones para desestabilizar a los gobiernos locales.

S.S. Pestrovsky, el primer embajador soviético enviado a México, carecía de las cualidades necesarias para llevar a cabo tan delicada tarea. Sus intentos de alentar la oposición al organismo laboral del gobierno, la Confederación Revolucionaria de Obreros Mexicanos (CROM) hizo que ésta última protestara oficialmente ante él acusándolo de que en la misión diplomática que dirigía se prestaba apoyo moral y económico a los llamados grupos radicales comunistas.

El embajador fue reemplazado por la diplomática Alexandra Kollontay, quien logró un acuerdo con el Presidente Plutarco Elías Calles para eliminar las causas del problema y fomentar el comercio entre ambos países.

Por motivos de salud, la Sra. Kollontay tuvo que regresar a Moscú antes de haber logrado grandes progresos en una u otra tarea. Fue en la época de su sucesor, el Dr. Alexander Makar cuando llegaron a su apogeo las tensiones en las relaciones soviético-mexicanas. En marzo de 1929 estalló una revuelta de derecha en donde algunas de las ligas de campesinos dominadas por los comunistas se unieron al gobierno y ayudaron a sofocar la rebelión. La Comintern, sin embargo, desaprobó enérgicamente su acción y obligó a los dirigentes del Partido Comunista Mexicano a enviar instrucciones a los líderes campesinos ordenándoles que volvieran sus armas en

contra del gobierno y lucharan en dos frentes con miras a precipitar la revolución social. Algunos de los dirigentes campesinos se negaron y fueron expulsados del Partido, otros, como Guadalupe Rodríguez fueron ejecutados por el gobierno por incitar a la violencia revolucionaria.

Estos acontecimientos resultaron desastrosos para las relaciones oficiales entre México y la Unión Soviética. El 20 de julio de 1929, el Embajador mexicano en Moscú protestó contra los ataques que aparecieron en la prensa soviética y contra las incitaciones de la Comintern. En respuesta, Litinov declaró que su gobierno no se hacía responsable de los artículos que aparecían en la prensa soviética ni de las actividades de la Comintern; a ello le siguieron nuevas protestas mexicanas llegando las tensiones a su punto máximo en enero de 1930, fecha en la que el Gobierno mexicano rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Al justificar el paso dado, el Presidente Emilio Portes Gil afirmó que la Legación soviética en México era un centro de propaganda y causa de intranquilidad política. La ruptura de un país cuyas tradiciones revolucionarias parecían ofrecer un campo tan prometedor para la cooperación fue un revés inesperado para las relaciones soviéticas en América Latina.

En América del Sur la influencia soviética había ganado terreno sobre todo en los países del Río de la Plata. El Partido Comunista Argentino fue el primero de la zona que se afilió a la Internacional Comunista y ésta última se valió de él para establecer una Secretaría sudamericana que operaba sobre todo en Buenos Aires y Montevideo. La labor sufrió, al principio, constantes retrasos debido a los problemas de escisión dentro del Partido Comunista Argentino; el más serio de ellos fue el que se suscitó cuando la Comintern insistió en poner una línea de conducta que amenazaba con sacrificar los intereses de los obreros argentinos a las necesidades de la seguridad soviética. Argentina y Uruguay eran importantes abastecedores de alimentos para la Gran Bretaña, de quien Moscú sospechaba aún que tramaba encabezar otra guerra imperialista en su contra.

Los comunistas argentinos recibieron órdenes de detener los embarques de alimentos para Inglaterra con el lema: ¡ Ni un quintal de trigo para los ejércitos

imperialistas que luchan contra la Unión Soviética!. Penelón, el dirigente laboral comunista que gozaba de más influencia comprendió que sólo llevaría al desempleo y acarrearía dificultades a los trabajadores argentinos por lo que renunció al Partido en unión de un grupo de seguidores.

El gobierno soviético había declarado en varias ocasiones que estaba dispuesto a renovar las relaciones diplomáticas con Argentina y otros países sudamericanos. Las autoridades argentinas no quisieron dar ese paso, pero en diciembre de 1927, autorizaron la inauguración de una sucursal de la Yuzhamtorg, agencia especial soviética creada para fomentar el comercio con América del Sur. Siguió a ello una cierta ampliación de las operaciones comerciales, sobre todo con Argentina, y en menor medida con Uruguay. Posteriormente, la policía argentina hizo un registro del cuartel general de Yuzhamtorg y suspendió sus actividades; los soviéticos rechazaron indignados las acusaciones de dumping y patrañas respecto a los lazos entre la Yuzhamtorg y las actividades comunistas en Latinoamérica. Asimismo, la agencia fue acusada de servir como medio para la transferencia de fondos a la oficina sudamericana de la Comintern ⁽⁵⁾.

Después de haber sido cerrada en Buenos Aires, la Yuzhamtorg cambió su sede a Montevideo. La Comintern que hasta ese entonces no había logrado conquistar para su causa una figura latinoamericana de prestigio continental, ganó en 1931 la voluntad de Luis Carlos Prestes, famoso en todo Brasil por el papel que desempeñó en la entonces "revolución de los terratenientes", Prestes fue invitado a Moscú donde se le preparó para dirigir al Partido Comunista Brasileño. Una vez afiliado a la Comintern, Carlos Prestes fue elegido para la Comisión Ejecutiva en 1935.

La decisión de fomentar el alzamiento armado en Brasil parece que se tomó en gran parte por la insistencia de Manuilsky, al mismo tiempo que se iban a ensayar en Chile las tácticas de la vía pacífica de la nueva política del Frente Popular defendida por Dimitrov. El levantamiento resultó prematuro y fue aplastado sangrientamente en noviembre de 1935. Los conspiradores fueron detenidos.

Una consecuencia del frustrado levantamiento en Brasil fue la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Uruguay y la URSS. El gobierno uruguayo envió una

nota el 27 de diciembre de 1935 al Embajador soviético en Montevideo Alexander Minkin, afirmando que la intención de la Comintern era promover revoluciones en Brasil y otros países. Se acusó a la Legación soviética en Montevideo de extender grandes cheques al portador con fines indeterminados.

A raíz de esto fue que la Yuzhamtorg dio por terminadas sus operaciones y en un decreto promulgado por el emisario soviético de Comercio Exterior, se prohibía cualquier nueva compra de mercancías uruguayas. A fines de enero de 1936, el Gobierno soviético se quejó ante el Congreso de Sociedad de Naciones de que Uruguay había infringido el artículo 12 del Convenio de la Liga rompiendo sus relaciones con la Unión Soviética sin causa justificada en vez de buscar una solución por medio del arbitraje o de pedir que el Consejo llevara a cabo una indagación.

Litinov, por su parte, declaraba que ni el gobierno moscovita ni la Misión Diplomática en Montevideo, ni cualquier otro agente del Gobierno soviético habían instigado o apoyado a los elementos comunistas en Uruguay ni en ningún país vecino de éste, ya que el Gobierno soviético era consecuente con la política de no intervención en los asuntos internos de otros países y pedía que el Gobierno uruguayo presentara pruebas de sus acusaciones.

Por lo que hacía a Brasil, Linitov declaró que el historial del país estaba lleno de sublevaciones por lo que era absurdo culpar a la URSS de ese último levantamiento. La ruptura de Moscú con Uruguay privó a la Unión Soviética de su último baluarte oficial en Latinoamérica. La Comintern continuó sus actividades pero en la mayoría de los países latinoamericanos los partidos comunistas quedaron proscritos o con poca influencia, sólo en Chile donde el Partido comunista se alió con los radicales y los ayudó a implantar un candidato para la presidencia de 1938; el nuevo Frente Popular cosechó algunos frutos, empero, su triunfo fue poco benéfico para Moscú. De esta manera, las relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y América Latina quedaron rotas en la década de los treinta, a causa de las tácticas ultra izquierdistas de la Comintern.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la URSS y los partidos comunistas locales alcanzaron una influencia considerable gracias a la alianza entre ésta y los

poderes occidentales, lo que originó un clima político favorable a la expansión de los contactos soviéticos en Latinoamérica. Al comienzo de la guerra fría en 1947, las relaciones de la Unión Soviética con América Latina se tornaron cada vez más tirantes ya que Stalin se convirtió en un crítico amargo de los gobiernos latinoamericanos, a quienes recriminaba sus estrechas relaciones con Estados Unidos de América exigiendo, a su vez, que los partidos comunistas de la región declarasen su lealtad a la URSS.

La intransigencia de la política stalinista y la de los partidos comunistas locales durante el período de la guerra fría provocaron el distanciamiento entre el Kremlin y la región latinoamericana. No fue sino hasta después de la muerte de Stalin que la política exterior moscovita hacia América Latina procuró el restablecimiento de los lazos diplomáticos, comerciales y culturales con las naciones latinoamericanas. Para 1954, sólo tres Estados mantenían contactos oficiales con Moscú: México, Argentina y Uruguay.

Durante el régimen de Krushev la Unión Soviética concedió cierta importancia al establecimiento de las relaciones diplomáticas y comerciales con Latinoamérica, de tal manera que destacados estadistas soviéticos realizaron visitas oficiales a una serie de países latinoamericanos. El Primer Vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, A. I. Mikoyán estuvo en México en 1959. Un año después, A.N. Kosiguin visitó Argentina ya como Vicepresidente del Consejo de Ministros; ese mismo año, una misión diplomática de buena voluntad encabezada por M. P. Gueorgadze, Secretario del Presidium del Soviet Supremo de la Unión Soviética visitó Cuba, Brasil, México y Ecuador.

La Revolución Cubana proporcionó a la Unión Soviética inesperadas oportunidades de penetración en la región tanto así que en la década de los sesenta Moscú estableció relaciones diplomáticas con Brasil, Chile, Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Guyana.

Se iniciaba una nueva etapa en las relaciones soviético-latinoamericanas con la firme determinación soviética de obtener la mayor ventaja posible de las condiciones existentes en América Latina.

NOTAS

1. Véase Sizonenko, Alexandr. Relaciones de la URSS con Países de América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1979. Pág. 53.
2. Koroliiov, N. Países de América del Sur y Rusia (1890-1917). Moscú. Ed. Progreso. 1972. Pág. 59.
3. Lonin, A. Por América del Su. Moscú. Ed. Progreso. Tomo III. 1893. Pág. 356.
4. Sizonenko, Alexandr. Relaciones de la URSS con países de América Latina Moscú. Ed. Progreso. 1979. Pág. 96.
5. *Ibidem*, pág. 105

II. PRINCIPALES ASPECTOS DE LA POLITICA EXTERIOR SOVIETICA HACIA LATINOAMERICA

a).- Las directrices políticas fundamentales

" La política no puede construirse sobre sentimientos"

Lenin

La política exterior soviética tuvo que adecuarse a la serie de transformaciones que se fueron operando no sólo en el área latinoamericana, sino en todo el sistema internacional. Como consecuencia de esos cambios, la URSS realizó una profunda evaluación de su política exterior hacia América Latina dando como resultado un cambio de actitud en la conducta moscovita hacia las naciones iberoamericanas.

Por muchos años Moscú vio a América Latina como una área vedada para la promoción de sus intereses. El Estado soviético consideró que su situación geográfica lo colocaba en una situación de desventaja respecto a su mayor adversario: Estados Unidos de América. La distancia implicaba una inversión de recursos que la Unión Soviética no tenía o no podía invertir dado su proceso de consolidación socialista, sin embargo, su concepto geopolítico cambió con la Revolución Cubana, la cual le brindó inesperadas oportunidades de penetración en el área.

La experiencia cubana proporcionó a Moscú el conocimiento de los costos y riesgos políticos y financieros en América Latina, así como sus limitaciones militares, al mismo tiempo que acrecentó las oportunidades y contactos soviéticos en América Latina. Buscando obtener ventaja de las condiciones existentes, la URSS delineó una cuidadosa política de acercamiento cuyo objetivo principal era el de alcanzar la implantación de la doctrina comunista en el área. El debilitamiento de la influencia norteamericana en la región fue una de las prioridades a alcanzar dentro de la política exterior moscovita.

Dentro del marco de la coexistencia pacífica, la Unión Soviética empleó una variedad de instrumentos en el seguimiento de sus objetivos estratégicos tales como: la ayuda económica, técnica y militar, el intercambio cultural, etcétera. Pero quizá el instrumento que mayores frutos le dio fue el elemento político-ideológico.

Dado que los países latinoamericanos eran tierra fértil para la subversión, tomando en consideración las condiciones sociales y económicas que dominaban en grandes zonas de tan vasto territorio, la política que siguió la Unión Soviética en América Latina no difirió en esencia de la que adoptó ante otras regiones subdesarrolladas, esto es, se recurrió a la política de apoyo a las demandas que dentro de los distintos países formulaban las clases sociales en su aspiración de mejorar sus condiciones de vida. En el plano internacional, se patrocinaba la causa de las naciones que eran víctimas de las presiones *yanquis*. Esa cruzada protectora en apoyo de todas las fuerzas antiimperialistas fue flexible y se adaptó a las circunstancias de cada caso; en algunas zonas esa protección soviética tomó la forma de ayuda económica o suministro de armas y en otras, la causa se defendió ante el foro de Naciones Unidas y otros organismos internacionales ⁽¹⁾.

El apoyo a las demandas económico-políticas de los países latinoamericanos le brindó grandes éxitos a la URSS, quien ganó imagen y prestigio, ya que cada vez fue siendo considerada menos como la amenaza comunista y si en cambio, se le comenzó a ver como un socio alternativo del desarrollo latinoamericano. Con el propósito de ganarse para sí la voluntad latinoamericana, el Kremlin no dudó en otorgar respaldo moral a las reivindicaciones de las naciones del área; tanto así que en los distintos foros y organismos internacionales como la Organización de Naciones Unidas (ONU) y la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) etc, pugnó a la par del Tercer Mundo por el establecimiento de un nuevo orden económico internacional basado en una justa redistribución mundial de los beneficios del desarrollo.

Las fórmulas de integración regional que promovían el desarrollo económico efectivo de los países latinoamericanos también fueron defendidas por el Estado soviético en cuanto que ello significaba un mayor poder de negociación de las naciones iberoamericanas frente a Estados Unidos de América y el debilitamiento de la injerencia estadounidense así como un cúmulo de simpatías para el país de la hoz y el martillo.

Esa línea política tendió no sólo a ganarse la voluntad latinoamericana sino también a que se le considerara como un mercado alternativo para su comercio y, sobre todo, a que se le valorara como un modelo de posible desarrollo. Por otro lado, el apoyo y exaltación soviéticos al nacionalismo latinoamericano, tuvo como finalidad el cisma en las relaciones latino-norteamericanas. El nacionalismo, sentimiento psicológico-emocional que identifica a la gente con un pasado, un presente y un futuro común, fue la causa del surgimiento de los grupos nacionalistas que pugnaban por la independencia política y económica. El sentimiento antinorteamericano que encierra el nacionalismo fue uno de los aspectos por los que la URSS lo exaltó en América Latina.

Los soviéticos intensificaron y explotaron el potencial antiimperialista de las burguesías nacionales que se sentían amenazadas por la intromisión del capital extranjero, para favorecer las relaciones político-comerciales del bloque socialista con Latinoamérica.

De acuerdo con los estudiosos soviéticos en asuntos latinoamericanos (N. Koroliov, Jachatúrov y otros) se debía considerar a los sectores nacionalistas de la clase media como la fuerza decisiva detrás de los movimientos de liberación nacional en América Latina. La Unión Soviética creía que una coalición de comunistas de izquierda y fuerzas nacionalistas de la clase media (unidas por su hostilidad hacia el poderío económico de Estados Unidos de América y frustrados por el ritmo del progreso social), ganaría poder en la lucha política pacífica o bien podría adquirir influencias decisivas a través de la cooperación con regimenes políticos progresistas (militares o civiles) que buscarían la ayuda soviética en su lucha por independizarse de los norteamericanos. " Lo que más importa en la alianza entre el proletariado y las masas no proletarias, es la creación de un sólido y combativo frente único proveniente de los revolucionarios proletarios y los revolucionarios de la pequeña burguesía"⁽²⁾

Un ejemplo histórico de bloque conjunto entre el proletariado y los nacionalistas pequeño burgueses lo constituyó la Liga Antiimperialista de las Américas de 1925. La importancia de una actitud conciliatoria y comprensiva respecto a la alianza entre comunistas y los nacionalistas pequeño burgueses aumentó por la razón de que una

parte de las fuerzas revolucionarias utilizaba consignas nacionalistas como sinónimo de antiimperialismo, confiriéndole a este concepto un contenido revolucionario. Así pues, el nacionalismo se convirtió en un aliado en potencia de la causa moscovita y por ello se le estimuló con especial interés.

La política soviética hacia los partidos comunistas locales revistió particular importancia, en virtud de que a éstos se les encomendó la politización de las masas, la formación de los cuadros de dirección revolucionaria y la cohesión ideológica del proletariado⁽³⁾.

La formación de partidos comunistas enclavados dentro de la línea tradicional del Marxismo-Leninismo fue uno de los propósitos soviéticos, empero, con el antecedente de la experiencia cubana, el país de los soviets adoptó una flexibilidad dogmática que hizo mucho menos tensa y conflictiva su relación con los partidos comunistas no ortodoxos de la región.

La Unión Soviética tomó plena conciencia de que la expansión del comunismo hacia América Latina no se lograría de la noche a la mañana; sin embargo, sabedora de lo importante que era sembrar buenas semillas para la cosecha de inmejorables frutos, trabajó con singular ahínco para la realización de sus objetivos en el continente. La labor conjunta con los partidos comunistas significó una inversión a mediano y largo plazo; las condiciones para posibles transformaciones socialistas estaban presentes en Latinoamérica y era consigna de los grupos comunistas locales el ser vanguardia de las mismas o bien, el de cooperar con cualquier régimen progresista que llegase al poder en su lucha por la independencia económica y social.

La Habana jugó un *rol* fundamental en la estrategia moscovita de influencia ideológica en Latinoamérica. La isla fue el único país comunista del área que proporcionó beneficios políticos a Moscú. Cuba era el oponente central del imperialismo estadounidense en América Latina y se constituyó en un fuerte soporte de los movimientos nacionalistas iberoamericanos ante la imposibilidad rusa de apoyar abiertamente a los revolucionarios a raíz de la línea diplomática que seguía en Latinoamérica.

El régimen cubano se convirtió en el baluarte de la URSS en Hispanoamérica ya que a través de él se propagaron los logros del sistema socialista y la estrategia a seguir por los partidos comunistas de la región.

Esas fueron en términos generales, las directrices políticas fundamentales que siguió la Unión Soviética en sus relaciones con los países de América Latina. El intercambio cultural, la asistencia financiera y la cooperación científico-tecnológica también fueron parte esencial de esa política y por ello los trataremos a continuación con mayor amplitud.

b). La asistencia financiera del Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME) a los países del área.

La tarea de impulsar los vínculos económicos y científico-tecnológicos de los países miembros del Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME) con los demás Estados, cualquiera que fuera su régimen social y estatal le correspondía al Programa Complejo de Integración Económica. La importancia que la comunidad socialista confería a la ampliación del comercio y a la colaboración económica y científico-tecnológica con los países en desarrollo quedó estipulada en el capítulo X, sección 5 de los Estatutos por los que se regía el sistema de crédito del CAME. Los países miembros del CAME mancomunaban sus acciones, particularmente hacia el terreno de la concesión de créditos a las naciones en vías de desarrollo con el objeto de prestarles asistencia en el avance de sus economías.

La colaboración económica entre los países miembros del CAME y los estados subdesarrollados y la concesión de créditos a estos últimos se efectuaban sobre la base bilateral. Su forma más difundida era la construcción en los países en desarrollo, con el concurso de los países del CAME, de obras industriales y de otro carácter, las cuales después de ponerse a punto se transformaban en patrimonio del correspondiente país.

Un ejemplo de lo anterior, lo constituyó la construcción de una fábrica de concentrado de estaño en Bolivia en 1982, donde se utilizó el procedimiento fuming de la tecnología soviética, el cual permitió la extracción del concentrado de estaño con mayor facilidad que con los métodos tradicionales ⁽⁴⁾.

En los últimos años, los países en desarrollo, sobre todo en los que emprendieron la vía no capitalista, participaron con mayor frecuencia en la construcción de empresas mixtas a base de la coparticipación con los países socialistas. El aprovechamiento de la experiencia y de recursos materiales y financieros de los estados socialistas, dentro del marco de señaladas formas de colaboración, contribuyeron no sólo a que los países en desarrollo superaran su atraso técnico y económico, sino también a que reorganizaran sus economías nacionales orientándolas a un fin, el fomentar y ensanchar el sector estatal en dicha esfera con el propósito de afianzar su soberanía nacional e independencia económica.

El Programa Complejo ofreció nuevas posibilidades para profundizar la colaboración de los países miembros del CAME con los estados en desarrollo. Además de perfeccionar las formas practicadas de esa colaboración, el Programa estableció que los países socialistas constituyeran un fondo especial de concesión de créditos para asistencia económica y técnica a los países en desarrollo.

Tal Fondo, organizado en el Banco Internacional de Inversiones (BII), por acuerdo de los países miembros, comenzó a funcionar desde el 1o. de enero de 1974. El objetivo del Fondo era contribuir al fomento de las economías nacionales de los países en desarrollo, afianzar su independencia económica y extender las relaciones económicas mutuamente ventajosas entre dichos países y los que integraban el fondo.

De acuerdo con lo anterior, los estados fundadores del fondo especial hicieron constar que el BII concedería - a cuenta de ese fondo - créditos para la construcción, reconstrucción y modernización de empresas industriales, agropecuarias y de otros sectores de las economías mediante el financiamiento de los suministros de equipos y otros artículos, así como para saldar los servicios prestados a las naciones en vías de desarrollo.

El fondo estaba constituido en moneda colectiva (rublos transferibles) y en divisas convertibles. El monto total del fondo ascendía a mil millones de rublos transferibles. Los países fundadores del mismo acordaron aportar a ese fondo, en calidad de primeras cuotas, 100 millones de rublos transferibles ⁽⁵⁾.

La institución del fondo especial quedó formalizada con la firma del Convenio realizado entre el Banco y los países miembros, el 11 de abril de 1973. De conformidad con ese convenio, las funciones de dirección del fondo especial le incumbían al BII. Los créditos del fondo se concedían a bancos centrales y de otro tipo así como a empresas y organizaciones económicas de las naciones en desarrollo, con la particularidad de que esos recursos se encauzaran, en primer término, para construir obras que asegurasen un alto nivel de efectividad económica, cuyos criterios debían ser definidos en los convenios entre el BII y los tomadores.

El Banco podía abrir créditos para un plazo de hasta 15 años. El orden de su entrega, utilización y reembolso lo establecía el reglamento aprobado por el consejo del Banco. El Banco Internacional de Inversiones estaba autorizado a atraer recursos en rublos transferibles y en divisas convertibles para los objetivos del fondo especial y colocar en otros bancos recursos propios, temporalmente no utilizables.

El convenio de institución del fondo tenía carácter abierto ya que podían adherirse otros países. Las cuestiones relativas a la admisión de nuevos miembros corrían a cargo del consejo del BII que determinaba las condiciones y el orden de participación de los países que sugerían el ingreso al fondo. También cualquier país podía renunciar a su participación en el Convenio, avisando de ello previamente dentro del plazo fijado por el consejo del Banco⁽⁶⁾.

El ingreso de Cuba al Consejo de Asistencia Mutua Económica, creó condiciones favorables para la profundización y perfeccionamiento de las diversas formas de cooperación con los países miembros y el fomento de las relaciones comerciales sobre la base multilateral.

En enero de 1974, a los dos años de su incorporación al CAME (julio de 1972) La Habana obtuvo su ingreso a los bancos socialistas internacionales. Su participación en el Banco Internacional de Inversiones (BII) y en el Banco Internacional de Cooperación Económica (BICE), abrió una nueva etapa en el desarrollo de las relaciones monetario-financieras y en el ensanchamiento de la colaboración multilateral.

Con su incorporación al sistema de pagos multilaterales, la República cubana pudo percibir con iguales derechos que los demás países miembros de esos bancos, créditos para sus operaciones comerciales con el exterior y, siendo miembro del BII recibió de éste, créditos a largo y mediano plazos para llevar a cabo las medidas de inversión. Además, Cuba pudo participar activamente junto con otros miembros, en la dirección de esos bancos internacionales de los estados socialistas o influir en la decisión de los problemas referentes al desarrollo y perfeccionamiento de la labor de dichos organismos en beneficio de toda la comunidad socialista.

Por otra parte, los créditos que la Unión Soviética otorgaba a los países en desarrollo comprendían facilidades que se determinaban con arreglo de la situación financiera y económica de cada país. Esto no sólo se refería a las tasas de interés y los plazos de amortización, sino también a la fijación de los plazos favorables de comienzo de la amortización de aquellos. Las condiciones en que se concedían los créditos tomaban también en consideración el carácter de la empresa que se construía y el plazo en que se podía compensar los gastos que se hicieran en montarla. Por eso, las condiciones en que los países en desarrollo recibían los créditos soviéticos parecían más ventajosas y favorables que los préstamos que obtenían de Occidente, aún y cuando en los últimos años dichos créditos sufrieron cambios indeseables debido al aumento del costo real en el mercado crediticio internacional al que acudía la Unión Soviética⁽⁷⁾.

Los créditos soviéticos que recibían los países subdesarrollados diferían de la ayuda oficial para el desarrollo que prestaba Occidente en que estos se utilizaban para hacer inversiones en el fomento de la producción industrial y agrícola, de la industria energética, para explorar e incorporar a la economía nuevos recursos naturales, etc., esto es, para incrementar el potencial productivo, el monto de la producción y la renta nacional.

Las facilidades mencionadas permitían crear, asimismo, los recursos materiales y financieros para amortizar aquéllos. De ahí que el empleo de los créditos moscovitas no podían ser causa del aumento de la deuda exterior inadecuado a la solvencia de los países correspondientes. Por ello, no había forma de equiparar las relaciones crediticias

entre la URSS y los países en desarrollo y las relaciones crediticias dentro del sistema capitalista.

Al mismo tiempo, Moscú ajustó al máximo las relaciones crediticias y financieras que mantenía, en el marco de la colaboración económica y técnica, con los países emergentes, a los intereses del comercio exterior de estos últimos. Admitía, en concepto de amortización de sus créditos, los productos que exportaban, lo cual no sólo disminuía sus dificultades financieras, sino que también les abría mercados para la venta de sus productos.

Entre las mercancías que se aceptaban para amortizar los empréstitos soviéticos se incluían cada vez en mayores cantidades las que lanzaban las empresas que se construían con ayuda de la Unión Soviética. Proliferaba la práctica de concertar en condiciones de provecho mutuo, convenios que contemplaban el suministro de productos de tales empresas para amortizar los créditos, así como un plan de exportaciones comunes a largo plazo⁽⁸⁾.

La coordinación directa de las cuentas crediticio-financieras con el aumento de la exportación procedente de los países en desarrollo, constituyó un violento contraste con lo que hacía Estados Unidos de América y los países capitalistas desarrollados, exigiendo que los créditos y préstamos se les devolvieran en sus propias divisas y a la vez interponiendo obstáculos a la exportación de artículos industriales y de otras muchas mercancías de los países en cuestión.

En suma, el carácter de la ayuda soviética a las naciones en vías de desarrollo y, particularmente a América Latina, la hizo más atractiva a los ojos de los países latinoamericanos en cuanto que no significó un sacrificio adicional ni desequilibrios en sus balanzas de pagos. De ahí que la Unión Soviética nada tuviera que ver con el empeoramiento de la situación económica y financiera de dichos países. Los responsables de ello fueron únicamente los estados occidentales y sus monopolios, ya que al verse obligados a pagar sumas inmensas para la amortización de sus deudas a los bancos y monopolios de occidente, muchos de ellos se vieron precisados a revisar sus planes de desarrollo económico, a disminuir las importaciones y a interrumpir la realización de muchos proyectos.

Los múltiples y complejos problemas que arrastraban los países latinoamericanos y en general los subdesarrollados, fueron fuente de oportunidades para el establecimiento y fortalecimiento de los vínculos comerciales-financieros entre éstos y la Unión Soviética, quién vislumbró en la aguda confrontación entre el norte rico y el sur pobre, la posibilidad de un resquebrajamiento de la hegemonía norteamericana en las naciones del Tercer Mundo.

c). La cooperación científico-tecnológica.

La cooperación científica y técnica entre los países del CAME y los de América Latina reflejaba la disposición de entablar nexos que contribuyeran al establecimiento de un nuevo orden económico internacional. En los setenta empezaron a definirse nuevas orientaciones de cooperación científica y técnica entre los países del CAME y los estados latinoamericanos, como el proyecto y la construcción de empresas; la entrega de documentación técnica para maquinaria y equipo; la transferencia de licencias y de tecnología moderna; la actividad conjunta en investigaciones científicas con la posible aplicación de los resultados en la producción industrial y agrícola, el concurso en la preparación de cuadros científicos y especialistas técnicos y de otra índole y, la celebración de simposios, coloquios, conferencias, etc.

Con el fin de materializar los lazos científicos y técnicos, existía una base jurídica estable que viabilizaba el aumento del número de estados para establecer y desarrollar esos vínculos. En 1974 la Unión Soviética tenía convenios intergubernamentales de cooperación científica y técnica sólo con Argentina y Bolivia. En 1975, convenios semejantes se concertaron con México y Venezuela; en 1976 con Perú y en 1981 con Brasil.

Las organizaciones soviéticas desarrollaron relaciones científico-técnicas en el marco de los convenios de cooperación comercial, económica, científica y técnica con Guyana, Colombia y Nicaragua, a la vez que participaron en la realización de acuerdos de cooperación cultural y científica con otros países del área.

De 1971 a 1982, ocho países latinoamericanos (Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, México, Nicaragua, Ecuador y Perú) firmaron convenios sobre el desarrollo de la cooperación científica y técnica; con Checoslovaquia lo hicieron Bolivia, Colombia y Perú; con Hungría, México, Nicaragua y Perú, quién concertó un convenio más con la República Democrática Alemana. Análogos documentos concertaron Rumania y Argentina (1974); Bulgaria y México (1978); Rumania y Brasil (1981); Polonia y Colombia (1982).

Los países del CAME prestaron asistencia científica y técnica, ante todo, en el proyecto y la construcción de instalaciones industriales, tal es el caso de la construcción de la obra hidroeléctrica que se realizó en Sobradinho, Brasil en 1970, con una unidad de potencia de 178,000 Kw⁽⁹⁾. Ahí mismo en Brasil, se llevó a cabo la construcción de muchas empresas energéticas con el concurso de Checoslovaquia, quien cooperó para que se erigieran las termoeléctricas de Porto Alegre e Igarape (Minas Gerais) así como la central térmica de Jorge Lacerda III (Santa Catarina)⁽¹⁰⁾.

De acuerdo con el convenio firmado entre la URSS y Colombia en 1977, organizaciones soviéticas prestaron asistencia en el proyecto, suministro y montaje de equipo del gran complejo hidroenergético de Alto Sinu, incluidas dos etapas de la hidroeléctrica Urra (de 1,200 mw de potencia), cuyas obras se terminaron en 1988. El funcionamiento de Alto Sinu contribuyó al crecimiento de la economía en las regiones más atrasadas del noroeste de Colombia; asimismo, hizo posible regar y mejorar el abastecimiento de agua de 350,000 hectáreas de tierras agrícolas y proporcionó trabajo a decenas de miles de personas⁽¹¹⁾.

Los miembros del CAME también prestaron concurso técnico en el desarrollo de sectores tan importantes como la industria ligera, principalmente, la textil, la de curtidos y alimentaria. por ello, en México se levantó una fábrica textil en Puebla y otra de calzado en León Guanajuato con concurso de Checoslovaquia⁽¹²⁾. Al mismo tiempo, los países del Consejo de Asistencia Mutua Económica participaron en la definición de las reservas de carbón, petróleo, cobre y otros minerales.

Uno de los objetivos principales de la URSS en los vínculos científicos y técnicos con América Latina fue la transferencia de tecnología, la cual se llevó a cabo - en lo

fundamental - por dos canales: en forma inmediata, a través de la exportación de equipo complejo principalmente, y en forma neta, por medio de la entrega de licencias, patentes, experiencia de administración y organización, secretos industriales, etcétera.

Una de las nuevas tendencias en transferencia de tecnología consistió en la creación de empresas de montaje en sectores de la industria transformadora, particularmente en la construcción de maquinaria; por ejemplo, en Cd. Sahagún México, en la Compañía Siderúrgica Nacional se montaron tractores T-25-1 a partir de piezas y mecanismos importados de la Unión Soviética que salieron de la fábrica con la marca mexicana Sivena T-25⁽¹³⁾.

Cabe señalar que la venta de licencias netas constituyó una parte insignificante en el volumen global de la realización comercial de la cooperación científica y técnica. El desenvolvimiento del comercio de licencias tropezó con dificultades debido a la diferencia de parámetros tecnológicos y el insuficiente desarrollo del sistema de intercambio de información técnica. Sin embargo, gracias a los esfuerzos mutuos emprendidos, se perfiló la tendencia a la ampliación de esos contactos.

La tecnología se transfería también mediante la cooperación de los países del CAME con algunos países capitalistas industrializados. Por ejemplo, la compañía Italmimpianti construyó con licencia soviética una instalación para el apagado seco del coque en la fábrica metalúrgica de la ciudad brasileña de Turbarao, mientras que la V/O Lizenzintorg, junto con la compañía italiana Technicon elaboraron la documentación de proyectos para el equipo correspondiente para esta instalación.

En los últimos años se extendieron nuevas formas de cooperación entre los países socialistas y latinoamericanos en el dominio de la transferencia de tecnología industrial. Una de ellas fue la realización conjunta de investigaciones científicas. Dichas investigaciones se llevaron a cabo con el mayor éxito en la esfera de la siderurgia, biología, agricultura, ecología y otras. La experiencia acumulada en transferencia de tecnología permitió ver las importantes ventajas de la cooperación entre los países del CAME y los de Latinoamérica. En los contratos sobre concesión de licencias y documentación científica, de proyectos y diseños, los países del consejo no incluían cláusula alguna que disminuyera el efecto económico del empleo de la

tecnología; todo lo contrario, los países latinoamericanos adquirieron el derecho a seguir elaborando el objeto de la licencia, lo que coadyuvó al desarrollo de los servicios nacionales de investigación y proyecto, a la creación de sus propios tipos de máquinas, equipo y tecnología nacionales ⁽¹⁴⁾.

En la transferencia de conocimientos científicos, técnicos y experiencia de producción de los estados latinoamericanos, los integrantes del CAME partieron de la base de que sin la existencia de un sistema de instrucción desarrollado y de un determinado potencial científico y técnico capaz de dominar la avanzada tecnología extranjera y, además desenvolver las propias investigaciones científicas y de proyecto experimental, la cooperación tenía sus límites.

La ayuda en la preparación de cuadros calificados presentó las más diversas formas. Figuraron entre estas: la ayuda en la construcción - en varios países de la región - de centros docentes especiales de enseñanza profesional y técnica, el aprendizaje de los cuadros locales con ayuda de especialistas del consejo y la instrucción de técnicos de estados latinoamericanos en países socialistas.

Las formas mencionadas de cooperación se realizaron preferentemente sobre la base bilateral y en los últimos años se incrementó notablemente la preparación de cuadros de los países de América Latina a través del CAME. Uno de los principales medios para la formación de especialistas de alta calificación para las naciones ibéricas fue el fondo de becas del CAME que funcionaba desde el año de 1974, siendo admitidos más de 450 becarios procedentes de países latinoamericanos hasta el año de 1983.

Considerable ayuda en la preparación de cuadros nacionales prestaron los países del Consejo de Asistencia Mutua Económica a través de la Organización de Naciones Unidas y organizaciones especializadas. En la Unión Soviética se celebraron cada año más de veinte seminarios, simposios y cursos internacionales de instrucción de becarios de la Organización de Naciones Unidas (ONU), por la línea de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), el Instituto de Formación e Investigación Profesional de las Naciones Unidas (UNITAR),

la Organización Internacional del Trabajo (OIT), y otras agencias internacionales. En esas medidas participaron los latinoamericanos que se especializaban en metalmecánica, soldadura eléctrica, geología, producción de abonos minerales, información industrial, demografía, etcétera.

Por lo que respecta a la asistencia de la URSS a Cuba, ésta se enfocó a la construcción y modernización de las instalaciones termoeléctricas, metalúrgicas, ferroviarias, etc. Como miembro activo del CAME, la isla se vió favorecida por las prerrogativas que el consejo otorgaba a sus integrantes, a la vez que cumplía con las obligaciones ahí establecidas.

Los adelantos de la revolución científico-tecnológica fueron utilizados por la Unión Soviética para fortalecer su presencia en América Latina, aprovechando el visible desencanto de los países latinoamericanos por la transferencia tecnológica que Occidente les brindaba y que no hacía sino conservar las desproporciones estructurales de sus respectivas economías. En la consecución de sus metas, la URSS renunció a los beneficios económicos que le podían redituár sus relaciones con Latinoamérica, empero, gracias a ello, la ganancia política fue cuantiosa si consideramos que cada vez se le vio menos como la amenaza comunista, para constituirse en socia comercial y aliada del progreso latinoamericano.

d). El intercambio cultural.

El interés soviético por las naciones del Tercer Mundo fue un fenómeno posterior a la Segunda Guerra Mundial. Los sucesores de Stalin abandonaron la tradicional actitud contemplativa de la Unión Soviética hacia los procesos internos que se gestaban en los países subdesarrollados al percatarse de las posibilidades de éxito que ofrecía el explotar la adecuada atmósfera ideológica creada por la lucha de independencia político-económica de los países en vías de desarrollo, para expandir su influencia hasta ellos.

Con el objeto de minar la influencia occidental en dichas naciones, la URSS se preocupó por presentar una imagen favorable de la vida y la política soviéticas,

procurando establecer lazos entre las instituciones soviéticas de índole cultural, científico y académico, con sus homólogos de los países subdesarrollados, y finalmente usar los estímulos culturales para influir en los dirigentes políticos no comunistas del tercer mundo. La práctica de la política de convivencia pacífica llevó a un primer plano la ofensiva cultural moscovita. Cuando era presidente de la extinta Comisión Estatal de la Unión Soviética para las Relaciones Culturales con el extranjero G.A. Zhukov hacía notar que "ha llegado el momento de que la política de guerra, la política de la fuerza y la violencia, comiencen a ceder su puesto a una política de cooperación y de arreglo negociado de todos los problemas"⁽¹⁵⁾.

Zhukov se mostraba particularmente interesado en conquistar las simpatías de los países de menor desarrollo a través de los intercambios culturales, los consideraba factores importantes de entendimiento y amistad entre las naciones. Al hacerse cada vez más improbable la amenaza de un conflicto armado de grandes proporciones entre las dos potencias, la campaña psicológica para ganarse el corazón de las naciones del Tercer Mundo se desvió de la esfera militar hacia la esfera económica y cultural, en las cuales pasaron a ser importantes armas el arte y la literatura.

La Unión Soviética se valió de sus logros artísticos y técnicos para ganarse la voluntad de los pueblos subdesarrollados. En lo psicológico, el lanzamiento del Sputnik fue una oportunidad ideal para que los soviéticos intentaran inclinar la balanza a su favor en lo que respecta a la opinión pública mundial. En muchos campos culturales, sobre todo en el área de la música y la danza, la Unión Soviética demostró que era igual o superior a las potencias occidentales. El éxito técnico, unido a los triunfos artísticos sirvió para exhibir la capacidad soviética para lograr un desarrollo integral que le permitió equipararse con las naciones occidentales. El lanzamiento del Sputnik fue la mejor prueba de la capacidad técnica moscovita.

Ese momento en particular fue considerado por Moscú como oportuno para impulsar sus aspiraciones y su ideología valiéndose de la ciencia y la cultura soviéticas unidas a algunas declaraciones relativamente moderadas de convivencia pacífica.

La política oficial soviética de intercambio cultural trataba de combinar lo útil con lo agradable; esa combinación se utilizó desde los tiempos de Lenin sólo que con un

manejo menos inteligente que en nada favoreció la imagen soviética. Clara Zetkin señaló que en una conversación que sostuvo con Lenin, éste afirmó que "el ballet, el teatro, la ópera y las exposiciones de pintura y escultura nuevas, demuestran a muchos, en tierras extranjeras, que los bolcheviques no son unos bárbaros tan temibles como generalmente se supone"⁽¹⁶⁾.

La ofensiva cultural soviética se basó en recalcar sus triunfos técnicos y artísticos, así como el aprecio a las culturas nativas con el objeto de presentar una imagen favorable de su sistema social, a la vez que procuraba minar la influencia de occidente insistiendo en denunciar el "imperialismo cultural" de Estados Unidos de América y preconizando su propia cultura proletaria que, según dijo, Trotsky "no es aristocrática, para una minoría privilegiada, sino una cultura de masas, una cultura universal y popular"⁽¹⁷⁾.

En la época posterior a Stalin se presentó una gran oportunidad de intensificar la ofensiva cultural moscovita porque ellos despertaron una inusitada curiosidad en el exterior con su aislamiento voluntario del mundo libre. Los hombres de ciencia y los artistas occidentales estaban ávidos de conocer a sus colegas y cualquier conferencia, reunión, concurso o exposición en que hubiera representantes moscovitas era digno de especial mención.

Los intercambios culturales tuvieron para la Unión Soviética una significación tanto interior como exterior. En lo interno, era proporcionarles a sus ciudadanos una sensación de bienestar con la que pretendían satisfacer su anhelo de conocer el exterior y, en lo externo era ganarse el reconocimiento de la opinión pública mundial. La creciente importancia que Moscú otorgaba a las relaciones culturales con Occidente y con el mundo subdesarrollado se reflejó en la ampliación de los intercambios culturales con los países iberoamericanos desde 1953.

Por su posición estratégica y sus problemas estructurales, América Latina era campo ideal para la lucha ideológica entre las dos potencias, sin embargo, su proximidad geográfica con Estados Unidos de América limitó las estrategias que la URSS podía contemplar con buenos resultados en sus esfuerzos por ganar influencia en Centro y Sudamérica. El programa de intercambio cultural soviético con los países

de la región, se llevó a cabo en escala relativamente pequeña, pero notable, tomando en consideración la distancia que existía entre las naciones latinoamericanas y el Estado soviético.

El aumento de las emisiones de radio del bloque socialista destinadas a Iberoamérica se convirtió en un indicio del creciente interés soviético por sus relaciones con los pueblos y los gobiernos de la zona. En 1953 sólo 2% de las emisiones de radio fueron destinadas a América Latina, esto es, poco más de 31 horas por semana. En 1961, se radiaba un total de 219 horas semanales o 6% del conjunto de las emisiones. A la cifra correspondiente a 1961 se debe añadir también 130 horas de emisiones hechas desde Cuba. Este aumento del 4% en las emisiones del bloque socialista a Latinoamérica reflejaba claramente el deseo soviético de proyectar en ésta una imagen de bienestar y progreso⁽¹⁸⁾.

Los primeros pasos hacia el establecimiento de relaciones culturales y científicas entre la Unión Soviética y Latinoamérica fueron los que dio en México el profesor J.M. Voronov -especialista en botánica aplicada- por iniciativa de N.I. Vavilov, director del Instituto de Botánica Aplicada de Moscú. Vavilov visitó la región dos veces en el decenio de 1930 y su descripción del ambiente político, así como de la actitud latinoamericana hacia la Unión Soviética fue más que significativa, por lo que escribió "en todo momento nos ponen trabas y nos espían: Temen a los soviéticos como al diablo"⁽¹⁹⁾.

Eso era típico de la desconfianza iberoamericana hacia Moscú y el objetivo más importante de la política cultural moscovita en la región fue la de cambiarla. Antes de la Segunda Guerra Mundial se habían establecido ya las bases para los intercambios culturales entre ambos continentes. Para junio de 1925 el poeta ruso Vladimir Mayakovsky visitó México, en donde fue bien recibido, dando inicio a una serie de visitas recíprocas de grandes personalidades en los diferentes ámbitos del arte entre ésta y Latinoamérica.

Por ejemplo, en el año de 1930 actuó con éxito en Argentina y Uruguay el Teatro de Cámara de Moscú, al mismo tiempo que se proyectaban las películas rusas "El acorazado Potemkin" y "Octubre" con una gran aceptación por parte del público

de la región, se llevó a cabo en escala relativamente pequeña, pero notable, tomando en consideración la distancia que existía entre las naciones latinoamericanas y el Estado soviético.

El aumento de las emisiones de radio del bloque socialista destinadas a Iberoamérica se convirtió en un indicio del creciente interés soviético por sus relaciones con los pueblos y los gobiernos de la zona. En 1953 sólo 2% de las emisiones de radio fueron destinadas a América Latina, esto es, poco más de 31 horas por semana. En 1961, se radiaba un total de 219 horas semanales o 6% del conjunto de las emisiones. A la cifra correspondiente a 1961 se debe añadir también 130 horas de emisiones hechas desde Cuba. Este aumento del 4% en las emisiones del bloque socialista a Latinoamérica reflejaba claramente el deseo soviético de proyectar en ésta una imagen de bienestar y progreso⁽¹⁸⁾.

Los primeros pasos hacia el establecimiento de relaciones culturales y científicas entre la Unión Soviética y Latinoamérica fueron los que dio en México el profesor J.M. Voronov -especialista en botánica aplicada- por iniciativa de N.I. Vavilov, director del Instituto de Botánica Aplicada de Moscú. Vavilov visitó la región dos veces en el decenio de 1930 y su descripción del ambiente político, así como de la actitud latinoamericana hacia la Unión Soviética fue más que significativa, por lo que escribió "en todo momento nos ponen trabas y nos espían. Temen a los soviéticos como al diablo"⁽¹⁹⁾.

Eso era típico de la desconfianza iberoamericana hacia Moscú y el objetivo más importante de la política cultural moscovita en la región fue la de cambiarla. Antes de la Segunda Guerra Mundial se habían establecido ya las bases para los intercambios culturales entre ambos continentes. Para junio de 1925 el poeta ruso Vladimir Mayakovsky visitó México, en donde fue bien recibido, dando inicio a una serie de visitas recíprocas de grandes personalidades en los diferentes ámbitos del arte entre ésta y Latinoamérica.

Por ejemplo, en el año de 1930 actuó con éxito en Argentina y Uruguay el Teatro de Cámara de Moscú, al mismo tiempo que se proyectaban las películas rusas "El acorazado Potemkin" y "Octubre" con una gran aceptación por parte del público

latino. De diciembre de 1930 a febrero de 1932 estuvo en México el célebre director de cine soviético Serguei Einsenstein acompañado por su homólogo Gueogui Alexandrov y el operador Eduard Tiste, quienes con la colaboración de Diego Rivera, David Siqueiros y Teodoro Dreiser filmaron la película ¡Viva México!

Organismos sociales y científicos, bibliotecas y museos de la URSS establecieron el intercambio de publicaciones con varios estados latinoamericanos. De 1924 a 1930 Moscú recibió cerca de 5,000 libros, folletos y revistas de 17 países de América Latina y envió en ese mismo periodo más de 6,000 ejemplares impresos a 20 países de la zona.

A la Unión Soviética viajaron grandes personalidades de la cultura latinoamericana como Diego Rivera, César Vallejo, Juan Marinello, Rafael Ramos Pedrueza, José Mancisidor y Anibal Ponce. Asimismo, al Congreso Mundial de los amigos de la URSS (10 de noviembre de 1927) asistieron representantes de Argentina, Brasil, México, Cuba, Chile, Uruguay, Ecuador, Colombia y Venezuela.

Aunque el número de personas que visitaron la URSS en esos años no fue relativamente grande, esos viajes resultaron decisivos para el establecimiento de lazos de amistad y culturales con las naciones de América Latina.

En los congresos científicos internacionales (como el de Fisiología, celebrado en Leningrado en 1937) participaron también latinoamericanos. La importancia dada por el gobierno soviético a sus relaciones culturales con el exterior en la década de los cincuenta, resultó palpable al fundarse la Comisión de Relaciones Culturales con el Extranjero, controlada por el Consejo de Ministros de la URSS. Esta comisión se fundó en el año de 1957 y durante sus primeros cinco años estuvo encabezada por G.A. Zhukov, a quien reemplazó Serguei K. Romanovsky en abril de 1962.

Durante los diez años que duró su existencia, la comisión se esforzó en facilitar los intercambios culturales entre los gobiernos y pueblos de América Latina y la Unión Soviética. La Comisión dejó de funcionar a finales de 1967 y las razones que movieron al Gobierno moscovita a abolir dicho organismo están rodeadas aún de misterio. Los intercambios culturales pasaron a ser responsabilidad de otros organismos oficiales y extraoficiales.

En la época de Krushev se asignó también una creciente importancia al desarrollo de las relaciones culturales con Latinoamérica. Un claro ejemplo de ello fue la gira de una delegación cultural soviética a Uruguay, en 1957, y el viaje en 1959 a México del Viceprimer Ministro soviético Anastas Mikoyan, el cual inauguró una exposición industrial moscovita en el país. La visita de Mikoyan constituyó un gran éxito dado que la exposición logró captar un millón de visitantes durante las tres semanas en que estuvo abierta. En ese mismo año, los soviéticos enviaron algunos de sus mejores artistas y compositores a México, Uruguay, Argentina y otros países latinoamericanos.

Fue evidente el esfuerzo realizado por la URSS de hacer a un lado las barreras geográficas y penetrar potencialmente en el área. Las diversas formas de propaganda revolucionaria llevada a cabo por Moscú en esa década dejó entrever que había planeado su penetración en América Latina a través de las artes y las ciencias.

En 1958 la prensa cultural moscovita publicó valiosos puntos de vista sobre las obras de la bailarina cubana Alicia Alonso en la URSS y del pianista argentino Antonio Raquo. En mayo 27 de 1958 Moscú y Argentina desarrollaron un intercambio de personas y publicaciones. En ese mismo año, el distinguido violinista soviético Leonid Kogan ofreció una gira de conciertos en Uruguay. Por su parte, el Premio Stalin de Paz fue otorgado a importantes personalidades latinoamericanas como Pablo Neruda, Sanín Cano y al ex presidente mexicano Lázaro Cárdenas. La Unión Soviética estaba decidida a no cometer el error -como lo hizo Washington algunas veces- de no brindarle importancia o subestimar las manifestaciones culturales de América Latina.

En enero de 1959 quedó inaugurada en la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, la Sociedad para la Amistad y Cooperación Cultural con los Países Latinoamericanos. Cabe señalar, que en ese mismo mes, Moscú reconoció a Cuba, quien a partir de entonces se constituyó en promotora del impulso cultural socialista en América Latina.

Del 14 de julio al 19 de agosto de 1959, una misión de buena voluntad encabezada por el Secretario del Presidium Soviético, M.P. Georgadze, visitó Brasil, Ecuador, México y Cuba. Ello fue precedente al establecimiento del Instituto

Latinoamericano, cuya finalidad era la de facilitar y promover la amistad y unión entre las naciones latinoamericanas y la Unión Soviética.

El Instituto Latinoamericano tuvo a su cargo la publicación de obras que hacían referencia a la historia de la cultura iberoamericana. Los especialistas soviéticos en asuntos latinoamericanos se ocuparon sobre todo de México y realizaron importantes investigaciones de entre las cuales destacaron la realizada por I.A. Karetnikov en colaboración con L.A. Zhadov sobre un análisis del arte mexicano contemporáneo y la de Y.V. Knorosov quien se dio a la tarea de descifrar la antigua cultura Maya.

La nación soviética hizo uso de la aversión que los latinoamericanos sentían por la hegemonía norteamericana, pero también en beneficio suyo se abstuvo de fomentar la revolución violenta en la región con ayuda de las armas soviéticas. Sin duda, fue un logro y una victoria psicológica ya que la URSS se cuidó de mostrar los aspectos más agradables de su sistema a los pueblos del área.

Entre los métodos frecuentemente utilizados por Moscú para demostrar a Latinoamérica que era el mejor y más desinteresado amigo estaban los conciertos, funciones de danza, los acontecimientos deportivos y las conferencias. De 1965 a 1967 varios artistas y grupos atléticos y científicos de la URSS visitaron América Latina. Entre los conjuntos artísticos que hicieron giras al sur del Río Bravo estaban el conjunto de danzas folklóricas del Estado, dirigido por Moiseyev, el conjunto Berezka del coro Pyatnitskiy, el conjunto estatal de danzas ucranianas, el Circo de Moscú, la Orquesta Filarmónica de Moscú y diversos elementos del Ballet Bolshoi.

Entre los prominentes músicos y artistas soviéticos que visitaron la zona se pueden mencionar al compositor A. Khachaturian, los directores K. Kondrashin, N. Anosov y Konstantín Ivanov; los violinistas D. Oistrak, L. Kogan e Igor Bezrodny. Esas giras de los soviéticos fueron correspondidas por giras artísticas latinoamericanas a la Unión Soviética, pero en comparación con los grandes éxitos obtenidos por los conjuntos soviéticos, los grupos representativos de la cultura latina sólo lograron triunfos moderados.

Los artistas iberoamericanos que se presentaron en la URSS fueron Los Mexicanos, Los Panchos, Los Uruguayos, Los Brasileños, Los Trovadores, la

guitarrista argentina María Luisa Anida, el pianista chileno, Claudio Arrau, el cantante venezolano, Alfredo Zadela y el cineasta mexicano Emilio Fernández. También fueron alabadas las obras del renombrado arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, la exposición de ocho pintores populares de Brasil, del arte mexicano antiguo y contemporáneo y la muestra fotográfica "el semblante de Chile".

Uno de los instrumentos más eficaces en manos de los soviéticos para producir una favorable impresión en América Latina, y minar la influencia estadounidense en la región, fue la prensa soviética. Se publicaron muchos libros que trataban de problemas latinoamericanos, como el titulado "La URSS y América Latina 1917-1967". El aumento del número de esas publicaciones indicaba el incremento del interés moscovita por las cuestiones del área. También se intentó ganar las simpatías de muchos escritores latinos, publicando sus obras en grandes tirajes, como en los casos de Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Jorge Amado, Rómulo Gallegos, José Rivera, Jesús Lara, José Mancisidor y muchos otros.

Las becas universitarias formaron parte de la política de intercambio cultural seguida por Moscú para atraer la atención de los estudiantes latinos interesados en adquirir una preparación técnica especializada. La Universidad Patricio Lumumba, de Moscú, era una de las más importantes instituciones para la educación de alumnos latinoamericanos. Cuando se fundó en 1960, el número de estos era de 144, en el curso de 1966-67, aumentó a más de mil alumnos, los cuales recibían instrucción no sólo técnica, sino también política e ideológica.

La ayuda de la URSS hacia América Latina se extendió a los campos de la medicina y la sanidad pública, donde funcionaban programas de becas para estudios médicos en favor de los estudiantes de los países latinos, donde había escasez de personal médico suficientemente preparado.

Con Cuba Moscú sostuvo relaciones culturales especialmente estrechas, lo que no era extraño teniendo en cuenta el desenvolvimiento político de ese país. Las relaciones entre ambos fueron muy amplias, pero no por ello poco conflictivas. En febrero de 1960, el Viceprimer Ministro soviético, Anastas Mikoyan, encabezó una misión científica, técnica y cultural que fue a La Habana. La prensa moscovita hizo vívidos

comentarios de la favorable impresión que ejerció en el pueblo cubano la exposición presentada.

A finales de 1960, las conversaciones celebradas entre Mikoyan y Ernesto Guevara en Moscú llevaron a la conclusión de un convenio cultural que estipulaba intercambios en el terreno de la ciencia, la educación, las artes y los deportes. En mayo de 1961, G.A. Zhukov y el ministro cubano de educación, Dr. Armando Hart Dávalo, firmaron otro pacto cultural soviético-cubano que fue seguido por el establecimiento de un convenio de intercambios científicos, médicos, culturales y educativos, firmado en mayo de 1965.

Los artistas soviéticos hicieron visitas constantes a Cuba en los decenios siguientes. D. Tyulin, ganador del Segundo Certamen de Directores de Orquesta de la Unión Soviética, hizo una prolongada visita a la Habana, donde dirigió la Orquesta Sinfónica Nacional. La creciente influencia del intercambio cultural de personas que procedentes del bloque soviético en Europa visitaron Cuba, se reflejaba en las constantes giras que realizaban de Cuba a la URSS y viceversa.

Las dificultades a que hacíamos mención al principio, se circunscribían al ámbito de la comprensión y apreciación del arte por ambas partes. A los cubanos les costó bastante trabajo comprender el arte moscovita, así como a los ciudadanos soviéticos que entraron en contacto por vez primera con la cultura cubana, ya que encontraban elementos que no se exhibían oficialmente en su país. Los ciudadanos soviéticos, y aún más las autoridades, tuvieron que comprender que el socialismo no estaba en vigor en todos los países de una manera tan ortodoxa como en la Unión Soviética; una vez aceptado esto, se sanearon los obstáculos para el intercambio cultural entre ambas naciones.

La penetración cultural soviética en Latinoamérica fue en aumento, sin embargo, existieron muchas posibilidades no exploradas y no pocas barreras que sortear. Es importante reconocer el hecho de que la URSS se preocupaba cada vez más por la región y por ello amplió el alcance de sus contactos con la población y los gobiernos de la zona.

NOTAS

1. James Daniel. Cuba el primer satélite soviético en América Latina, México. Ed. Libreros Unidos Mexicanos. 1981., Pág. 58.
2. Los Partidos Comunistas de América Latina, Moscú. Ed. Progreso. 1983, Pág. 204
3. *Ibidem*. Págs. 66-132
4. Para mayores detalles consultar: América Latina, Moscú. Ed. Progreso. No. 10, octubre 1984. Pág. 14
5. Véase Altshuler, A.B. La integración económica socialista. divisas y el derechofinanciero. Moscú, Ed. Progreso. 1978. Pág. 217
6. *Ibidem*. Pág. 279
7. Krasnov. La integración económica socialista y las relaciones económicas mundiales. Moscú. Ed. Progreso. 1983. Pág. 203
8. *Ibidem*. Pág. 279
9. Paniev, Yuri. América Latina, Moscú. Ed. Progreso. 1984. Pág. 12
10. *Ibidem*. Pág. 13
11. *Ibidem*. Pág. 14
12. *Ibidem*. Pág. 15
13. Paniev, Yuri. Relaciones económicas entre países de América Latina y el CAME. Moscú. Ed. Progreso. 1983. Pág. 115
14. Paniev, Yuri. La cooperación científica y técnica de los países del CAME con América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1984. Pág. 18
15. Zhukov, G.A. Broader cultural exchange. Moscú. New Times. núm. 2, enero, 1960, Pág. 14
16. Lenin, V.I. La cultura y la revolución cultural, Moscú. trad. Ed. Progreso 1962. Págs. 12-17
17. Trotsky, León. Literature and revolution. USA. Ed Ann Arbor, Michigan University. 1960. Pág. 192
18. Bailey, Norman. Latin America in world politics. USA. New York. 1967. Págs. 89-90.
19. SSSRi. Latinskaya Amerika 1917-1967, Moscú. 1967. Pág. 82

NOTAS

1. James Daniel. Cuba el primer satélite soviético en América Latina, México. Ed. Libreros Unidos Mexicanos. 1981., Pág. 58.
2. Los Partidos Comunistas de América Latina, Moscú. Ed. Progreso. 1983, Pág. 204
3. *Ibidem*. Págs. 66-132
4. Para mayores detalles consultar: América Latina, Moscú. Ed. Progreso. No. 10, octubre 1984. Pág. 14
5. Véase Altshuler, A.B. La integración económica socialista. divisas y el derecho financiero, Moscú. Ed. Progreso. 1978. Pág. 217
6. *Ibidem*. Pág. 279
7. Krasnov. La integración económica socialista y las relaciones económicas mundiales, Moscú. Ed. Progreso. 1983. Pág. 203
8. *Ibidem*. Pág. 279
9. Paniev, Yuri. América Latina, Moscú. Ed. Progreso. 1984. Pág. 12
10. *Ibidem*. Pág. 13
11. *Ibidem*. Pág. 14
12. *Ibidem*. Pág. 15
13. Paniev, Yuri. Relaciones económicas entre países de América Latina y el CAME, Moscú. Ed. Progreso. 1983. Pág. 115
14. Paniev, Yuri. La cooperación científica y técnica de los países del CAME con América Latina, Moscú. Ed. Progreso. 1984. Pág. 18
15. Zhukov, G.A. Broader cultural exchange, Moscú. New Times. núm. 2, enero, 1960, Pág. 14
16. Lenin, V.I. La cultura y la revolución cultural, Moscú. trad. Ed. Progreso 1962. Págs. 12-17
17. Trotsky, León. Literature and revolution, USA. Ed Ann Arbor, Michigan University. 1960. Pág. 192
18. Bailey, Norman. Latin America in world politics, USA. New York. 1967. Págs. 89-90.
19. SSSRi. Latinskaya Amerika 1917-1967, Moscú. 1967. Pág. 82

III. LA REVOLUCION CUBANA Y LA REORIENTACION DE LA POLITICA EXTERIOR SOVIETICA

colonia, a diferencia de las demás naciones iberoamericanas, agudizó su sensibilidad libertaria convirtiéndole en el primer antiimperialista del continente.

El amor a la patria fue una de las razones que le hicieron participar en la lucha independentista, no sólo como el gran estratega político que fue, sino también como el combatiente dispuesto a morir por el ideal revolucionario y con respecto al sentimiento patrio escribió "el patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner a la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres"⁽¹⁾.

Las múltiples vicisitudes por las que atravesó la lucha por la libertad no quebrantaron su ánimo y constantemente instaba a las grandes figuras de la revolución como Máximo Gómez a reiniciar la lucha, teniendo en cuenta su orientación política revolucionaria. Durante cierta etapa de la guerra, José Martí se mantuvo, por voluntad propia, al margen de la misma por considerar que se le estaba imprimiendo un carácter demasiado personal y militarista que distaba mucho de la República democrática que anhelaba. El rechazo al caudillismo fue lo que le motivó a escribirle a Gómez "un pueblo no se funda, General, como se manda en un campamento"⁽²⁾.

La nueva Cuba emergida de la revolución debía erigirse sobre la base de la elección libre y soberana del pueblo y de sus instituciones gubernamentales. Por ello luchó Martí, para el pueblo y por el pueblo. José Martí fue un demócrata revolucionario que se identificó con la situación de los oprimidos y así lo dio a conocer en la publicación de "Nuestra América", donde escribió "con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores"⁽³⁾. Más tarde, Castro retomaría el sentir martiniano al declarar el 16 de abril de 1961 lo siguiente "la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes"⁽⁴⁾.

Una de las premisas fundamentales de la filosofía de Martí lo constituye la libertad, derecho esencial e inalienable de todo ser humano; por ella, por obtenerla, se justifica la violencia revolucionaria. Martí así lo entendió y prueba de ello es que sentenció "la revolución es ante todo, un acto de justicia y de realidad para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas"⁽⁵⁾.

Posteriormente, en las bases del Partido Revolucionario Cubano se hizo referencia a la acción revolucionaria como una experiencia democrática y de justicia con apego a las realidades del país. El Partido Revolucionario fue creado para aglutinar a las fuerzas independentistas, con el propósito de constituir una República justa y abierta donde el predominio de clase no existiera. La prioridad a cumplir era la creación de la Constitución Democrática constituida "con todos y para el bien de todos" ⁽⁶⁾.

Por vez primera se creaba en América Latina un Partido Revolucionario para preparar y orientar una guerra de liberación nacional. Con la creación del Partido, Martí anunciaba vanguardias políticas que guiarían a las guerras revolucionarias de este siglo. El mismo Fidel Castro declararía en alguna ocasión "en el Partido que fundara Martí podemos ver el precedente más honroso y más legítimo del glorioso Partido que hoy dirige nuestra revolución: el Partido Comunista de Cuba" ⁽⁷⁾.

El Partido Comunista Cubano se significó por su raíz antimperialista y por su lucha independentista la cual debía ser no sólo política sino también económica, por ello, el programa del Partido fundado por Martí, señalaba la necesidad de sustituir el desorden económico que imperaba en la isla, por el de hacienda pública, que de acuerdo con la concepción martiana, debía proporcionar justicia e igualdad económica para todos los cubanos.

El Partido Revolucionario Cubano, se convirtió en el motor de la revolución al ser el centro desde donde se determinaba la estrategia revolucionaria a seguir. La base social del Partido era la masa trabajadora, empero, no había en realidad un predominio de clase, el pueblo en su conjunto conformaba la base del mismo.

En la ideología martiana el procedimiento político más conveniente para resolver de manera definitiva una situación que mantenía perturbadas la justicia y la libertad sociales era la guerra, sólo así justificaba la lucha armada y por ello escribiría: "porque por la guerra se obtendrá un estado superior de felicidad a los esfuerzos que se han de hacer por ella" ⁽⁸⁾.

Por otra parte, su concepto de la igualdad social lo vertió en el periódico Patria donde escribió "pero si igualdad social quiere decir el trato respetuoso y equitativo, sin limitaciones de estimación no justificada por limitaciones correspondientes de

capacidad o de virtud, de los hombres, de un color o de otro, que pueden honrar y honran el linaje humano; la igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza"⁽¹⁰⁾. Esos fueron en términos generales, los principales conceptos de la filosofía libertadora de José Martí.

b). Las premisas revolucionarias de Fidel Castro y sus discrepancias con Moscú

*" Los niños de la Revolución se han hecho
hombres"*

José Martí.

Del gran estrategia política y militar que fuera José Martí, el Movimiento 26 de julio adoptó de su filosofía libertadora algunos de sus postulados básicos tales como: su principio antiimperialista, su profunda solidaridad con los sectores explotados, su concepto del equilibrio social, la creación de la Constitución Democrática, y por encima de todo esto, la libertad soberana como premisa fundamental e inalienable.

Por lo que respecta a los objetivos económicos, la similitud entre el proyecto martiano y el programa del Movimiento 26 de Julio, resulta comprensible si consideramos que en ambos no se cuestionaba el modo de producción capitalista y que su propósito era buscar el logro de un mayor desarrollo económico basado en la reforma agraria, la industrialización, la ampliación del comercio internacional, etc.

En la primera etapa de la Revolución, en la que el Movimiento 26 de Julio se nutrió del pensamiento de Martí, es inútil buscar un cuestionamiento del modo de producción capitalista; el objetivo de la lucha revolucionaria se centró en una mayor justicia económica y social. En esa etapa de la Revolución, que puede denominarse como democrática, Fidel Castro trató de ser fiel y de mantenerse dentro del programa del Movimiento 26 de julio, no obstante de que en esa misma fase se pretendió aplicar al máximo las medidas democráticas, de tal manera, que fueran creando las condiciones para su superación.

Durante la etapa democrática de la revolución, antes de su transición al socialismo, Castro era un discípulo de Martí. Su evolución al socialismo ocurrió junto con la evolución de la revolución misma, y conjuntamente con la masa revolucionaria que fue agotando las soluciones económico-sociales del programa democrático del Movimiento 26 de Julio, exigiendo una superación completa de los marcos democráticos fijados inicialmente en el movimiento revolucionario. La práctica revolucionaria avanzó más rápidamente que las medidas preconizadas al triunfar la revolución, obligándola a la construcción de un nuevo sistema social : el socialista ⁽¹¹⁾.

En congruencia con la ideología sustentada por el Movimiento 26 de julio durante esa etapa Fidel Castro buscó un acercamiento con Estados Unidos de América hasta abril de 1959 y así lo demostraron sus pronunciamientos en los que hacía constar que lo único que quería de los norteamericanos era su comprensión. Como estadista, Castro comprendía que una actuación inteligente consistía en agotar primero todos los recursos para tratar de mantener estas relaciones hasta el límite en que fueran insostenibles para la gran potencia.

La práctica revolucionaria condujo a Fidel Castro a formular sus propias premisas revolucionarias, las cuales diferían un poco de la doctrina marxista-leninista tradicional, lo que motivó sus discrepancias con Moscú.

Las premisas sustentadas por Castro fueron las siguientes:

1. No siempre es necesario esperar a que se produzca una revolución. Un foco insurreccional puede originarla.
2. En la América subdesarrollada, el campo debe ser el teatro fundamental de la lucha armada.
3. El foco de la guerrilla es el núcleo del Partido Revolucionario, verdadera vanguardia de la revolución antiimperialista y potencialmente socialista.

Ahora bien, ¿en que contradecían estas premisas las ideas estratégicas del marxismo-leninismo ?:

1. Según la ortodoxia marxista-leninista la insurrección armada suponía la existencia de una situación objetivamente revolucionaria, a expensas de la cual crecía como

última etapa de la lucha por el poder. Esa idea quedó invertida en la muy particular filosofía revolucionaria de Castro, para el cual la lucha armada era la primera etapa de la revolución que después engendraba la situación revolucionaria objetiva.

Para el marxista-leninista ortodoxo la insurrección armada era fundamentalmente una lucha de masas, pero para Castro la iniciaban y la llevaban a cabo pequeños grupos de guerrilleros que en el curso del tiempo podían crecer para constituir un ejército popular revolucionario. Así, la lucha de las guerrillas, acompañadas de actos de sabotaje, daban origen a la situación objetiva revolucionaria ⁽¹²⁾. Esto explicaba en parte, el por qué los marxistas-leninistas ortodoxos tachaban a la ideología castrista de desviación subjetiva o voluntariosa acusándolo de subversivo y aventurero.

2. La afirmación de que el campo era el teatro principal de la lucha armada en América Latina parecía, a primera vista, perfectamente aceptable a los marxistas ortodoxos. En la mayoría de las naciones latinoamericanas los campesinos formaban la masa de la población y su elemento más pobre. Asimismo, era más fácil tomar las armas en las montañas y en las regiones remotas del campo (sobre todo si los campesinos de esas zonas eran rebeldes), que en las ciudades donde se concentraban las fuerzas represivas. Sin embargo, Castro olvidó que la actividad armada no podía ser impuesta de manera artificial a las masas, sino que debía nacer de su propia voluntad de lucha. Como dijera Gilberto Vieira, Secretario General del Partido Comunista de Colombia: "la guerra de guerrillas es una de las más altas formas de lucha de masas, pero no será vigorosa si no tiene ese carácter, si no nace de las masas, si no expresa sus intereses inmediatos e históricos" ⁽¹³⁾.

Fidel Castro consideraba que la guerra de guerrillas no era la lucha de las masas campesinas, lanzadas por ellas para proteger sus intereses. Para él, los grupos guerrilleros no surgían de los campesinos sino que venían de afuera, lo mismo que el partido bolchevique de Lenin no nació de los obreros, sino de una vanguardia que debía despertar la conciencia política de las masas, propagar las ideas revolucionarias y, por fin, llevarlas a la revolución. Para Castro, las guerrillas luchaban para encender la revolución antiimperialista y socialista y no para satisfacer las exigencias de los campesinos que, en general, se oponían al socialismo, pues para el líder cubano el

campesino era en potencia un pequeño burgués cuya única ambición era poseer la tierra y más tarde enriquecerse vendiendo sus productos. Aunque los guerrilleros trataban de movilizar a los campesinos, ganarse su apoyo y alistar a algunos de ellos en las fuerzas armadas, la ideología castrista buscaba simplemente utilizarlos para un fin ajeno a la mayoría de ellos.

He aquí una diferencia fundamental entre las premisas de Castro y el socialismo científico: la lucha en el campo. El grupo de guerrilleros en la concepción castrista, era una fuerza selecta, no una organización de masas de campesinos; era fundamentalmente ofensiva no defensiva, era un grupo móvil que peleaba por la revolución antiimperialista y socialista.

Si el castrismo proclamaba que el campo era el teatro principal de la lucha armada, no era porque considerara potencialmente revolucionarios a los campesinos flagelados por la pobreza sino porque creía que geográficamente era mucho más fácil iniciar la lucha armada en las montañas y en las selvas, lejos de los centros de poder y de la represión del gobierno. Al respecto, Régis Debray escribió en su famoso libro ¿Revolución en la Revolución?, lo siguiente "las montañas transforman a los burgueses y a los campesinos en proletarios, mientras que la ciudad puede hacer burgueses aún a los proletarios" ⁽¹³⁾.

Empero los comunistas ortodoxos nunca idealizaron al campesino y nunca lo consideraron la fuerza motriz de la revolución, sino como el aliado más importante del proletariado, por consiguiente, en la Segunda Declaración de La Habana señalaron "los campesinos son de una clase que, por la ignorancia en que han vivido y el aislamiento en que están, necesitan la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y de los revolucionarios intelectuales"⁽¹⁴⁾.

La aparente unidad de criterios desaparecía cuando se hacía referencia a los intelectuales revolucionarios. Era poco probable que un comunista ortodoxo mencionara a ese grupo poniéndolo al mismo nivel de la clase obrera. Para el comunista oficial, era el proletariado, sobre todo el urbano, el que tenía que encabezar la revolución. Los intelectuales de la clase media eran sólo sus aliados. Para Castro y sus seguidores ocurría lo contrario; los intelectuales eran los verdaderos dirigentes de

la revolución antiimperialista y socialista, mientras que los obreros -sobre todo de las ciudades- estaban considerados con gran desconfianza. El castrismo dudaba de que los obreros (que estaban mejor, en general, que la población rural) fueran o pudieran alguna vez ser genuinamente revolucionarios como los que se formaban en la guerra de guerrillas con gente de la clase media y de antecedentes intelectuales. Esto lleva a la tercera razón que colocó a Castro en una categoría aparte del marxismo-leninismo.

3. El llamado papel del partido podía considerarse como el dogma central del leninismo. El partido era el primer motor, el que preparaba y encabezaba la revolución, el que llevaba las verdaderas ideas marxistas a las masas desde fuera de ellas. Ese partido de jacobinos ligados indisolublemente a las masas proletarias. Como dijo Lenin en 1903 tenía en su centro revolucionarios profesionales. El partido era versado en marxismo, era fundamentalmente urbano y estaba constituido según los principios del centralismo democrático. Se consideraba vanguardia del proletariado, que dirigía, educaba y organizaba a la clase trabajadora en la lucha revolucionaria.

Castro aceptaba el concepto de grupos selectos del leninismo, pero oponía a cambio del partido urbano, al guerrillero de las montañas. También rompió el lazo existente entre esa vanguardia y el proletariado, así como la conexión entre ella y el marxismo teórico. El grupo guerrillero era un organismo tanto político como militar, que no se podía dirigir desde la ciudad ni podía estar subordinado a algún partido cuya base fuera urbana; no estaba formado por marxistas, sino por personas cuya autenticidad revolucionaria no sólo estaba demostrada por una ideología sino también por su participación activa en las guerrillas y cuyos antecedentes sociales no venían al caso.

A este respecto, una de las principales castristas, Haidée Santamaría, declaró "la vanguardia es la guerrilla, aunque la guerrilla se componga de hombres de ideologías políticas diferentes"⁽¹⁵⁾. El desarrollo de la revolución cubana ilustró la evolución de la ideología revolucionaria de Fidel Castro Ruz.

Castro no consideró la lucha como método fundamental hasta fines de 1958. Desembarcó en Cuba en 1956 esperando que su llegada coincidiera con un alzamiento urbano en el Oriente. El alzamiento fue aplastado antes de que pudiera convertirse en

una verdadera insurrección. Aún entonces Castro, que no se había preparado para una guerra prolongada en las montañas de la Sierra Maestra siguió confiando en que a Batista lo derrocaría algún movimiento de masas y huelga general. Empero, la huelga general de 9 de abril de 1958 terminó en un rotundo fracaso, en donde la apatía de las masas fue uno de los factores que contribuyeron al nacimiento del castrismo como estrategia. El otro fue el fracaso del numeroso ejército de Batista en su tarea de erradicar la guerrilla.

Así, la pequeña banda de guerrilleros reunidos en torno a Castro - que apenas sumaba 800 hombres, cuatro semanas antes de la fuga de Batista- derrotó a un ejército regular, al parecer bien armado con alrededor de unos 38,000 hombres. En realidad, lo que permitió el triunfo de la guerrilla fue que el ejército de Batista era insuficiente, corrompido, sin voluntad de lucha e insuficientemente preparado para enfrentar a los revolucionarios. La presión interna de la corrupción, la desmoralización, la creciente antipatía popular hacia Batista y todo su aparato de gobierno y la simpatía cada vez mayor del pueblo (sobre todo de las clases altas y medias) por Castro y sus hombres, fueron los elementos esenciales que hicieron posible el triunfo de la revolución.

Sin embargo, esa simpatía nunca llegó a convertirse en apoyo activo; ni la victoria de Castro en 1959, ni la rápida transformación de la revolución democrática en revolución socialista, fueron el resultado de una acción de las masas. La revolución democrática y la transformación socialista de ésta, se llevaron a cabo por la intervención de un grupo de revolucionarios precedentes, sobre todo de la clase media, agrupados en torno a un líder cuyos designios obedecían. Eso fue lo que contribuyó como elemento decisivo a la ideología total y a la estrategia general del castrismo.

Es verdad que antes de su victoria de 1959, Castro tuvo ayuda, sobre todo, de las clases alta y media y que algunos campesinos de la Sierra Maestra lucharon junto a él. También es cierto que su victoria despertó un entusiasmo general; pero la intervención de las masas fue relativa, en particular la de los obreros quienes nunca llegaron a comprometerse de manera total con la lucha revolucionaria. Esta actitud fue lo que reforzó las dudas castristas respecto a las posibilidades revolucionarias del

proletariado, dudas que habían de aumentar después de que éste se afirmó como gobernante de Cuba, a causa de la oposición de los obreros a su lucha por llevar al país al socialismo⁽¹⁶⁾.

Si en un principio la mayoría de la población aplaudió el cambio fue porque Fidel Castro ofreció durante los primeros años de su gobierno, beneficios materiales y morales excepcionales; pero al producirse el cambio en la correlación de fuerzas entre las clases que apoyaron a la revolución, sucedió lo que el mismo Castro describió con las siguientes palabras "los primeros días todo mundo aplaudía; al segundo día ya los latifundistas no aplaudían, el tercer día, ya no aplaudían los dueños de los edificios de departamentos; el cuarto día, ya no nos aplaudían los dueños de solares (...) y así sucesivamente algunos, no todos, pero una parte de los intereses creados"⁽¹⁷⁾.

La ideología castrista fue fomentada no sólo por la experiencia cubana, sino también por los acontecimientos ocurridos en América Latina después de 1959. Según Guevara y Fidel Castro el continente entero estaba maduro para la revolución. Pero la revolución no llegó y de ahí que Fidel sufriese una triple decepción: ante las clases y los estratos sociales en los que esperaba encontrar la fuerza motriz de la revolución; ante la Unión Soviética, en quien confiaba hallar a la promotora de la misma, y ante las organizaciones revolucionarias, sobre todo los partidos comunistas oficiales de los que esperaba la encabezaran.

La política seguida por la URSS provocó un gran resentimiento en Castro Ruz. Para éste Moscú ya no quería fomentar la revolución en Latinoamérica. A pesar del extraordinario éxito de Castro en Cuba, el Kremlin permaneció escéptico sobre las perspectivas revolucionarias en otros países de la región. El liderazgo soviético se mostraba cauteloso en prestar ayuda a Castro Ruz ante el temor de enredar a la Unión Soviética en imprudentes riesgos revolucionarios o en confrontaciones peligrosas con Estados Unidos de América, en una región en donde los norteamericanos tenían una fuerza militar aplastante.

Los desacuerdos entre Castro y los líderes soviéticos no terminaron ahí, sino que continuaron al proclamar el dirigente cubano su apoyo para la "liberación del continente", en la Segunda Declaración de La Habana, en febrero de 1962. A eso, le

siguieron cinco años de activismo revolucionario; este periodo fue marcado por una tirantez y tensión periódica entre La Habana y Moscú. Los altos jefes soviéticos estaban escépticos sobre la habilidad de Castro para promover la revolución, declarando que la vía correcta (pacífica o no pacífica) sería decidida por cada país.

Por su parte el líder cubano creía que la violencia revolucionaria podría crear las condiciones revolucionarias y se impacientaba con la vía al poder más lenta y pacífica. En la Segunda Declaración de la Habana, Castro rehusó mencionar la coexistencia pacífica u otras formas ideológicas aprobadas por Moscú, reiterando que la lucha de guerrillas era la única solución para los males del Tercer Mundo.

Fidel Castro y el Che Guevara firmes creyentes de la violencia revolucionaria, estaban notoriamente desilusionados por la débil respuesta a su llamado a las armas. En enero de 1963 el jefe cubano manifestó su amargura por la timidez de los revolucionarios de América Latina y por el rechazo de su política por los partidos comunistas ortodoxos del continente opuestos a la violencia. Los líderes moscovitas se opusieron secretamente a su programa en razón de que éste no se ajustaba a las enseñanzas del marxismo-leninismo, reflejando una desviación o un aventurismo izquierdista destinado a fracasar.

Durante los años sesenta la URSS estuvo regularmente expuesta a los mordaces ataques de Pekín, por su revisionismo. En América Latina por la ultraizquierda, por haber abandonado la revolución. En vista de las pretensiones soviéticas de ser la patria de la revolución mundial, ésta era una acusación que no se podía ignorar. Para proteger su flanco izquierdo, los soviéticos siguieron utilizando la retórica de la lucha armada y de cuando en cuando daban un poco de apoyo verbal a la línea de Castro. Sin embargo, Moscú no sólo no renunció a su política de coexistencia pacífica sino que no cesó de presionar al líder cubano hasta que éste se alineó por completo a la órbita soviética.

c) El alineamiento de Castro a la órbita soviética

Después de la gran crisis de octubre de 1962, la independencia de Fidel Castro disminuyó, en virtud de sus fracasos económicos internos y de sus desventuras revolucionarias externas, que lo llevaron a desgastar su poder de negociación con la Unión Soviética colocándolo en una posición de franca dependencia con respecto al país de los soviets.

Para esa fecha, la situación interna de la isla era crítica en razón de que los planes de industrialización dirigidos por Ernesto Guevara, ministro de Industria, resultaron poco prácticos. En su propósito de convertir a Cuba en una gran potencia industrial se olvidó de tomar en cuenta las condiciones económicas prevaletentes y las limitaciones de los recursos de la isla. Incluso, en esa loca carrera por la industrialización, se llegó a presentar al monocultivo del azúcar como símbolo del imperialismo *yanqui*, proyectándose diversificar de inmediato la producción agrícola sin averiguar previamente la capacidad de producción o las necesidades del mercado mundial.

El resultado de esos esquemas (mal trazados en general) fueron costosos desastres sobre todo en la industria, con considerables daños para la eficiencia económica. La agricultura, con un gran mercado de producción azucarera no estuvo compensada por éxitos notables en la diversificación de cultivos. Para 1963 se dejaba sentir la prolongada ruptura de relaciones económicas cubano-norteamericanas y se notó, sobre todo en la industria que dependía hasta ese entonces de la maquinaria estadounidense importada y que estaba en muy malas condiciones.

La economía cubana se había debilitado más por la emigración de muchos técnicos y administradores que por las repercusiones que trajo el cambio de mercados tradicionales a nuevos mercados; por la baja de productividad laboral causada por los graves trastornos de la agricultura; por la militarización de la sociedad cubana, y por el fuerte aumento del gasto público. Al final del segundo periodo de Guevara como ministro de Industria, Cuba se encontraba en una aguda crisis económica.

A su regreso de Moscú, en el año de 1963, Castro insistió en que era preciso dar prioridad a la producción de azúcar, al parecer porque los dirigentes moscovitas le

habían convencido de que las relaciones económicas de la isla con Europa Oriental se beneficiarían si La Habana adoptaba una política económica más objetiva, permitiendo con ello a la URSS reducir el monto de su inversión en la economía cubana. La rehabilitación de la economía azucarera tras el regreso de Castro de la URSS, representó algo diametralmente opuesto a los planes macro-económicos de la estrategia defendida por Guevara. Sin embargo, Moscú presionó para que se llevara a cabo como una nueva forma de industrialización a través de la agricultura⁽¹⁹⁾. Forma que, según se afirmó, era válida para los países del Tercer Mundo con la posibilidad de llegar a ser una tercera variante del proceso original de industrialización en Occidente (por los textiles) y el modo europeo-oriental que se basó en el carbón y el acero.

La economía cubana se hubiera desarrollado de modo diferente si no hubiese sido por el total aislamiento de La Habana, que quedó apartada de sus proveedores y clientes de tierra firme. La extrema dependencia de un protector externo distante, sin cuya ayuda constante y diaria la isla no podría sobrevivir, trajo consigo, inevitablemente, formas y técnicas económicas ideadas para enfrentarse a esa situación poco común y engendró en el terreno de la economía actitudes tan extremistas como las de Guevara.

Las diferencias políticas entre Cuba y la Unión Soviética condicionaron la ayuda moscovita a La Habana, presionando constantemente a Castro para que se alinease a la órbita soviética. Cuando la economía cubana empezó a tambalearse a causa de la personalista y errática dirección castrista y ante las amenazas soviéticas de cortar su ayuda a la nación caribeña, el líder cubano se vio obligado a reordenar las prioridades emanadas de la Revolución Cubana, en donde los graves problemas económicos internos adquirieron una mayor importancia en la línea de gobierno castrista. Así, por razones económicas y de seguridad, La Habana se vio forzada a incrementar sus relaciones con Moscú mostrando mayor flexibilidad ante los requerimientos soviéticos.

En la reunión de los 22 Partidos Comunistas de América Latina que fue celebrada en La Habana, en noviembre de 1964, la alineación de Cuba comenzó a concretarse. En dicha reunión, los partidos pro-chinos y facciones de ultrazquierda fueron categóricamente excluidos. La reunión fue convocada por Moscú con el

consentimiento de Fidel Castro y el de los partidos tradicionales de América Latina, los objetivos precisos de la URSS eran alejar al dirigente cubano de las facciones de orientación pekinista y, en general, de aislar al socialismo latinoamericano de la influencia de Pekín.

Este fue un acontecimiento importante en la evolución de las relaciones cubanas con los partidos ortodoxos de línea moscovita, puesto que reunió a Castro por primera vez con los líderes de los partidos tradicionales de todas partes del continente. En la reunión, Moscú y los socialistas de América Latina, mostraron su buena voluntad al hacer concesiones a los puntos de vista de Fidel Castro sobre estrategia revolucionaria. En su disputa con Pekín, los líderes moscovitas nunca adoptaron la vía pacífica al poder como la única estrategia factible en todas las circunstancias.

La Unión Soviética insistió siempre en que la vía violenta o no violenta, eran factibles, dependiendo de las circunstancias de cada país. En la Conferencia celebrada en La Habana en noviembre de 1964, Cuba, Moscú y los partidos socialistas de Latinoamérica adoptaron una resolución donde se llamaba al "apoyo en forma activa a aquéllos que actualmente están sometidos a una severa represión, tales como los combatientes venezolanos, colombianos, hondureños, paraguayos y haitianos"⁽¹⁹⁾. El respaldo moscovita a la lucha armada en esos cinco países significó un importante giro de la política socialista, que sin duda complació a Castro y dificultó su rechazo para una cooperación más amplia con el Estado soviético. Esa concesión soviética le valió el apoyo del líder cubano en su disputa con la República Popular de China.

Al adoptar una política que ponía énfasis en la variedad de posiciones en la estrategia revolucionaria, la Unión Soviética comprometió a Castro a tratar sólo con los partidos ortodoxos de línea moscovita en la región. La Conferencia de La Habana resultó un cisma mayor entre ésta y Pekín e inició un breve periodo de cooperación soviético-cubana. En noviembre de 1966, se llevó a cabo la Conferencia Tricontinental, la cual tenía como objetivos precisos usar a Castro en contra de China en el área política internacional del Tercer Mundo. La creación de un nuevo movimiento mundial que remplazara la Organización de Solidaridad de Pueblos Afro-Asiáticos (AAPSO) que estaba siendo debilitada por la rivalidad chino-soviética y/o

expandir la AAPSO, añadiendo a los partidos pro-Moscú de Latinoamérica a las fuerzas anti-Pekín que ya estaban en la Organización, para debilitar la demanda China de dirigir el Tercer Mundo.

De acuerdo con el plan trazado por los soviéticos, el *rol* que Castro debía desempeñar era el de asegurar que la representación de América Latina en la Conferencia Tricontinental fuera dominada por los partidos pro-soviéticos. En virtud de que el conflicto chino-soviético había dividido al movimiento socialista internacional, la tarea de Castro era la de participar de manera más activa en la política internacional socialista en favor de los intereses moscovitas. En esos momentos, Latinoamérica adquirió un valor especial para el Kremlin, dado su potencial revolucionario capaz de debilitar la posición hegemónica de Estados Unidos de América en el área.

Siguiendo su éxito logrado en la Conferencia Tricontinental, Castro abandonó su alejamiento de la disputa chino-soviética y se comprometió más activamente en la política internacional socialista. Inmediatamente formó un equivalente regional de la AAPSO: la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). El Comité de dirección permanente, con sede en La Habana, incluía representantes de los Partidos Socialistas pro-Moscú más importantes en América Latina. La Organización Latinoamericana de Solidaridad realizó una Conferencia en julio-agosto de 1967, a la cual asistieron ciento sesenta delegados iberoamericanos. En esta reunión, el líder cubano denunció amargamente la falta de fervor revolucionario de la Unión Soviética así como de los países del bloque oriental. Al parecer Castro confió demasiado en su satisfactorio trabajo anterior en favor del Kremlin y se atrevió a enfatizar con singular entusiasmo a la lucha armada como la vía primaria para América Latina.

Ese fue el último desafío de Castro Ruz a la estrategia pragmática de la URSS, ya que éste fracasó en su intento por revitalizar el movimiento guerrillero. Sin embargo, nada simbolizó más dramáticamente su fracaso que la muerte de Ernesto Guevara. Este hecho confirmó las predicciones más terribles de Moscú quien siempre reprochó a Fidel Castro su precipitación.

Consternado por la muerte del Che Guevara, Castro fue forzado a revalorar sus errados puntos de vista sobre la situación revolucionaria del continente y abandonar la ilusión de que un movimiento revolucionario eficaz podría ser reconstruido en América Latina teniéndolo como líder máximo. La lucha no se estaba dando y no podría servir como un ariete para romper el aislamiento hemisférico y mejorar su posición con la Unión Soviética. Castro fue obligado a tomar una postura de atrincheramiento revolucionario en el área y a dar un giro de ciento ochenta grados para concentrar su atención en los problemas domésticos de Cuba.

Las relaciones entre la URSS y Cuba alcanzaron su punto más bajo a fines de 1967 y principios de 1968; esto en gran parte se debió a las tirantes relaciones y las amargas recriminaciones que se hicieron mutuamente como en el *affaire* de Escalante⁽²⁰⁾, en el boicot de Cuba a la Reunión de Partidos Comunistas patrocinada por la URSS en Bucarest y en la baja ayuda económica soviética en los comienzos de 1968.

En vista de todo esto, el discurso pronunciado por Castro el 23 de agosto de 1968 apoyando el derecho de Moscú a invadir Checoslovaquia, tomó por sorpresa a sus defensores. Al apoyar la operación soviética contra Checoslovaquia, el dirigente cubano estaba defendiendo lo que los países latinoamericanos siempre han rechazado: la intervención de grandes potencias en los asuntos de un país pequeño. Este inesperado vuelco en la posición castrista fue dictada por intereses propios. Con esa proclama de apoyo, Castro consiguió la promesa del Soviet Supremo de brindar mayor seguridad a su régimen, la cual pudo constatar en julio de 1969, cuando el Kremlin envió una flota naval de visita a la Isla ⁽²¹⁾.

Para alinear a Castro, Moscú aplicó también intensas presiones económicas en los comienzos de 1968. Desgraciadamente para el dirigente cubano, su dirección personalista de la economía cubana (que condujo a una declinación en el Producto Interno Bruto per capita de 0.6% anual en los años 60), había reforzado enormemente el poder económico moscovita en La Habana ⁽²²⁾.

Los soviéticos amenazaron con cortar su ayuda económica si Castro se resistía a sus peticiones, y para demostrarlo redujeron el envío de petróleo y de materias primas

industriales. Los países de Europa Oriental siguieron el ejemplo soviético y cuando la economía cubana empezó a tambalearse, Fidel Castro se vio obligado a capitular. La recompensa a ese dócil acatamiento fue la firma de nuevos convenios de ayuda militar y económica⁽²³⁾.

El discurso del líder cubano sobre Checoslovaquia fue un signo de que el proceso de sumisión de Cuba a los intereses moscovitas se había concretado. Castro debió haber decidido que no tenía otra alternativa que la de alinearse más estrechamente con Moscú ya que una ruptura hubiera significado una calamidad mayor. Ello lo hubiera hecho dependiente de las potencias occidentales de las cuales era improbable que recibiera el apoyo necesario para sus proyectos económicos y sus ambiciones revolucionarias. La decisión de aceptar la dirección soviética seguramente no fue fácil; la ambición más grande de Castro fue restaurar una verdadera independencia de Cuba, y durante algún tiempo, a mediados de los años sesenta, pareció que lo había conseguido. Su error fue tratar de lograr mucho con los magros recursos que tenía a su disposición: industrialización y revolución social, campañas revolucionarias en el continente y la liberación de América Latina de la influencia norteamericana.

El dirigente cubano descubrió, en cambio, que como resultado de su amargo odio contra Estados Unidos de América se había colocado a sí mismo en una posición de casi total dependencia de la Unión Soviética ya que La Habana necesitaba ayuda económica y armas por las cuales no podían pagar. No había ninguna posibilidad de recibir barcos, aviones y equipos militares, libres de costos de nadie, a excepción de regateo respecto de Moscú. Nadie, fuera de la URSS seguiría otorgándole préstamos año tras año, con pocas posibilidades de pago. Naturalmente, Fidel Castro Ruz estaba consciente de su debilitada posición de negociación con respecto a la Unión Soviética, pero no tenía otra alternativa. En cambio, hizo una concesión tras otra a los soviéticos, frenó sus críticas al país de la hoz y el martillo, disminuyó su apoyo a la violencia revolucionaria, racionalizó su administración económica y apoyó la política soviética en la Organización de Naciones Unidas y en el Tercer Mundo. Para el revolucionario cubano tuvo que ser muy difícil encuadrar estas concesiones con lo que había sido su fiero apego a la soberanía e independencia de Cuba.

Por lo que toca a Moscú, el sometimiento de La Habana le abrió nuevas oportunidades para una cooperación más cercana entre ambas en América Latina y todo el Tercer Mundo. Parece que las autoridades moscovitas decidieron que sus intereses estarían mejor servidos al poner fin a la permanente situación de emergencia de la isla al normalizar las relaciones de Cuba con sus vecinos del hemisferio. Cuba podría salir de su aislamiento diplomático y económico sólo evitando la violencia revolucionaria. La nueva orientación de la política exterior de la Unión Soviética fue evidente con la ofensiva política que realizó conjuntamente con La Habana en los comienzos de los años setenta en América Latina, la cual abarcaba todos los regímenes progresistas de la región.

d). La ofensiva soviético-cubana en Latinoamérica.

La coyuntura que se presentó en América Latina en la década de los setenta, pareció favorecer los planes soviéticos de infiltración en el continente haciendo albergar grandes esperanzas a Moscú sobre el debilitamiento de la hegemonía estadounidense y la expansión del sistema socialista en la región.

La ofensiva político-ideológica soviético-cubana en América Latina se vio favorecida por tres factores principales: la lacerante pobreza de la región, el sentimiento anti-*yanqui* y la consolidación de una nueva clase media radicalizada cuyos intereses eran contrarios a los norteamericanos. Los aspectos antes mencionados conformaron lo que A. Popov denominó como "el despertar de una nueva coyuntura latinoamericana"⁽²⁴⁾. Dicha coyuntura fue aprovechada por los estrategas moscovitas para reorientar su política hacia el área, considerando las condiciones particulares prevaecientes en cada nación latinoamericana, con lo cual pudo establecer una distinción entre tres grupos de países basada no en la similitud de la estructura económica y social sino en la política prevaeciente de los regímenes en el poder⁽²⁵⁾.

El primer grupo quedó constituido por lo que la URSS calificó como naciones revolucionarias, el cual se conformaba por los siguientes países: Cuba, Chile y Perú. El

segundo grupo se componía por las naciones que fueron consideradas como reaccionarias y pro-imperialistas tales como: Brasil, Paraguay, Bolivia y ciertas naciones de América Central. Brasil encabezó el liderazgo de ese grupo por ser el gendarme de Washington en el cono sur. Situado entre esos dos grupos se hallaba un tercero, ese era un grupo más heterogéneo ya que estaba constituido por los países clasificados como reformistas tales como: México, Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá y, posteriormente, la Argentina peronista.

La ofensiva moscovita hacia los países reformistas se basó en la ampliación de los vínculos diplomáticos y el respaldo moral a las formulaciones realizadas por los países del continente, tanto en la Organización de Naciones Unidas como en otras instituciones internacionales. El apoyo a las reivindicaciones político-económicas de las naciones tercermundistas, y en este caso, de los países latinos le redituó a Moscú prestigio y aceptación en la opinión pública latinoamericana.

Por otra parte, los logros del sistema socialista fueron exaltados de manera frecuente a través de la ayuda técnico-científica que la Unión Soviética proporcionó a las naciones de la región, con el propósito de mostrar a los países latinos que el modelo socialista podía ser considerado como una alternativa de desarrollo capaz de resolver las crisis estructurales por las que atravesaban. La Unión Soviética utilizó instrumentos exclusivamente ideológico-culturales en sus intentos de penetración en dichos países y se cuidó de incurrir en acciones o declaraciones que pudieran haber sido interpretadas como provocadoras, desestabilizadoras o intervencionistas, ya que que lo menos que deseaba era una ruptura de relaciones con los países que podían evitar la polarización total del poder hacia Estados Unidos de América cerrando con ello toda posibilidad de expansión socialista.

Dados sus orígenes históricos y geográficos, el nacionalismo latinoamericano ha tenido una distintiva tendencia anti-yanqui. La hegemonía y la intervención estadounidense en América Latina (la cual respondió más a la aversión comunista de la Casa Blanca, que a las necesidades de crecimiento económico del área o al desarrollo de la democracia política), estimularon las suspicacias y resquemores de los sectores medios latinoamericanos, respecto a los verdaderos motivos de la implantación de la

democracia al estilo americano. El resultado de todo ello fue una substancial fricción en las relaciones latino-norteamericanas.

Las naciones caribeñas, desde que obtuvieron su independencia del dominio inglés, buscaron nuevas formas de vencer los obstáculos de su progreso económico y social. Por ello, algunos estados llegaron a utilizar el sentimiento nacionalista como un instrumento de movilización económica y social. La diplomacia de Washington consideró que dada la fortaleza de su presencia, los movimientos nacionalistas no se extenderían ni tomarían un sesgo marcadamente anti-norteamericano. El gran error de la Casa Blanca fue subestimar el potencial de transformación de la clase burguesa latinoamericana, que cansada de ver agredidos sus intereses se erigió, en la mayoría de los casos, como el motor de la revolución social.

La prepotencia *yanqui* hacia sus vecinos del sur ocasionó que Moscú pudiera aprovechar el surgimiento de los movimientos progresistas en América Latina para beneficio propio. Por ejemplo, Chile y Perú, durante la década de los setenta, fueron dos casos que de no haber sido por la tradicional incapacidad de Washington para entender los cambios políticos que se gestaban en las sociedades latinoamericanas, no hubiesen servido de medios de propaganda socialista.

Durante los tres años que el Gobierno de la Unidad Popular estuvo en el poder en Chile, los líderes soviéticos trataron por medios diplomáticos, de influir en la armada chilena (que sufría la lucha progresiva entre la izquierda y los "legalistas") para que eliminara a los elementos del régimen anterior con el propósito de disminuir al máximo las posibilidades de un golpe de Estado por parte de los militares de derecha. De acuerdo con *Le Monde*, el Gobierno soviético ofreció al Presidente Salvador Allende equipo militar, dejando entrever la posibilidad de proporcionar adiestramiento a los soldados y oficiales chilenos en la URSS, para la enseñanza del manejo de armas, así como la visita a Chile de oficiales soviéticos para cualquier tipo de asesoría militar. El presidente Allende rehusó el ofrecimiento con lo cual evitó el rompimiento total de las relaciones especiales de las fuerzas armadas chilenas con Estados Unidos de América, cavando así su propia sepultura. Perú, en cambio, aceptó la misma oferta.

El Gobierno de la Unidad Popular tuvo especial significación para Moscú, ya que se ceñía al ideal soviético de transición pacífica hacia el socialismo. La URSS tenía puestas todas sus esperanzas en los logros y en el desenvolvimiento del socialismo chileno. Una prueba del entusiasmo moscovita, lo constituyó el hecho de que, en marzo de 1973, fecha en que se realizaron las elecciones legislativas chilenas, el evento fue cubierto por la radio y la televisión soviéticas, antes y después de las mismas. El espacio asignado a los acontecimientos chilenos fue un signo de la importancia que la Unión Soviética concedía a las elecciones en el país sudamericano. El optimismo desplegado en Moscú no sólo se manifestó a nivel público, sino que alcanzó su máxima expresión en una conversación privada a nivel oficial ⁽²⁶⁾.

Sin embargo, los medios oficiales moscovitas frenaron su satisfacción por lo acontecido y evitaron poner demasiado énfasis en sus declaraciones, en cuanto al *rol* que los comunistas debían jugar dentro del Gobierno de la Unidad Popular ⁽²⁷⁾. Aún así, los soviéticos intentaron algunas medidas para mantener a los nuevos Estados nacionalistas en América Latina. Los expertos soviéticos en política exterior insistieron en la importancia del reforzamiento de las relaciones y la cooperación internacional con otros Estados del grupo reformista.

En esa etapa, la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas fomentó acciones en contra de la estructura de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), por la insuficiente y condicionada ayuda a los países de la región ⁽²⁸⁾. Las continuas y severas críticas de los países latinoamericanos a la política de la Casa Blanca, aún de algunos países que estaban lejos de ser considerados como revolucionarios, hicieron que Moscú declarase "el proceso revolucionario está desarrollándose más rápidamente ahí que en otras regiones del mundo no socialista" ⁽²⁹⁾.

Naturalmente Cuba, Chile y Perú fueron apoyados y exhortados a continuar modificando la estructura internacional del poder en el continente. Cada uno de esos países podía operar conjunta o individualmente dentro de las instituciones internacionales o a través de las relaciones a nivel bilateral con otros Estados. Esos países, aunque a diferente nivel, formaron el frente - con Cuba a la cabeza - que indicaba la dirección que sería tomada por el movimiento antiimperialista.

Cuba también realizó declaraciones de solidaridad para con los regímenes progresistas, como la que realizó el delegado cubano, Carlos Rafael Rodríguez, en marzo de 1973 en la Reunión de la CEPAL "la América socialista con la que estamos soñando, aún no existe. Nuestra obligación es encontrar las posibles formas de asociación con los diferentes regímenes políticos y sociales de América Latina, aspirando al desarrollo independiente que debe ser emprendido de manera conjunta y el cual contará con el apoyo de Cuba"⁽³⁰⁾.

La razón de la nueva flexibilidad de Cuba y sus deseos de fomentar todas las tendencias antiimperialistas se encontraba en el papel que la URSS le concedió a La Habana como vanguardia de las fuerzas progresistas latinoamericanas. La labor encomendada a Cuba se facilitó dado que el aislamiento de la isla en el continente fue disminuyendo. De 1970 a 1973, países como Chile, Perú, Trinidad y Tobago, Jamaica, Barbados, Guyana y Argentina establecieron relaciones diplomáticas y tratados con Cuba. La fragmentación del bloqueo hizo que Brezhnev expresara "la considerable lucha de la heroica revolución cubana por ganar una posición política, es un importante testimonio de los cambios que tienen lugar en el continente"⁽³¹⁾.

La moderación de la política cubana y las profundas transformaciones de América Latina pusieron fin al aislamiento cubano. Todo el optimismo manifestado por Moscú ante la favorable coyuntura que se presentaba se vino abajo con el golpe de Estado que se produjo en Chile. La abrupta caída del Gobierno de la Unidad Popular, en septiembre de 1973, generó airadas reacciones de la prensa soviética. La violenta reacción de los medios de comunicación moscovitas demostró lo doloroso que resultó para el Kremlin la pérdida del elemento más prometedor de expansión socialista, ya que la vía pacífica de transición al socialismo quedó descartada con la experiencia chilena. El acto golpista generó importantes modificaciones en la concepción teórica de la transición no violenta del capitalismo al socialismo.

Las críticas soviéticas al golpe chileno se centraron, más que en la acción de los militares golpistas, en los errores estratégico-tácticos del Gobierno de Salvador Allende. El especialista soviético en asuntos latinoamericanos, M.F. Kudachkin escribió "la revolución social, aún cuando ella sea democrática, en estadio

antiimperialista de desarrollo no puede usar total y exclusivamente el viejo aparato burocrático-militar del Estado y adaptarlo a ella"⁽³²⁾.

El preservar la esencia anti-popular de la antigua maquinaria político-militar fue lo que propició el golpe de Estado. En tres años de existencia el gobierno popular no adoptó medidas contra los órganos judiciales y el Congreso Nacional, en donde la clase enemiga (la burguesía) inició la oleada golpista. Haciendo referencia a las palabras de Lenin, sobre la necesidad de la revolución de conocer como defenderse así misma; los estudiosos moscovitas en asuntos latinoamericanos, formularon la siguiente observación "la revolución chilena perdió una importante batalla porque nunca tuvo, verdaderamente, fuerzas armadas populares (milicias de trabajadores, grupos armados de combate y destacamentos comunistas y socialistas)"⁽³³⁾.

Para Boris Ponomarev, Secretario del Partido Comunista del Comité Central, a cargo de las relaciones con los partidos comunistas extranjeros, el error cometido por el Presidente Allende fue "la falta de creación de un nuevo aparato de Estado y la ilusión de la neutralidad de la armada chilena, ya que no existe armada fuera de la política o del Estado"⁽³⁴⁾.

La experiencia chilena obligó a Moscú a formular un llamado a los partidos comunistas de América Latina para que la transformación hacia el socialismo la emprendiesen con el apoyo de la mayoría de la población (una mayoría del 51%, como en el caso chileno del 37% que fue considerada insuficiente). Las coaliciones con los demás partidos de izquierda, los no considerados marxistas-leninistas, se hicieron necesarias, pero siempre bajo la base de concesiones recíprocas, todo lo cual tenía como objetivo el evitar que se generaran peligrosas polarizaciones del poder hacia las fuerzas reaccionarias.

La caída de Allende inauguró un período de éxitos derechistas en el continente con lo que disminuyeron las posibilidades de la Unión Soviética para penetrar en la región. A partir de ese momento, las relaciones inter-estatales adquirieron una vital importancia para la URSS quién, a pesar de todo, esperaba que se sucedieran cambios positivos por la vía de las políticas de los gobiernos en el poder. La deposición del General Velazco Alvarado en Perú (1975) como jefe de Estado, marcó un retorno a la

derecha en ese país. A pesar de ello, Moscú albergaba la esperanza de que la reorganización gubernamental marcaría una intensificación del proceso revolucionario⁽³⁵⁾.

La ofensiva moscovita también incluyó duras y frecuentes críticas a los regímenes reaccionarios del continente tales como los de Brasil, Uruguay, Paraguay y Chile. El régimen militar de Argentina fue menos atacado, quizás por el importante intercambio comercial que existía entre ellos, o bien porque el Partido Comunista Argentino se mostraba activo y decidido a terminar con la represión de la Junta Militar en contra de la izquierda peronista y los movimientos armados. El hecho es que la URSS evitó romper vínculos comerciales con Argentina y se mantuvo al margen de la lucha de los partidos de la izquierda por acabar con la represión del régimen castrense.

La propaganda ideológica no cesó y Moscú brindó todo su apoyo a los esfuerzos latinoamericanos de integración regional, a sus políticas económicas de control a la inversión extranjera y a las corporaciones multinacionales. En más de una ocasión, la Unión Soviética expresó su satisfacción por la creación de organismos netamente latinoamericanos como el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), Pacto Andino, Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), etcétera, organismos que según el país de los soviets reflejaban la voluntad política de los países del continente de sacudirse el yugo explotador de Estados Unidos de América, así como su intención de lograr un bloque latinoamericano de solidaridad económico-política.

Por otra parte, la campaña soviético-cubana en el Caribe durante los años setenta se enfocó hacia el gobierno izquierdista del Primer Ministro Jamaicano Michel Manley. En Jamaica los cubanos apoyaron el crecimiento izquierdista del Partido Nacional del Pueblo (PNP) encabezado por K. Duncan y Hugh Small, a la vez que se propusieron fortalecer al nuevo Partido Marxista-Leninista de los Trabajadores (WPL por sus siglas en inglés). Este Partido debía influir, de acuerdo con los planes moscovitas, en la facción izquierdista del PNP para establecer "los vínculos históricos con los movimientos progresistas no sólo de Latinoamérica, sino del continente africano"⁽³⁶⁾. Las relaciones entre Cuba y los líderes del Partido Nacional del Pueblo (PNP) llegaron a ser tan amistosas que los oficiales jamaicanos recibieron

entrenamiento militar en La Habana ⁽³⁷⁾. La misión cubana se extendió, bajo la dirección del Embajador Ulises Estrada (delegado en jefe del Partido Comunista del Departamento de las Américas y veterano de inteligencia operativa) hacia acciones de contrabando de armas desde Miami a Jamaica, con la participación de la Corporación Moonex Internacional, la cual contaba con una subsidiaria en la isla jamaíquina.

Las maniobras realizadas por los cubanos y algunos líderes jamaíquinos quedaron al descubierto y tanto el jefe local de la Corporación como el Ministro de Seguridad, Ulises Estrada, fueron aprehendidos mientras huían de la ciudad ⁽³⁸⁾. Esos eventos contribuyeron al contragolpe electoral que derrotó al PNP en el otoño de 1981. Los acontecimientos de Jamaica, retrasaron los planes soviéticos de lograr un equilibrio militar en el Caribe ⁽³⁹⁾.

Cuando las relaciones cubano-jamaíquinas quedaron interrumpidas, Granada llegó a ser el foco principal de la ofensiva soviético-cubana en el continente americano. En Granada, como en Jamaica, "la coincidencia entre los intereses cubanos y la tendencia de los grupos de la clase media radicalizada de asirse al poder del Estado eran particularmente evidentes" ⁽⁴⁰⁾.

Cuando el Movimiento Nueva Joya tomó el poder en 1979 su líder, Maurice Bishop, estrechó relaciones con Cuba. De hecho, el Movimiento Nueva Joya llevó a cabo el golpe de Estado inmediatamente después de que Bishop había regresado de su viaje a Cuba. El nuevo gobierno se ganó la simpatía de la juventud urbana y de otros sectores sociales, gracias a su política de redistribución económico-social. Las actividades en Granada se centraron en el adiestramiento de la armada granadita, la cual estaba albergada en zonas militares declaradas áreas restrictivas para la población local. Para estrechar los vínculos con el régimen de Bishop, así como para supervisar los numerosos programas cubanos en Jamaica, el gobierno cubano designó como su Embajador en Granada a Julián Torres Rizo. Los programas cubanos en Granada incluían ayuda militar, técnica, de seguridad y de propaganda de asistencia ⁽⁴¹⁾.

Las relaciones entre las dos islas estaban floreciendo y los oficiales cubanos y granaditas habían estado discutiendo el establecimiento de una Comisión Conjunta de Comercio ⁽⁴²⁾. Las relaciones diplomáticas, económicas y culturales con la Unión

Soviética también prosperaron rápidamente. Prueba de ello, es que en la construcción del aeropuerto de Granada se utilizaron 300 trabajadores de la construcción y equipo soviético. La justificación del gobierno granadita para la edificación de esa monumental obra fue la expansión de su industria turística. Obviamente, la construcción del aeropuerto se llevó a cabo por otro tipo de razones mucho más contundentes, como el de servir de abastecimiento para los aviones rusos y cubanos en sus continuos vuelos hacia el África⁽⁴³⁾.

Maurice Bishop realizó, también, acuerdos técnicos con la Unión Soviética y con el CAME, amén de su apoyo constante a la política exterior soviética. Ante lo que podía llegar a ser un resquebrajamiento del poder militar norteamericano en la región, Estados Unidos de América intervino militarmente en Granada, aplastando las posibilidades soviéticas de transformar el balance del poder en el Caribe.

A pesar de ello, nuevas oportunidades de penetración en el continente se presentaron para los soviéticos y cubanos a través de Guyana. Este fue uno de los primeros países del Caribe en establecer relaciones diplomáticas con la URSS. Entre 1976 y 1978 las relaciones entre Guyana y Cuba fueron especialmente afectuosas. Durante ese tiempo, alrededor de 200 técnicos, consejeros y personal médico cubano fueron apostados en Guyana. Para el verano de 1978, la armonía se rompió a causa de las acciones soviéticas en contra del precio del azúcar. En agosto de ese mismo año cinco diplomáticos cubanos fueron expulsados de Guyana⁽⁴⁴⁾. El gobierno guyanés declaró estar bastante descontento con la insuficiente asistencia económica por parte de Moscú.

El gobierno norteamericano vetó un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo en contra del gobierno guyanés en el año de 1981 y el mandatario cubano anunció su apoyo oficial a la posición de Guyana, así como una línea de crédito para la compra de equipo industrial⁽⁴⁵⁾. Asimismo, La Habana proveyó de entrenamiento a la milicia popular guyanesa y en el verano de 1981, Guyana adquirió dos rápidos barcos patrulla de construcción soviética⁽⁴⁶⁾. La favorable correlación de fuerzas proveniente de los éxitos de la nueva estrategia del Tercer Mundo y de una Cuba bien fortificada, fueron los factores de la dramática modificación de la política exterior soviética en

América Latina a finales de la década. Aún cuando las revoluciones centroamericanas son autónomas, ellas han representado para Moscú la oportunidad de oro para avanzar en sus objetivos de penetración en la región.

Después de un período de inactividad revolucionaria, en la que los analistas soviéticos llegaron a pensar que " la oleada de movimientos en América Latina ha concluido "⁽⁴⁷⁾. Soviéticos y cubanos comenzaron a recuperar las esperanzas sobre la posibilidad de un éxito revolucionario a raíz de la lucha nicaragüense en contra del régimen somocista. Aún así, las dudas embargaban a los analistas moscovitas quienes llegaron a afirmar "ninguno de nosotros podría emitir una frase optimista sobre el futuro de esa lucha "⁽⁴⁸⁾.

La revolución nicaragüense atrajo la atención moscovita antes y después de su victoria; antes, por el *rol* desempeñado por Cuba como asesor político-estratégico de la lucha nicaragüense y después por comprobar la capacidad del gobierno sandinista para mantener en el poder un sistema susceptible a una orientación socialista.

Cuba desempeñó un importante papel en la evolución y resolución final de la revolución sandinista ya que coordinó algunos de los operativos de batalla del ejército del Frente Sandinista de Liberación Nacional en contra del ejército somocista⁽⁴⁹⁾. Una vez lograda la victoria, la Unión Soviética se movilizó rápidamente para establecer relaciones con el nuevo gobierno.

La Revolución Sandinista marcó el abandono final de la transición pacífica al socialismo en favor de la lucha armada. El mismo Mikoyan afirmaría "no hay un sólo ejemplo de revolución victoriosa en el continente, que haya seguido la vía pacífica, únicamente la vía armada ha conseguido la victoria en América Latina"⁽⁵⁰⁾. Como consecuencia, los partidos comunistas latinoamericanos adoptaron la nueva línea soviética de aceptación a la lucha armada, consiguiendo que hombres como Luis Corvalán -líder del Partido Comunista Chileno- reconocieran "la necesidad de la virulencia aguda en Latinoamérica, señalando a Cuba y Nicaragua como precedentes"⁽⁵¹⁾.

Con la nueva posición moscovita, los principios político-estratégicos de los profetas de la revolución armada, Castro y Guevara quedaron rehabilitados. Con este

giro de la teoría revolucionaria soviética, la lucha en El Salvador adquirió una dimensión especial, ya que representaba la posibilidad de un nuevo triunfo revolucionario que, con la debida orientación socialista podía desequilibrar el *status quo* de la región.

Las actividades de soviéticos y cubanos en El Salvador se centraron en el apoyo logístico y asistencia en la planeación táctica a los guerrilleros. Dicho apoyo siguió prestándose aunque no de manera tan importante como en sus inicios⁽⁵²⁾.

Mientras Washington seguía negándose a una solución negociada en el conflicto de El Salvador, la guerrilla no estaba completamente derrotada. Moscú mantuvo la esperanza de ganar para su causa (que era la causa socialista) un aliado más, para seguir tambaleando el dominio norteamericano en la región.

La ofensiva soviética en América Latina se facilitó por la política implementada por la Casa Blanca y que poco tenía que ver con la injerencia comunista en la región.

NOTAS

1. Martí, José; Política de nuestra América. Ed. Siglo XXI. México, 14 de marzo de 1982. Pág. 12
2. Martí, José. *Op. cit.* Pág. 15
3. *Ibidem.* pág. 39 y 41.
4. Castro, Fidel; Así se derrotó al imperialismo. México. Ed. Siglo XXI. 1981. Pág. 145
5. Martí, José. *Op. cit.* Pág. 26
6. *Ibidem.*
7. Castro, Fidel. El Movimiento 26 de julio. México. Ed. Pensamiento Crítico, No. 31. Pág. 13
8. Martí, José. El Partido cubano. Patria, 14 de marzo de 1982.
9. Martí, José. Patria, 17 de abril de 1984.
10. Véase, Bambilra, Vania. Una reinterpretación de la Revolución Cubana. México. Ed. Era. 1979, Págs.140-155.
11. Véase, Frederick, A. Castrism-Theory and Practice. USA. Ed. Praeger; New York, 1965, pág. 175.
12. *Ibidem.*
13. Debray, Régis. Revolución en la Revolución. Chile. Ed. El Siglo. 1968, Pág. 125
14. *Ibidem.*
15. Granma, 9 de septiembre de 1967.
16. Véase, Goure, León and Weinkle, Julian. Castro and Revolution. USA: Ed. J. Suchlicki. University of Miami Press, 1972, Pág. 176.
17. Bambilra, Vania. Una reinterpretación de la Revolución Cubana. México. Ed. Era. 1979, Pág. 134.
18. Pravda, 13 de enero de 1964.
19. La Habana, 1964.
20. Anibal Escalante; un comunista de línea antigua, ex Secretario Ejecutivo del desaparecido Partido Socialista Popular pro-soviético (PSP), y otros 34 ex miembros de este partido fueron juzgados y sentenciados en enero de 1986 por haber impulsado una "microfacción" para oponerse a la política exterior y económica de Castro y urgir su reemplazo por un verdadero comunista de línea antigua.
21. Véase Halperin, Ernest. Soviet Naval Power. Soviet Cuban relations and Politics in the Caribbean. en James D. Theberge. USA. Ed. Praeger; New York, 1972, Pág. 89.
22. World Bank Atlas (Washington, International Bank for Reconstruction and Development, 1972).
23. Véase, Edmonds, Robin. Soviet Foreign Policy (1962-73). USA. Ed. The Rand Corporation. Sta. Mónica, California, 1967, Pág. 172.
24. Popov, A. Some Aspects of the Cuban revolutionary experience. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika, 1969, Pág. 28-33.
25. Véase, Hamburgs, R. Soviet Policy in developing nations. USA. Ed. Roger Kanet, Baltimore Univerity Press, 1973, Pág. 47.
26. *Op. cit.* Pág. 64.

27. *Op. cit.* Pág. 95.
28. Ver Gonionski, S. America Latine: la lutte pour la deuxième liberation. Francia. Ed. La vie internationale, noviembre, 1972, Págs. 42-48.
29. Bouchoev, V. Le nouveaux horizons de l' Amerique Latine. Francia. Ed, La vie internationale, No. 5, mayo 1973, Págs. 38-45.
30. Granma, marzo 27, 1973.
31. Bouchoev, V. *Op. cit.*, Pág. 23.
32. Kudachkin, M.F. The experience of the chilean communist party for the unity of the left forces and revolutionary transformations. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika, mayo 1974, Págs, 31-37.
33. Véase, Retrato Político de América Latina. Moscú. Ed. Pravda 1975, Pág. 165.
34. Ponomarev, B. The world situation and the revolutionary process. USA. Revista Internacional, junio 1974.
35. Ver, Glinkin, A. y Lakovler, P. Latin America: The present stage of confrontation with the imperialism. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika, No. 7, julio 1976, Págs. 17-33.
36. Leiken, Robert.S. Soviet Strategy in Latin America. USA. Ed. Praeger, Georgetown University, Washington, D.C., 1982, Pág. 66.
37. *Ibidem.* pág. 67.
38. *Ibidem.* pág. 70.
39. Véase, James, Daniel. Cuba el primer satélite soviético en América Latina. México. Ed. Libreros Mexicanos Unidos, 1981, Pág. 115.
40. *Op. cit.*, Pág. 169.
41. Para mayores detalles ver Marshall Goldman, I. Soviet foreign aid. USA. Washington University, 1982, Pág. 130.
42. Véase Nésterov, M. Por la ampliación del Comercio Internacional. Moscú. Prensa Novosti. 1977, Pág. 52.
43. Leiken, Robert. S. Soviet strategy in Latin America. USA. Ed. Praeger; Georgetown University; Washington, D.C. 1982, Pág. 70.
44. Véase, Lester Sobel, A. Cuba, Russia and Latin America. USA. Ed. facts on File Inc. New York 1979, Pág. 118.
45. James, Daniels. Cuba el primer satélite soviético en América Latina. México. Ed. Libreros Unidos Mexicanos. 1981, Pág. 145.
46. *Ibidem.* Pág. 148.
47. Prensa Novosti, Moscú, 1977.
48. Latinskaia América, No. 9, Pág. 38.
49. Leiken, Robert. S. Soviet strategy in Latin America. USA. Ed. Praeger. Georgetown University; Washington, 1981, Pág. 77.
50. Mikoyan, Sergo. La revolución nicaragüense. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika. 1980, Pág. 18.
51. Véase, Los Partidos Comunistas de América Latina en la lucha por la unidad de las fuerzas antiimperialistas. Moscú, Ed. Progreso. 1976, Pág. 63.
52. *Ibidem.* Pág. 142.

IV. LOS CANALES DE PENETRACION SOVIETICOS EN AMERICA LATINA

a). - La capitalización de los errores políticos de Estados Unidos de América en Latinoamérica por parte de la Unión Soviética.

La política norteamericana hacia la región latinoamericana fue uno de los factores, quizás el más importante, que favoreció la penetración de la Unión Soviética en el continente. La rigidez política de la Casa Blanca, su histeria anticomunista y su falta de visión, condujeron a una serie de contradicciones en las relaciones de Washington con América Latina, que abrieron la brecha de la infiltración moscovita.

El afán norteamericano de resguardar a Latinoamérica del peligro comunista, le hizo ignorar el surgimiento de la nueva coyuntura político-económica que se presentaba en el área cuyo ejemplo más significativo lo encontramos en el caso de Cuba.

Ante la explosiva situación revolucionaria que imperaba en la región, Estados Unidos de América trató de neutralizar el potencial revolucionario de las masas populares de América Latina por medio de reformas que desviaban el camino de la transformación revolucionaria de la sociedad latinoamericana, encauzándolas por la vía del reformismo burgués, manteniendo y expandiendo con ello su dominio en la región ⁽¹⁾.

Para llevar a cabo sus designios, la administración Kennedy consideró necesario incrementar su ayuda financiera a los países latinoamericanos, esto por un lado, y por el otro, aplicar reformas parciales e inofensivas para los intereses políticos y económicos de Estados Unidos de América. Con ello se proponía, como lo señaló C. Blaser, profesor de la Universidad de Pittsburgh "apoyar reformas sociales (...) cuando éstas no interfirieran los intereses del *business* estadounidense privado y de su política estatal" ⁽²⁾.

La Alianza para el Progreso fue la respuesta de la Casa Blanca al ascenso de Castro al poder y a las nuevas exigencias de América Latina. Fue una medida política y económica que combinó los dos objetivos estratégicos de prevención: la

neutralización de la influencia comunista y la subversión y, el mantenimiento de la estabilidad en el área.

El presidente John F. Kennedy implementó el programa de la Alianza para el Progreso para dar rápida y duradera solución a los acuciantes problemas socio-económicos de la región, pero no funcionó ya que la ayuda estadounidense fue sólo un instrumento de la política de Washington para fortalecer su hegemonía en el área, así como la inalterabilidad de sus intereses. El colapso del programa reformista suscitó un amplio descontento en los países de la región y un nuevo empeoramiento de las relaciones interamericanas, ya que a este fracaso se sumó el fiasco de la invasión a Cuba autorizada por Kennedy y la cual fue rechazada por la mayoría de las naciones latinoamericanas "nuestras relaciones (o sea las interamericanas) han perdido armonía", señaló el Senador F. Church, al hablar ante el Congreso de Estados Unidos de América ⁽³⁾.

El recrudecimiento de las contradicciones interamericanas en los sesenta y los setenta, y la intensificación de los esfuerzos de los países latinoamericanos de asegurarse un desarrollo económico independiente, motivaron el establecimiento de las relaciones con la Unión Soviética y otros estados socialistas. La lucha de los pueblos de América Latina por el desarrollo pacífico y progresista estimuló a algunos gobiernos de la región a pronunciarse en pro de revisar el carácter de las relaciones interamericanas impregnadas de un espíritu anticomunista y de guerra fría a favor de adoptar principios democráticos nuevos, capaces de contribuir a la activación del papel de Latinoamérica en el sistema de relaciones internacionales y a establecer una colaboración mutuamente beneficiosa y equitativa con todos los países del mundo, inclusive los socialistas.

Ante esta situación, Washington retornó a la política rígida durante la administración Johnson, la cual sufrió su más grave tropiezo (en cuanto a su política latinoamericana) con la intervención armada que aprobó durante la guerra civil dominicana en año de 1965 a raíz de la sublevación popular en favor de Bosch. Dicha acción exacerbó las relaciones interamericanas acelerando la tendencia de los estados latinoamericanos hacia una rectificación de la Carta de la Organización de Estados

Americanos (OEA). A pesar de que Estados Unidos de América trató de justificar su intervención en Dominicana aduciendo a una petición expresa del grupo en el poder, la decisión unilateral de la Casa Blanca revivió los viejos temores de las naciones del continente que comprobaron la intolerancia de los estadounidenses ante los gobiernos no amigos.

La intervención humanista - como la denominó Estados Unidos de América - se llevó a cabo sin la aprobación de la OEA, poniendo en duda la funcionalidad de la misma. La justificación del Presidente Johnson, como era de esperarse, fue la protección de los intereses nacionales ante una conspiración comunista. Más adelante señalaría "mientras yo sea presidente (...) nosotros vamos a defendernos (...) nosotros honraremos nuestros tratados y mantendremos nuestros compromisos"⁽⁴⁾.

La reacción latinoamericana a la intervención en la República Dominicana fue particularmente negativa. Las protestas se realizaron en el seno de la OEA y de la Organización de Naciones Unidas. Ahí se defendió el principio de no intervención, rechazando enérgicamente la violación de éste y demandando la inmediata retirada de Estados Unidos de América del territorio dominicano. El precio político que Washington tuvo que pagar fue muy alto. Su imagen decayó ante los ojos de Latinoamérica.

A comienzos de los años setenta, el prestigio político de la Unión Americana se redujo notablemente en la arena mundial, debido al fracaso de Vietnam, así como a la agudización de los problemas internos y a la depreciación de los llamados valores occidentales. Mientras tanto, el papel político de los países latinoamericanos iba creciendo, a medida que aumentaba su peso en los organismos internacionales y su política exterior se hacía más activa.

Durante la presidencia de Richard Nixon se optó por una política de poca presencia la cual transfería una considerable parte de la responsabilidad del amparo de los intereses *yanquis* en el subcontinente, a manos de sus aliados locales en la región. Con el gobierno de Nixon la asistencia económica a los países latinoamericanos fue sustituida por los empréstitos esclavizantes que hundían a América Latina en una mayor dependencia con respecto al país de las barras y las estrellas.

El compromiso que no anuló el gobierno de Nixon fue el de mantener con vida a los regímenes castrenses del área, como garantías de la inalterabilidad de su dominio por la vía de la represión de los movimientos de liberación nacional y revolucionarios. No conforme con asestar un duro golpe a las aspiraciones y esperanzas latinoamericanas de lograr el desarrollo económico y la estabilidad social con la ayuda de la Casa Blanca, la administración Nixon incurrió en el error de originar recelos y envidias entre los países del área a través de su diplomacia denominada de aliados privilegiados, y que no era más que la selección de aquellas naciones a las que el gobierno estadounidense deparaba un papel especial en la región.

En la década de los setenta, Brasil fue quien se desempeñó más activamente en tal calidad de aliado. De acuerdo con la concepción de los círculos gobernantes de la Casa Blanca, Brasil reunía todas las condiciones para desempeñarse como "centro local de fuerza y aliado privilegiado de Estados Unidos de América"⁽⁵⁾. La influencia de Brasil sobre los países colindantes, su potencial económico y militar en rápida expansión, sus aspiraciones a jugar un papel de gran potencia y la política exterior anticomunista de Ytamarí (Ministro de Relaciones Exteriores), determinaron que se le confiriera el papel de aliado privilegiado en la jerarquía de socios. "A donde vaya Brasil, allá irá América Latina", tal fue la declaración de Nixon al recibir al presidente brasileño, Garrastazu Médici, a finales de 1971 en la Casa Blanca⁽⁶⁾.

La reacción de las naciones latinoamericanas ante la declaración hecha por Nixon fue desfavorable. Estados Unidos de América no sólo desdibujó su imagen ante los pueblos latinos, sino que disminuyó la de Brasil a quien se le catalogó como potencia subimperialista. La tradicional política de divide y vencerás fue aplicada sin el mayor reparo por parte de la diplomacia norteamericana. Como señalara un autor estadounidense "esta política consistía en estimular las ambiciones de los estados predilectos, en azuzar a los grandes países contra las naciones medias y pequeñas, a las naciones ideológicamente aceptables contra las no aceptables, etcétera"⁽⁷⁾.

Como el gobierno de la Unidad Popular, encabezado por el Presidente Salvador Allende, se encuadraba dentro de los sistemas no deseados, el Pentágono se esforzó por abrir las vías para un acercamiento con la oficialidad chilena. La ayuda militar

(cuyo monto fue incrementado) ocupó un lugar especial en la política *yanqui*. El Pentágono financió créditos para la adquisición de aviones, tanques y carros blindados⁽⁸⁾.

Durante los tres años que permaneció en el gobierno Salvador Allende, la prensa estadounidense llevó a cabo una incesante campaña en su contra, a la vez que los círculos gobernantes de Estados Unidos de América, procuraron crear un vacío en torno a Chile sin acudir a métodos militares (como en Dominicana en 1965). Los políticos norteamericanos buscaban la posibilidad de establecer un bloqueo encubierto contra Chile, creando condiciones que posibilitaron el debilitamiento del gobierno de la Unidad Popular y la organización de un complot de derecha.

La táctica de desestabilizar el gobierno chileno fue aplicada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) la cual logró su objetivo en septiembre de 1973, cuando el gobierno de Allende cayó por la asonada golpista de un grupo de militares de derecha. Después de la caída del gobierno de la Unidad Popular, las relaciones oficiales norteamericano-chilenas cambiaron abruptamente. La prensa estadounidense destacaba que "nuevamente existe confianza e interés por invertir en Chile"⁽⁹⁾.

El golpe de Chile, en cuya preparación intervinieron las corporaciones *yanquis* y organismos gubernamentales de Estados Unidos de América, provocó un nuevo agravamiento en sus relaciones con América Latina. Ello, obligó a Washington a hacer un nuevo viraje en su política hacia la zona y, con el objeto de restablecer la confianza de las naciones latinoamericanas Henry Kissinger realizó una serie de viajes a varios países de la región en febrero de 1976, al mismo tiempo que la política de relaciones abiertas desplazó a la de nuevo diálogo que resultó un fracaso.

La política de relaciones abiertas, se basaba en la ya consabida concepción de la interdependencia que no era otra cosa que un sistema de múltiple dependencia de la región con respecto a Washington. Esta nueva política llevaba consigo la promesa, a los países más desarrollados del área, de facilitar el libre acceso a la tecnología norteamericana, con el propósito de considerar las demandas de la modernización

capitalista. A los países más pobres, en cambio, se les ofrecía una asistencia económica un tanto mayor a la que estaban recibiendo ⁽¹⁰⁾.

Lo cierto es que la política seguida por la administración republicana se caracterizó por un constante reajuste de orientaciones tácticas, motivado por los cambios de la situación en el mundo y en el subcontinente latinoamericano. Los métodos de la diplomacia estadounidense variaron y de la táctica de desestabilización a los regímenes indeseables se pasó a una línea más flexible de chantaje económico y aprovechamiento de la revolución científico-tecnológica ⁽¹¹⁾.

Las transformaciones operadas en América Latina dieron lugar a que la administración Carter adaptara a las condiciones concretas de la región, las orientaciones generales de su política exterior, formulando enfoques latinoamericanos específicos, partiendo de los intereses norteamericanos en Latinoamérica. En su rivalidad con el socialismo, Washington prescindió del anticomunismo abierto y optó por la tesis de la defensa de los derechos humanos como un medio para aislar a América Latina del sistema socialista y mantenerla como aliada imperialista en el sistema mundial. Durante el régimen demócrata, la política norteamericana dirigió sus esfuerzos hacia el área del Caribe, dónde el movimiento en defensa de la soberanía nacional había alcanzado mayor éxito. Estados Unidos de América intentó aprovechar la campaña en defensa de los derechos humanos para mejorar las relaciones con los países de democracia burguesa y para acrecentar el prestigio norteamericano a los ojos de la opinión pública latinoamericana.

Para contrarrestar la influencia de Cuba y de los países de la comunidad socialista, la Casa Blanca reactivó su política en la cuenca del Caribe para evitar tendencias indeseables y para preparar las condiciones favorables a la creación (bajo control de Washington) de un bloque capaz de desempeñarse como mayoría obediente al seno de la OEA. Con su campaña en pro de los derechos humanos, Estados Unidos de América pretendía ganarse un mayor apoyo social, el reforzamiento de los gobiernos que le eran obedientes y la conducción de los regímenes dictatoriales a una modernización política.

Carter se daba cuenta que una prolongada permanencia de regímenes militares, entrañaba la posibilidad de un estallido social incontrolable, por lo que, sin dejar de reconocer su importancia para los intereses *yanquis* Estados Unidos de América trató de empujarlos hacia la consolidación del poder político por la vía de integrar al poder a las fuerzas opositoras que no se pronunciaban en contra del régimen social existente, sino que disientan de las formas de gobierno represivas, por ejemplo, el Movimiento Demócrata Brasileño o el Partido Demócrata Cristiano de Chile⁽¹²⁾.

La defensa de los derechos humanos significaba el paso de la preferencia al desarrollo de relaciones con los regímenes duros, hacia el establecimiento de vínculos políticos más estrechos con los gobiernos de democracia representativa⁽¹³⁾. La Administración Carter reveló su carácter contradictorio sin alcanzar a dar resultados prácticos. En las relaciones de Washington con una serie de países del cono sur se produjo un enfriamiento. Algunos gobiernos de derecha acusaron a Estados Unidos de América de involucrarse en sus asuntos internos.

No sólo los aliados latinoamericanos expresaron su inconformidad. En los medios gubernamentales de la Unión Americana no había una postura única sobre las cuestiones de la política norteamericana. Las corporaciones internacionales, por su parte, tenían un auge del movimiento democrático en los países del continente al no haber garantías para los intereses de los inversionistas extranjeros. Los bancos mundiales más importantes también se manifestaban en favor de los gobiernos militares. En las dependencias gubernamentales, en el Pentágono y en el Departamento de Estado había opositores a las maniobras de Carter en favor de los derechos humanos. Este propósito de la Casa Blanca quedó al descubierto con la incansable ayuda militar a los regímenes castrenses del área. La alianza estadounidense con las dictaduras militares y civiles siguieron predominando.

Con el derrocamiento de la dictadura somocista en julio de 1979 y el triunfo en Nicaragua de las fuerzas revolucionarias, Carter se echó sobre sí las críticas de los círculos conservadores de Washington quienes lo acusaron de no haber prestado el apoyo suficiente a los aliados fieles como Somoza. Las fuerzas de la derecha estadounidense presionaron a Carter hacia una intervención militar directa en

Nicaragua. Sin embargo, como escribió el rotativo *Le Monde* "pese a las opiniones de los gavilanes del Consejo de Seguridad Nacional, James Carter tuvo suficiente sentido común en tragarse la pildora nicaragüense"⁽¹⁴⁾.

A raíz de ello, la Casa Blanca empezó a forjar planes para utilizar en defensa de los intereses norteamericanos el cuerpo de despliegue rápido, a la vez que reforzó su presencia en el Caribe. Esto último fue considerado en América Latina como un retorno a la política del gran garrote que no pudo menos que suscitar una amplia reacción negativa dentro y fuera del área latinoamericana. La desconfianza y el temor volvieron a presentarse en las relaciones latinoamericanas-norteamericanas. Los temores aumentaron cuando Carter declaró que estaba examinando la posibilidad de imponer sanciones a Jamaica por la brusquedad del cambio hacia tendencias izquierdistas del gobierno de Michel Manley. Las medidas que optó para derrocar al gobierno jamaicano se basaron en la exacerbación de la situación política y el socavamiento de la economía nacional⁽¹⁵⁾.

La política de Carter se caracterizó por incongruente, desarticulada y poco efectiva. Las reformas políticas que Washington implementó en sus relaciones con la región latinoamericana no funcionaron porque los problemas que enfrentaba América Latina requerían ya no de reformas sino de cambios de raíz que llegaran al fondo de los problemas y que no sólo los ocultara. Por otra parte, se necesitaba de la voluntad política de Estados Unidos de América para el emprendimiento de los mismos, lo cual no era fácil de llevar a cabo.

La llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca, marcó el retorno a la política del gran garrote para América Latina. La política de contención diseñada por la administración republicana se propuso como objetivos esenciales: controlar la crisis latinoamericana a través de una acción de presión directa que inhibiera a los activistas revolucionarios y la búsqueda de acuerdos especiales con los países más influyentes del área, tales como: México, Venezuela, Brasil y Argentina, con el propósito de ganarse su aprobación en las medidas adoptadas por los círculos gobernantes de Estados Unidos de América en relación a la explosiva situación centroamericana.

El Caribe recibió especial atención por parte de Washington, quien no sólo le consideraba como su tercera frontera sino que lo clasificaba dentro de la esfera de intereses vitales del hegemonismo norteamericano. Por tal motivo, la administración Reagan se afanó en presentar al movimiento emancipador de los pueblos caribeños como el producto de una conjura comunista. De ahí que la política de Ronald Reagan fue de franca militarización, en la que las demostraciones de fuerza fueron utilizadas con una asombrosa regularidad. Entre las maniobras navales que se realizaron, tanto en el Atlántico Norte como en el Sur y el Caribe, se encontraban: *Ocean Venture 81*, *Ocean Venture 82* y otras tantas cuyo propósito fundamental era la intimidación.

Las demostraciones de fuerza formaron parte de la política de contención hacia los países acusados de ser el arma principal de penetración soviética en la región: Cuba y Nicaragua. Dicha política fue enmarcada dentro de una retórica amenazante de la que fueron portavoces Reagan, Bush y compañía; en el marco de esa dura retórica se adoptaron además, una serie de medidas de reforzamiento de la presencia militar estadounidense en la zona, que incluyeron maniobras militares (como las realizadas en la base naval de Guatanámo, en la isla de Vieques, Puerto Rico y la de Fonseca, en la frontera de Nicaragua) a todas luces provocadoras. Asimismo, Estados Unidos de América, reinstaló los campos de entrenamiento en Florida para los contra revolucionarios cubanos y nicaragüenses a la vez que reforzó la dotación permanente de sus trece bases en el Caribe ⁽¹⁶⁾.

La política hacia América Latina, y en particular hacia Centroamérica y el Caribe, contempló el apoyo militar y económico a los regimenes aliados de Estados Unidos de América. En especial de aquellos que enfrentaban la acción de movimientos armados. Cuba y Nicaragua fueron los países que mayor irritación le produjeron a Reagan y contra ellos lanzó sus más iracundas amenazas. Nicaragua fue sin duda, la que más ataques recibió en su administración. La abierta participación *yanqui* en las acciones de desestabilización del régimen sandinista, y su ayuda a los contras, provocaron preocupación en los demás estados que veían en ello una franca injerencia en los asuntos internos de los países de América Latina, por considerar que las naciones de la

región tenían la suficiente madurez política como para decidir el derrotero político y el régimen social que más les conviniera.

La actitud que tuvo para con El Salvador no se diferenció mucho de la que siguió con Nicaragua. El apoyo militar que la Casa Blanca otorgó al ejército salvadoreño se estimó en un 20% del total de ayuda que asignó a América Latina. Por otro lado, el hostigamiento constante a la guerrilla salvadoreña denotaba el nulo deseo norteamericano de dar una solución negociada al conflicto centroamericano. Estados Unidos de América buscó la derrota militar de la guerrilla con el objeto de imponer sus condiciones a los vencidos, en vez de negociar en términos de igualdad.

Con Honduras y Guatemala, Washington mantuvo alianzas militares que en última instancia le sirvieron para cercar a las fuerzas revolucionarias nicaragüenses y salvadoreñas. Por ello, la política de fortalecimiento militar de Honduras tuvo como objetivo enfrentar al movimiento armado hondureño (uno de los más débiles) y la adecuada preparación del socio más endeble del llamado triángulo de hierro, proyecto de algunos estrategas de la región para utilizar conjuntamente los ejércitos de Guatemala, El Salvador y Honduras, ya fuera contra las fuerzas revolucionarias o contra Nicaragua⁽¹⁷⁾.

Para incorporar a las potencias regionales a su estrategia de contención, Washington trató de convencer, tanto a los aliados occidentales como a las potencias internacionales del área, de que la injerencia cubana y soviética en el conflicto centroamericano era efectiva. En sus intentos por exhibir dicha intromisión, el Departamento de Estado elaboró el llamado Libro Blanco sobre El Salvador, en donde se proponía dejar al descubierto las acciones subversivas y terroristas de La Habana y Moscú en torno a ese movimiento. Para ello desarrolló una intensa campaña de propaganda, tanto en embajadas como en cancillerías de América Latina y Europa⁽¹⁸⁾.

El libro resultó un fracaso y el equipo de Reagan tuvo que cambiar de táctica, por lo que se pronunció a favor de una solución a través de una acción regional multilateral. Con ese motivo convocó a una Reunión en Nassau (Bahamas), con el fin de estudiar un plan conjunto de asistencia a los países del continente. A dicha reunión concurrieron México, Canadá, Venezuela y, naturalmente, Estados Unidos de

América. Las discrepancias que surgieron en la reunión demostraron que cada uno de esos países entendía por una solución global algo muy diferente. La nación con la que mayor número de dificultades enfrentó la Casa Blanca fue México, ya que no sólo se pronunció por una solución política, sino también por el cese de la ayuda militar norteamericana a los países centroamericanos, tratando de hacer respetar a la potencia del norte el principio de no intervención.

A consecuencia de la política exterior independiente que ha mantenido México, Estados Unidos de América lo ha presionado de manera constante (con medidas económico-políticas) para que apoye sus acciones en la región, llegando incluso a calumniar a ciertos representantes gubernamentales, con lo que la brecha de desacuerdos y fricciones se fue acrecentando.

La política económica de Estados Unidos de América hacia América Latina también enfrentó serios tropiezos y grandes desavenencias. La rigidez política proteccionista estadounidense, que obstaculizó el acceso al mercado norteamericano de un número considerable de productos latinoamericanos, fue la razón principal para que los países del continente lucharan tenazmente por la reestructuración de las relaciones económicas y comerciales con la Unión Americana.

A lo anterior, se sumó el problema de las transnacionales ya que los gobiernos, especialmente los de países en desarrollo, no tuvieron la autoridad suficiente para tomar las medidas efectivas en relación a ellas. De hecho ninguna jurisdicción nacional puede controlar debidamente un fenómeno tan global como lo son las transnacionales. No existe tampoco ninguna autoridad o apartado internacional que disponga de los medios adecuados para poder aminorar la tirantez que surge de las relaciones entre las transnacionales y los estados nacionales⁽¹⁹⁾

Aprovechándose de ello, éstas han intentado legitimar su presencia y sus actividades en el mundo como organizaciones globales y, según comentó la revista francesa *Le Monde Diplomatique* "lograr se les reconozca *status* internacional que las ubique en la misma situación que los estados"⁽²⁰⁾. Esto es, los monopolios siempre han pretendido que se les reconozca como sujetos de derecho internacional, al igual que los estados soberanos. Las actividades de las transnacionales pasan a ser un agudo

problema político-jurídico para las naciones latinoamericanas. Washington utilizó a las corporaciones transnacionales como un medio de respaldo a los regímenes reaccionarios en su lucha de represión a los movimientos revolucionarios y un antecedente de ello lo encontramos en la implicación de la *United Fruit* en el aplastamiento de la revolución guatemalteca de 1954⁽²¹⁾.

Otro factor de contradicciones entre Estados Unidos de América y los países del área fue el que correspondía a la redacción del código de conducta de las corporaciones transnacionales. El código imponía a las transnacionales el deber de acatar la política, los objetivos y las prioridades nacionales del Estado receptor, de contribuir al desarrollo económico del mismo, de consolidar el potencial científico-técnico y el de abstenerse a practicar comercio restrictivo. Aún así, no se podía pensar que con la adopción de esa resolución cambiaría la esencia de los monopolios estadounidenses.

Las fricciones entre ambas regiones en lo que se refería a las relaciones crediticias intergubernamentales eran especialmente complejas, ya que la política crediticia de Washington dificultó en general y en grado considerable el desarrollo nacional independiente de los países latinoamericanos, como consecuencia de su esencia neocolonialista.

Mientras que los países de la región veían en el crédito externo una de las fórmulas para resolver sus acuciantes problemas socioeconómicos, para el gobierno yanqui tales créditos significaban un gasto inevitable para afianzar a las naciones del área a la esfera del sistema mundial capitalista. La deuda externa de América Latina aumentó a ritmo acelerado y los pagos por el servicio de la deuda hicieron que las posibilidades de liquidación se fueran alejando cada día más hacia un futuro imprevisible. Incluso los países que contaban con el recurso del petróleo experimentaron contratiempos para saldar las obligaciones corrientes de la deuda.

Las posibilidades de aliviar las dificultades monetario-financieras, dependían en mucho de la orientación que tomara el desarrollo económico, del carácter de la actividad productiva interna y de la política económica exterior que aplicaran los países latinoamericanos. Sólo un enfoque integral de los problemas económicos y

sociales, que contemplara en primer lugar los intereses del desarrollo nacional, podían conducir a formar una estructura más equilibrada en los países de América Latina, y a incrementar su potencial económico. Reconociendo el carácter limitado de la política crediticia de las naciones desarrolladas, los gobiernos latinoamericanos intervinieron activamente para que fuera revisado todo el sistema de las relaciones económicas y por la implantación de un nuevo orden económico internacional.

La solución al problema de la crisis económica latinoamericana se encontraba en las manos de las potencias industrializadas, quienes sólo tenían que poner un poco de voluntad política y adoptar una actitud de corresponsabilidad, en la que no se dividiera al mundo en un Norte rico y un Sur pobre, dejando a los países en desarrollo la exclusiva responsabilidad de su atraso.

Por lo que respecta a la política militar de Estados Unidos de América hacia Latinoamérica, ésta se enmarcaba dentro de la doctrina denominada de contención realista. Esa política podría resumirse de la siguiente manera: la lucha contra las fuerzas del socialismo mundial y su cabeza, la Unión Soviética.

En su pugna con el socialismo internacional, la Casa Blanca esgrimió la tesis de la defensa del Hemisferio Occidental, como justificación a su excesivo gasto militar y a sus complejos militares en la región latinoamericana. Los programas de ayuda militar y suministro de armas a América Latina sufrieron considerables cambios ya que se redujeron los suministros gratuitos de armamentos y su adquisición era sobre base comercial, con sus excepciones claro está. En los últimos años, los programas de ayuda militar norteamericana a los gobiernos aliados de la zona se centraron en la organización y adiestramiento adecuados de las fuerzas armadas latinoamericanas para su lucha contra las actividades subversivas y las conspiraciones comunistas.

El imperialismo *yanqui* emprendió desde la segunda mitad de la década de los sesenta, una amplia ofensiva contra las fuerzas libertadoras de América Latina, utilizando a la CIA y a otros servicios secretos. Las actividades desarrolladas por ese tipo de servicios secretos fueron variadas y abarcaron desde operaciones de desestabilización hasta golpes militares, de esos que acostumbraban hacer ciertos dictadores latinoamericanos, deseosos de ocupar un lugar en la historia universal.

La escalada injerencista de Estados Unidos de América en toda Latinoamérica, encontró la oposición y el rechazo de varios gobiernos de la región, que condenaron enérgicamente el agresivo rumbo contra-revolucionario de Washington, especialmente en la zona centroamericana y del Caribe. La mayoría de los países latinoamericanos abogaron por que se observaran los principios de no intervención, autodeterminación y soberanía. La política militar norteamericana despertó, igualmente, un creciente descontento en los círculos militares del área, ya que éstos deseaban recibir armamentos modernos no obsoletos y por lo cual, empezaron a adquirir armamentos de Europa occidental logrando con ello que la Casa Blanca rectificara su proceder y les dotara de armamento moderno con el que podrían salvaguardar mejor la seguridad interna de los pueblos latinoamericanos ante el peligro inminente de la avanzada comunista.

A las ya de por sí conflictivas relaciones latinoamericanas-estadounidenses se sumó una divergencia más: la reestructuración del sistema interamericano. Washington intentó, desde 1965, fortalecer la estructura político-militar de la Organización de Estados Americanos e imprimirle el carácter de bloque bélico con la creación de las fuerzas interamericanas de base permanente. La mayoría de los países de la región vieron en ello una seria amenaza a sus soberanías, rechazando las pretensiones norteamericanas; al respecto, Gabriel Valdéz - jefe de la delegación chilena que asistió a la Décima Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores en mayo de 1965 - declaró "las fuerzas interamericanas darían al sistema una connotación ideológica negativa y peligrosa, destruirían el principio fundamental de la no intervención y amenazarían en dividimos en bloques irreconciliables"⁽²²⁾.

Las naciones latinoamericanas se esforzaron por imprimirle al sistema interamericano un nuevo dinamismo, en el que las cuestiones económico-sociales tenían prioridad. El hecho de que Estados Unidos de América no haya logrado un ulterior fortalecimiento de la función político-militar del sistema constituyó un logro latinoamericano, sin embargo, ello profundizó la crisis, al grado que la Unión Americana comenzó a notar frialdad por la Organización al considerar que "el hecho de aparecer en los documentos del sistema interamericano el concepto de agresión

económica y de correlacionarse los problemas de la seguridad con las cuestiones del desarrollo económico reducía en nada el papel de Estados Unidos de América como garante de la seguridad en el hemisferio occidental"⁽²³⁾.

La Casa Blanca se mantuvo indiferente hacia la reforma del sistema interamericano en los términos deseados por América Latina. La Organización de Estados Americanos debía contribuir al desarrollo económico-social de los países de la región. Al practicar una política asentada en las relaciones bilaterales, relegando a la OEA a un plano de órgano meramente consultivo, Washington propició tanto el interés de los países latinos en la organización como el fortalecimiento de sus posiciones. La irritación que Estados Unidos de América sentía por esta organización, así como su creciente desconfianza hacia la misma, hicieron que los estados latinoamericanos se cohesionaran en torno a un objetivo común: la lucha por una organización fundamentalmente latinoamericana e independiente.

En virtud de la importancia que el sistema interamericano tenía para la Casa Blanca como un medio de influencia sobre los países que lo conformaban, se trató de revivir la doctrina del panamericanismo, para presentar a América Latina como importante parte integrante de la civilización occidental y al hemisferio occidental como guardia tradicional de los derechos y libertades humanas.

Al parecer, el desinterés que Washington demostró por la Organización de Estados Americanos era una mera jugada táctica, concebida para ganar tiempo y crear las condiciones favorables para la resurrección del panamericanismo.

La falta de atención por parte del gobierno norteamericano a los problemas de desarrollo de las naciones latinoamericanas debilitó su posición hegemónica en el continente, al obligar a esos países a estrechar vínculos con la comunidad socialista, buscando con ello caminos alternativos a su proceso de desarrollo económico y social.

Las oportunidades creadas por los reves políticos de Estados Unidos de América fueron bien canalizados por la Unión Soviética, que no tuvo más que capitalizar dichos errores a su favor.

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

a) El pensamiento libertador de Martí.

"La patria es sagrada, y los que la aman, sin interés ni cansancio, le deben toda la verdad."

José Martí.

Cuando fue llevado a juicio por el fallido ataque al cuartel Moncada, Fidel Castro respondió a los jueces que le preguntaron por el autor intelectual del mismo: José Martí. Asimismo, tanto en la Primera como en la Segunda Declaración de La Habana (documentos donde se finca la orientación del proceso revolucionario cubano) se hace clara referencia a la filosofía martiana.

Cuál fue el legado doctrinario de éste estratega político, a quien Rubén Darío llamara de manera muy acertada "maestro", para que sesenta años después de su muerte continuara siendo un ente subversivo, a quien el propio Castro adjudicara la paternidad del proceso revolucionario cubano.

José Martí fue un independentista innato, quien a la edad de 15 años se sumó a la lucha libertaria de la isla en contra de la opresión político-cultural de que era objeto por parte de España. El sojuzgamiento en Cuba de los derechos y la libertad humana lo condujeron a llamar a la lucha armada al pueblo para que se sumase a la liberación nacional.

La comprensión de los problemas por los que atravesaba América Latina - explotación y opresión- y en particular, Cuba y Puerto Rico, lo llevaron a proclamar una unidad mayor de las naciones latinoamericanas, en una clara convergencia con los ideales bolivarianos. Su visión y agudeza política le hicieron comprender el peligro que se cernía sobre los países latinoamericanos con el despertar impetuoso de Estados Unidos de América; un país que pasaba del capitalismo premonopolista al capitalismo monopolista e imperialista que lo llevaría inexorablemente a lanzarse sobre el mundo y en particular sobre América Latina. El hecho de que su patria permaneciera como

b). Los métodos de infiltración, legales y/o revolucionarios

La política exterior soviética hacia América Latina abarcó todos los métodos de lucha, legales o no, dependiendo de las oportunidades ofrecidas por las condiciones locales de cada país de la región. Moscú abogaba por los métodos de lucha pacíficos, siempre que estos prometieran ganancias o éxitos y condenaba la lucha armada como aventurismo revolucionario cuando el fracaso parecía factible. En los países donde la vía pacífica al socialismo estaba bloqueada, la URSS estuvo dispuesta a considerar la violencia revolucionaria como un posible vínculo de cambio.

Muchos fueron los factores que favorecieron la expansión rusa en Latinoamérica (surgimiento de movimientos progresistas, contradicciones en las relaciones entre la Unión Americana y América Latina, extrema pobreza, etcétera), por lo que las oportunidades para la penetración ideológica moscovita al mínimo costo y riesgo se acrecentaron. Los canales de infiltración soviética incluyeron los métodos legales y/o revolucionarios tales como: la diplomacia, la ayuda económica, la propaganda, el intercambio científico-cultural, la violencia revolucionaria, la agitación política y la dirección doctrinario-ideológica de los partidos comunistas locales y grupos de frente progresista⁽²⁴⁾.

La línea diplomática seguida por Moscú en la región consistió, como ya lo señalamos en los primeros capítulos, en el apoyo de las demandas económico-políticas de las naciones latinoamericanas en los foros internacionales, buscando con ello el reconocimiento latinoamericano. A su vez, en las embajadas y legaciones soviéticas en América Latina, los programas de intercambio científico, cultural y educativo fueron incrementados con el propósito de proporcionar una imagen de nación identificada con las necesidades de los países en vías de desarrollo y deseosa de ayudarlas a superar su insuficiente desarrollo industrial, a través de la preparación de los cuadros técnico-científicos necesarios.

Por su parte, la institucionalización de las relaciones comerciales fue acompañada, frecuentemente, de visitas de representantes del Estado soviético a los países

latinoamericanos para el incremento del intercambio comercial y la ayuda moscovita. Así tenemos, que desde 1975, el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) concluyó acuerdos multilaterales con América Latina, al igual que lo hizo el organismo latinoamericano de integración regional conocido como SELA (Sistema Económico Latinoamericano). Moscú intentó hacer más eficientes sus programas de ayuda, al percatarse de que un programa de penetración económica bien planeado y ejecutado, podría conducir a una influencia política duradera en la zona⁽²⁵⁾.

Por lo que se refiere a la asociación de Moscú con los partidos comunistas de América Latina, ésta se remonta a la Revolución Rusa de 1917. Durante el periodo de Stalin, los partidos comunistas latinoamericanos eran organizaciones monolíticas con una fuerte disciplina interna y una lealtad incondicional a la URSS; pero aún antes de la muerte de Stalin, la izquierda marxista comenzó a fragmentarse y la crisis posterior a la Segunda Guerra dividió profundamente al movimiento comunista en el hemisferio occidental. La Revolución Cubana condujo a un aislamiento adicional de la izquierda marxista y al origen de grupos comunistas disidentes que se disputaban la dirección revolucionaria de los partidos ortodoxos. Los grupos disidentes eran antagónicos a Moscú y a los partidos locales, a los cuales acusaban de no ser genuinamente revolucionarios, cuestión que no era del todo absurda.

Los partidos comunistas latinoamericanos estaban divididos en: ortodoxos (pro soviéticos), pro castristas, pro Pekín y los independientes que no seguían ninguna de esas direcciones. Los partidos con más afiliados se encontraban en Cuba (204,000), Chile (120,000), Argentina (65,000), México (60,000), Colombia (12,000), Venezuela (10,000), Uruguay (6,000) y Brasil (4,000)⁽²⁶⁾.

Previo al golpe militar de septiembre de 1973, Chile tenía el partido comunista más fuerte y mejor organizado de América Latina. Después de dicho golpe, el partido, incluyendo a su líder Luis Corvalán, fueron declarados ilegales. Los partidos comunistas de América Central y del Caribe eran generalmente débiles y políticamente insignificantes, a excepción de Guyana.

Los partidos comunistas sólo gozaban de *status* legal en ciertos países como México, Argentina, Venezuela, Costa Rica y Colombia. Legales o no, los partidos

comunistas desarrollaron programas de actividades en la mayoría de los países del área y se infiltraron en grupos sociales claves (obreros, estudiantes, élites, intelectuales, etc); por ello, Moscú procuraba el reforzamiento ideológico-político de los mismos, sobre la base del marxismo-leninismo.

Los trágicos acontecimientos ocurridos en Chile, motivaron a la URSS a realizar una renovación de la teoría revolucionaria de los partidos comunistas latinoamericanos, así como el crecimiento de la conciencia política y de clase del proletariado. Dentro de tal renovación teórica se encontraba la valorización de la importancia de la participación de los sectores medios y de la pequeña burguesía como aliados de la clase obrera en el proceso revolucionario, sin embargo, el papel dirigente del proletariado era esencial ante la tendencia de los partidos pequeño burgueses de establecer alianzas con el imperialismo y la reacción interna. La experiencia chilena confirmó la validez de la concepción marxista-leninista acerca de que las viejas clases no abandonan voluntariamente el poder, al revés, lo defienden con uñas y dientes; de ahí la importancia del papel dirigente de la clase obrera y la necesidad de evitar su aislamiento en el empeño de transformación social.

Con la finalidad de infiltrar la teoría marxista-leninista tradicional de la revolución socialista al interior de los partidos comunistas latinoamericanos -evitando su reemplazo por una variante latinoamericana- la Unión Soviética recurrió al internacionalismo proletario para estrechar su colaboración con los partidos de la región. Un ejemplo de los beneficios que le redituó su actitud fue la declaración que alguna vez realizara Gilberto Vieira, del Partido Comunista de Colombia "la solidaridad con la Unión Soviética no es un acto accidental o incidental, sino una cuestión de principios. La experiencia nos ha demostrado que toda posición anti-soviética, así se disfrace de ultra revolucionaria, termina siempre en el pantano contra revolucionario"⁽²⁷⁾.

Un indicador importante del fortalecimiento de las posiciones ideológico-políticas moscovitas, al seno de los partidos comunistas de la zona, lo constituyó el hecho de que los comunistas latinoamericanos consideraban su solidaridad con el comunismo real (léase Moscú) como un deber. "Consideramos, subrayó Gerónimo Arnedo

Alvarez, Secretario General del Partido Comunista de Argentina, que la introducción sucesiva y firme de los principios del internacionalismo en el movimiento revolucionario mundial, el robustecimiento de la unidad de la clase obrera internacional y el reforzamiento de la cohesión de todas las fuerzas antiimperialistas son una condición indispensable e imprescindible de nuestro avance exitoso por el camino que abrió el Gran Octubre"⁽²⁸⁾.

Una práctica que contribuyó a reforzar la solidaridad fraternal de los partidos comunistas latinoamericanos fue la tradicional convocatoria de conferencias continentales regionales a través de las cuales Moscú señaló las directrices estratégico-tácticas a seguir. La primera conferencia de partidos comunistas de América Latina se realizó en 1929 y en ella se sentaron las bases para la consolidación ideológica y orgánica de los programas que sustentaban. La tradición prosiguió con la conferencia que se celebró en La Habana en 1964 y en la que se examinaron los cambios en el continente después de la victoria de la Revolución Cubana, adoptando una serie de importantes resoluciones sobre la solidaridad con Cuba y la lucha conjunta contra la agresión imperialista, así como el afianzamiento de la unidad del movimiento comunista internacional.

En la VII Conferencia realizada en mayo de 1972 en Panamá se declaró "el deber inmediato de nuestros partidos en sus relaciones entre sí, como partes indivisibles de la gran fuerza social que en nuestra época lucha por el socialismo, consiste en encontrar las formas más eficaces para conservar las medidas de solidaridad y ayuda mutua en las luchas que hoy están planteadas"⁽²⁹⁾. Los encuentros bilaterales tendientes a reforzar la colaboración internacional y la unidad continental del movimiento comunista mundial se realizaron de manera sistemática. La relación de la URSS con los comunistas latinoamericanos abrió un canal que le permitió desarrollar una orientación ideológica que anteponía el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletariado a los embates mancomunados de los nacionalistas burgueses, del revolucionarismo pequeño-burgués y del maísmo.

Los métodos de infiltración no legales se circunscribirían a la organización de la red de inteligencia y propaganda en el hemisferio. En los comienzos de la década de

los sesenta el centro principal de espionaje moscovita era Cuba, donde había aproximadamente 400 funcionarios del servicio de inteligencia soviético, que habían sido enviados para entrenar y apoyar a los grupos revolucionarios en todo el continente. En 1961 fue creado el servicio de inteligencia cubano con la asesoría de la URSS y mantuvo su autonomía hasta 1967, cuando los soviéticos tomaron el control. El Directorio General de Inteligencia (DGI) financiaba el entrenamiento, compra de armamento y otras actividades que contaban con la aprobación soviética.

Durante esa etapa, el DGI fue dividido en dos secciones; Central y Sudamericana, cada una con la responsabilidad de dirigir las actividades revolucionarias y servicios de inteligencia dentro de sus respectivas áreas geográficas. Un número de 2,500 latinoamericanos fueron entrenados en operaciones subversivas y actividades de violencia revolucionaria en diferentes centros cubanos, desde la creación del DGI.

Las técnicas de milicia guerrillera y terrorismo urbano se impartieron en escuelas cubanas especiales, donde los expertos revolucionarios aprendieron a manejar armas, fabricar explosivos, tácticas militares y de combate, injerencia, demolición y sabotaje⁽³⁰⁾

Durante la visita de Raúl Castro al Kremlin, en abril-mayo de 1970, los soviéticos le urgieron la expansión y reorganización del DGI para que nuevos funcionarios de ese servicios pudieran ser enviados al extranjero para reemplazar al personal del Ministerio de Relaciones Exteriores en diferentes puestos en las embajadas⁽³¹⁾

Moscú sostenía que la misión primaria del gobierno cubano en el exterior era la de reunir información y apoyo a los movimientos de liberación nacional, lo cual era responsabilidad del DGI y no del Ministerio de Relaciones Exteriores. En diciembre de 1970, los diplomáticos cubanos empezaron a ser reemplazados por funcionarios del DGI y ese proceso siguió hasta 1971. Desde 1964, un total de 550 funcionarios de este servicio recibieron entrenamiento por un periodo de 10 meses, en dos escuelas soviéticas de inteligencia en Moscú y sus alrededores⁽³²⁾

Las embajadas soviéticas en América Latina participaron en una amplia gama de actividades subversivas a lo largo del Caribe, tales como proporcionar fondos y dirección para los partidos comunistas locales y otros grupos semejantes, distribución

de propaganda y literatura anti-norteamericana, reclutamiento de estudiantes izquierdistas y emigrantes soviéticos para el servicio de inteligencia de la URSS. Los peligros de la subversión involucrados en el aumento de la propaganda y actividades de espionaje de los soviéticos, aunque fueran reales, no deben ser exagerados. Moscú siempre se mostró selectivo en el apoyo que brindaba a los grupos de terroristas y movimientos guerrilleros, realizando todos los esfuerzos posibles para no comprometer su imagen de socio diplomático normal y formal.

Los líderes moscovitas fueron pragmáticos y pusieron un énfasis especial sobre su posición correcta o de no intervención cuando había pocas posibilidades de éxito para las actividades subversivas o de violencia revolucionaria. Moscú se comprometió en el auspicio del terrorismo y la lucha de guerrillas en muchas partes del mundo incluyendo Latinoamérica, como estrategia mundial para expandir su influencia y establecer Estados clientes en el Tercer Mundo.

NOTAS

1. Veáse Mélikin, M. Doctrinas de política exterior de Estados Unidos de América. Moscú, Ed. Progreso. 1972. Pág. 25
2. Blaiser, C. The hovering U.S. responses to revolutionary change in Latin America. U.S.A. Ed. Pittsburgh University. 1976. Pág. 253
3. *Ibidem*. Pág. 87
4. *New York Times*. U.S.A. mayo 3, 1965. Pág. 10
5. Atroshenko, A. La evolución de intereses y política de Estados Unidos de América en América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1971. Págs. 209-210
6. *Department of state bulletin*. U.S.A. enero 1972. Pág. 13
7. Veáse Changing Latin America, new interpretations of its politics and society. U.S.A. Ed. Washington University. 1972. Pág. 165.
8. *International Herald Tribune*, II, XII. 1972. Pág. 6
9. El tiempo. México. Núm. 18. 1978. Pág. 23
10. Para más detalles veáse Latin America. Hearings before the subcommittee on western hemisphere affairs of the committee on foreign relations United States. U.S.A. Ed. Washington University. 1972. Pág. 48
11. *Ibidem*. Pág. 19
12. Human rights conditions in selected countries and the U.S.A. response. U.S.A. Ed. Washington University. 1979. Pág. 51
13. *Op. cit.* Pág. 98
14. *Le Monde Diplomatique*. Francia. Agosto, 1979. Pág. 25
15. *Washington University. U.S.A. relations with the caribbean and the Central America*. U.S.A. Ed. Washington University. 1979. Pág. 123
16. Veáse Glinkin, A. y Martinov, B. La evolución de la política de Estados Unidos de América. Moscú. Ed. Progreso. 1983. Págs. 142-145
17. Para más detalles ver CECADE-CIDE. Centroamérica, crisis y política internacional. México. Ed. Siglo XXI. 1984. Pág. 170
18. Glinkin, A. *Op. cit.* Pág. 153
19. Organización de Naciones Unidas. Corporaciones multinacionales y desarrollo mundial. Nueva York. 1973. Págs. 3, 52 y 62
20. *Le Monde Diplomatique*. Francia. 1975. Pág. 8
21. La política reaccionaria de los monopolios de Estados Unidos de América en la región fueron analizados por varios trabajos de científicos soviéticos, veáse por ejemplo, Volki, V. América Latina, petróleo e independencia. Moscú. Ed. Progreso. 1964, y Leónov, N. S. Ensayos sobre la historia moderna y contemporánea de países centroamericanos. Moscú. Ed. Progreso. 1975
22. Secretaría de Relaciones Exteriores. México en la II Conferencia Interamericana Extraordinaria. México. 1969. Pág. 449
23. *Washington Post*. U.S.A. Marzo 21. 1975. Pág. 17
24. Veáse Theberge, D. James. Presencia soviética en América Latina. México. Ed. Gabriela Mistral. 1974. Pág. 167
25. Prensa Novosti. La colaboración económica de la URSS y los países en desarrollo. Moscú. Ed. Progreso. 1984. Pág. 89
26. Theberge, D. James. *Op. cit.* Pág. 171
27. Documentos Políticos. Núm. 88. Bogotá. 1970. Pág. 2
28. Revista Internacional. Núm. 11. Praga. 1974. Pág. 19
29. Libertad. Núm. 10. Costa Rica. 1972. Pág. 6

30. Véase James, Daniels. Cuba el primer satélite soviético en América Latina, México. Ed. Libreros Unidos Mexicanos. 1981. Pág. 195
31. *Ibidem*. Pág. 197
32. *Ibidem*. Pág. 201

V. NICARAGUA EN LA EXPECTATIVA SOVIETICA

a). De la filosofía libertadora de Sandino al proyecto político del Gobierno de Reconstrucción Nacional

"La soberanía de un pueblo no se discute sino se defiende con las armas en las manos".
Augusto César Sandino

Al igual que el Movimiento 26 de julio se nutrió de la filosofía libertadora de José Martí, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) lo hizo con el pensamiento libertador de Augusto César Sandino. Sandino dio origen a un amplio movimiento popular que cuestionaba las concepciones burguesas del Estado nicaraguense, demostrando su falta de correspondencia con la realidad socio-económica y política de su pueblo, sumido en la pobreza y la injusticia social.

La herencia político-ideológica de Sandino se manifestó en casi todos sus documentos y entrevistas de donde fue posible extraer sus planteamientos programáticos fundamentales. En ellos destacaba la preocupación de Sandino por la independencia económica y política de Nicaragua, así como el establecimiento de un gobierno democrático, popular e independiente, que garantizara la defensa de los intereses nacionales y el derecho del pueblo nicaraguense a desalojarle del poder.

El sentimiento nacionalista de César Augusto Sandino lo llevó a denunciar en muchos de sus escritos lo lesivo que resultaba para la soberanía nicaraguense la concertación de tratados entre Estados Unidos de América y sus incondicionales criollos, por lo que se pronunciaba por una revisión de los mismos, como una forma de rescatar el respeto por los valores nacionales.

Nada reflejó mejor el sentimiento patriótico de Sandino, que la respuesta dada al comunicado enviado por el Almirante de la Marina de Estados Unidos de América, D.F. Sellers, cuando éste lo instó a poner término a la resistencia armada; he aquí lo que Sandino respondió "el patriotismo a que Usted apela, es el que me ha mantenido repeliendo a la fuerza con la fuerza, desconociendo en absoluto toda intromisión del gobierno de usted en los asuntos interiores de nuestra nación, demostrando que la

soberanía de un pueblo no se discute, sino que se defiende con las armas en las manos"⁽¹⁾.

Las reivindicaciones económico-sociales de Sandino para el pueblo nicaragüense se centran en la justa distribución de los recursos naturales del país, en beneficio de las grandes masas, así como la cooperativización de la tierra en beneficio del que la trabajaba, al respecto señalaría "presentamos un programa que creemos apropiado para los problemas sociales de Nicaragua y, además para que los obreros ineptos que se dejen engañar por los ambiciosos comprendan su posición en la lucha nacionalista. Sin esa orientación hacia sus verdaderos problemas, siempre serán pasto de políticos rastreros"⁽²⁾.

Sandino se pronunció contra la explotación, la opresión y la humillación que los trabajadores y los campesinos nicaragüenses sufrían a manos de los extranjeros coludidos con los terratenientes locales. "Sin duda, el capital puede hacer su obra y desarrollarse, pero que el trabajador no sea humillado y explotado"⁽³⁾.

La pugna del libertador por la transformación social se reflejó desde el principio y hasta el final de la resistencia. Dentro del proceso de transformación social, la alianza obrero-campesina jugaba un papel importante ya que ella debía conducir al triunfo del movimiento guerrillero y por ende al cambio democrático. En 1930, ya con una clara comprensión de la importancia de dicha alianza, Sandino escribiría "sólo los obreros y campesinos seguirán hasta el fin, sólo su fuerza organizada logrará el triunfo"⁽⁴⁾.

Al mismo tiempo, hacía un llamado "a todos aquellos que se encontraban desorganizados y fuera de la Confederación Sindical Latinoamericana a organizarse en la única organización sindical defensora de los intereses de la clase trabajadora para lograr la integración de un movimiento popular amplio en defensa de la soberanía nacional"⁽⁵⁾.

En el pensamiento sandinista, el centroamericanismo fue el reflejo de una interpretación de la realidad de la región, y nada más real para Centroamérica que la amenazante política colonizadora y absorbente del imperialismo yanqui; ante ello, el prócer nicaragüense instó a la unidad latinoamericana de la siguiente manera "somos 90 millones de hispanoamericanos y sólo debemos pensar en nuestra unificación y

comprender que el imperialismo *yanqui* es el más brutal enemigo que nos amenaza y el único que está propuesto a terminar por medio de la conquista de nuestro honor nacional con la libertad de nuestros pueblos" (6).

El nacionalismo en la ideología sandinista ocupó un lugar determinante. El sentimiento nacionalista era la motivación fundamental de la lucha contra el invasor, lo que desarrollaba y consolidaba la lucha y lo que identificaba los intereses de todos los nicaragüenses no importando el color, la posición social o la militancia política.

Sandino supo aplicar el nacionalismo de manera revolucionaria, pero nunca con fines de engrandecimiento personal. "Queremos probar a los pesimistas que el patriotismo no se invoca para alcanzar prebendas y puestos públicos: se demuestra con hechos tangibles, ofrendando la vida en defensa de la soberanía, pues es preferible morir antes que aceptar la humillante libertad del esclavo" (7).

La ideología política de Sandino lo ubica como uno de los más consecuentes revolucionarios de su época. Entre las muchas enseñanzas que Augusto César Sandino dejó al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) se encontraban las de construir una vanguardia revolucionaria independiente de los llamados grupos históricos de las oligarquías; el de adoptar la vía armada como única opción hacia el cambio revolucionario; la unidad de los obreros y campesinos como alianza fundamental de una más amplia unidad popular y la organización y disciplina revolucionaria como los principales medios para dar cumplimiento a los compromisos adquiridos.

El rescate de la doctrina sandinista como guía para la acción revolucionaria lo llevó a cabo Carlos Fonseca, uno de los más importantes fundadores del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), quien proclamó ante todo el movimiento revolucionario que las ideas de Sandino tenían vigencia y que seguían siendo tan actuales como los clásicos de la literatura o del pensamiento revolucionario. Es así como las bases de la teoría revolucionaria del FSLN se localizan en los programas y de Augusto César Sandino

Con la victoria de las fuerzas revolucionarias sandinistas, Nicaragua expresó su voluntad histórica de autodeterminación afrontando el reto de la reconstrucción del

país, así como el de dar satisfacción a las demandas que emanaban de la participación popular.

El proyecto político presentado por la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional fue la respuesta al compromiso adquirido con las masas populares y cuyo propósito fundamental era proporcionar justicia y libertad a todo el pueblo nicaragüense.

Los lineamientos básicos del Programa de Gobierno en las áreas política, económica y social eran los siguientes:

1. Area Política.

Instauración de un régimen de democracia, justicia y progreso social que garantizara de manera efectiva la participación plena de los ciudadanos en las decisiones del gobierno, ya fuera de manera individual o colectiva. Dentro de los ideales básicos de la democracia se encontraban "el reconocimiento al derecho del pueblo a autodeterminar su destino social e histórico, el reconocimiento al derecho de existencia de distintas corrientes ideológicas, políticas y sociales"⁽⁸⁾.

La apertura democrática aseguraba la participación de todas las fuerzas políticas en la gestión política y administrativa del Estado. Asimismo, garantizaba la libertad de prensa, sindical y de culto. En el proyecto se asentaba la disposición de la Junta de convocar a elecciones generales en el año de 1985, con la plena aceptación de los partidos de oposición.

2. Area Económica.

Los objetivos a alcanzar en ese punto eran: superar el atraso económico expresado por el débil desarrollo agrícola e industrial, que impedían la utilización racional de los recursos naturales y humanos; ampliación de mercados, fuentes de créditos y cooperación técnica; alentar iniciativas de conversión con los sectores privados y públicos de los países interesados en su economía; y, favorecer la distribución del ingreso nacional en beneficio de las mayorías populares. El propósito de fortalecer a la economía mixta era integrar el esfuerzo coordinado de todos los sectores (privado, estatal, campesino, artesanal, etc.) para el mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de los nicaragüenses. Para ello se creó el Programa Alimentario Nacional

(PAN) que buscaba la creación de las condiciones que permitieran al pueblo producir sus propios alimentos y formar, por vez primera, un mercado doméstico en el que todos los ciudadanos de Nicaragua pudieran participar.

La Reforma Agraria, por su parte, se orientaba a la resolución del doble problema del campesinado pobre sin tierra, por un lado, y el uso irracional de la tierra por los grandes ganaderos tradicionales, por el otro. La característica particular de la Ley de Reforma Agraria fue la amplia gama de garantías para los productores del campo. La reforma sandinista expropiaba únicamente la tierra a las fincas subutilizadas en las que se daba una descapitalización extensiva; se esperaba que la reforma aumentara la producción campesina de alimentos en tierras que se encontraban ociosas, sin destruir la confianza y los niveles de producción del sector privado.

En cuanto al crédito, el Gobierno de Reconstrucción Nacional tomó una amplia gama de medidas destinadas a la recuperación de la economía, las cuales incluían la condonación del pago de intereses y la reestructuración de la deuda privada con tasas de bajo interés y plazos largos, así como una política general para facilitar el acceso al crédito del sector privado. La política del gobierno no discriminaba al sector privado en materia de asignación de divisas a favor del área de propiedad del pueblo como se pretendió demostrar a la opinión pública mundial con el objeto de desvirtuar la ideología revolucionaria de la Junta Sandinista.

La inversión extranjera estaba contemplada dentro del programa como una medida complementaria al esfuerzo interno que debía contribuir al desarrollo y reconstrucción del país, con apego estricto a la legislación interna de soberanía nacional.

3. Area Social.

El objetivo en esta área era el establecimiento de una política capaz de erradicar la desocupación y que hiciera efectivo el derecho a vivienda, salud, seguridad social, transporte colectivo, educación, cultura, deporte y sana diversión.

El proyecto político presentado por la Junta Sandinista se caracterizó por su vocación democrática heredada en gran parte de la doctrina de Sandino; un proyecto cuyos objetivos no atentaban contra la estructura del capitalismo mundial y tampoco ponía en peligro los intereses *yanquis* en la región. Estados Unidos de América no lo

consideró así, y dando una muestra más de su rigidez política para definir estos pequeños contratiempos a su favor, inició el hostigamiento hacia el pueblo nicaragüense, obligándolo a buscar apoyo moscovita.

El proceso revolucionario de Nicaragua se radicalizó en la medida en que la Unión Americana aumentó su agresión, y el camino hacia la transformación socialista fue emprendido. A pesar de los serios problemas que enfrentaron los nicaragüenses, sin contar con la contra-revolución, éstos no estuvieron dispuestos a perder su libertad. "Queremos paz, pero no a costa de la libertad"⁽⁹⁾.

b). La perspectiva política de Reagan y el apoyo moscovita a Nicaragua

La lucha democrática de las masas populares de los países de Centroamérica y el Caribe en contra de las dictaduras reaccionarias fue tildada por Washington como conjura comunista, la cual atentaba en contra de sus intereses nacionales. La búsqueda de una democracia viable para una subregión donde ésta nunca se conoció; aquélla que es capaz de ser conquistada después de derrotar a las fuerzas político-sociales que le han hecho imposible, era una amenaza para el *statuo quo ante* que la Casa Blanca deseaba mantener por aquéllo de que: lo viejo por conocido es mejor y por ello procuraron la permanencia de los políticos corruptos y los militares amigos que garantizaban la restauración del orden interno, incluso al precio de continuar o incrementar (donde eso aún fuera posible) la violencia en contra de los derechos humanos.

La revolución nicaragüense fue un claro ejemplo de la intolerancia de un pueblo hacia la vejación constante y obligada, incluso convertida en institucional, por una dictadura cruel y sanguinaria. Por ende, ella debe ser comprendida como una revolución democrático-revolucionaria, en donde la lucha armada y la irrupción violenta de las masas fueron elementos de un proceso que buscaba la constitución de un poder democrático y revolucionario.

La revolución sandinista reflejó la erosión de la hegemonía de Estados Unidos de América en la región latinoamericana. Ciertamente no significó el fin de su dominio,

pero tratándose de la zona más segura para la política imperialista, donde se contaba con aliados confiables, esa pérdida relativa de influencia se interpretó como un duro golpe a la omnipotencia estadounidense.

Por ello, Nicaragua apareció para la administración republicana de Estados Unidos de América, como la segunda situación más inquietante para los intereses norteamericanos en América Latina. La política de Reagan hizo una profunda revisión de los criterios implementados por el ex-presidente Carter (acerca de la búsqueda de acuerdos parciales con la Junta Sandinista) para abrir un camino de conflicto, que incluyó esfuerzos combinados de desestabilización interna y de apoyo a los opositores nicaragüenses y extranjeros que trataban de actuar desde el exterior.

El diseño de política centroamericana de la administración Carter, (democratización gradual y restringida de acuerdo con las fechas de los procesos electorales normales de Nicaragua) fracasó porque como sucedió en repetidas ocasiones, la política norteamericana no consideró los factores internos cambiantes de los procesos políticos en las naciones del área latinoamericana y las posibilidades de ascenso en la iniciativa política de los movimientos populares. Cuando eso ocurre, los proyectos y objetivos definidos de manera armónica pasan a ser contradichos por la realidad y provocan etapas de paralización de la diplomacia norteamericana al tener que instrumentar una nueva política que reemplace a la anterior ya agotada.

Eso aconteció al gobierno de Carter en Nicaragua al producirse la caída de Somoza. En ese entonces se pensó que la respuesta más apropiada frente al nuevo gobierno de la Junta de Reconstrucción Nacional era una política pragmática que, reconociendo la amplitud de las fuerzas que habían puesto término al régimen dictatorial anterior, ayudara a crear condiciones para que los sectores empresariales y las fuerzas moderadas tuvieran una creciente capacidad para influir internamente; incluso, el gobierno democrata tomó en cuenta las recomendaciones de un sector del Congreso en el sentido de apoyar a los aliados internos moderados y evitar la repetición de la política de asedio que condujo a la radicalización de la Revolución Cubana y a la confrontación de Fidel Castro con Estados Unidos de América a comienzos de los años sesenta.

Con ese propósito, del Programa Extraordinario de Ayuda a los países de la Cuenca del Caribe para el año fiscal 1980, cuyo monto ascendía a 125 millones de dólares, se otorgó al régimen sandinista un apoyo de 75 millones para ayuda alimentaria⁽¹⁰⁾. Asimismo, el Departamento de Estado norteamericano cuidó sus relaciones con Nicaragua, evitando una disputa abierta y buscó crear las condiciones que permitieran a los sectores de la libre empresa, ampliar su radio de influencia y de maniobra en el nuevo régimen sandinista.

Con la administración republicana, la política hacia Nicaragua cambió radicalmente; Managua pasó a ser considerada como una pieza del accionar soviético en el continente. Tal evaluación dio como resultado un conjunto de acciones de hostigamiento que la Casa Blanca impulsó frente al gobierno nicaragüense. El primer paso fue la congelación de todos los créditos otorgados anteriormente a Nicaragua (15 millones de dólares que restaban del crédito concedido por el gobierno de Carter), se prohibió la venta de trigo norteamericano a Managua, utilizando la venta de alimentos como un arma de presión intentando vencerlos por hambre y, desató una guerra de nervios a través de acciones de desestabilización que mantenían latente la amenaza de una intervención militar directa.

Según los estrategias de Washington, las fuerzas opositoras internas y la contra-revolución acabarían por derrocar al gobierno sandinista y de ahí el apremio de Reagan por conseguir la aprobación del Congreso norteamericano a la ayuda económica para los contra-revolucionarios. Después de caracterizar a Nicaragua como un subrefugio soviético, la retórica norteamericana se tornó más agresiva buscando con ello intimidar a los líderes nicaragüenses para que dieran marcha atrás a las transformaciones revolucionarias que habían emprendido, abdicando el poder en favor de aquellos a quienes el pueblo por elección libre y soberana decidiera elegir como sus gobernantes. Tal parece que la única democracia que Estados Unidos de América reconocía era aquella que institucionalizaba la represión y el crimen como formas de gobierno.

De este modo, el gobierno de Reagan realizó un cambio político en el que las acciones de fuerza, preparadas y ejecutadas desde el exterior, relevaron el apoyo en favor de las fuerzas moderadas en el interior del país. En más de una ocasión, el

presidente estadounidense se pronunció por remover al régimen nicaragüense, como en aquella entrevista televisada en donde el comentarista le inquirió si buscaba remover al gobierno sandinista de Nicaragua y él replicó "bueno, removerlo o modificarlo en el sentido de sus actuales estructuras"⁽¹¹⁾. Estructuras que por otra parte describió como "un Estado comunista totalitario y no un gobierno elegido por el pueblo"⁽¹²⁾.

La sicosis comunista de la Casa Blanca y sus continuas agresiones a Nicaragua dio como resultado la paulatina radicalización de la revolución sandinista. El antecedente cubano no le sirvió como experiencia táctica, ya que Washington cometió el error de sustituir la diplomacia y el diálogo, por la agresión como recurso político, evidenciando las carencias de un sistema cuyas relaciones políticas se basaban en la presión económica y militar.

El gobierno de Ronald Reagan estaba convencido de que la presión militar era el único camino viable para derrocar al régimen que presidía Daniel Ortega. Al respecto, el asistente del Secretario de Estado norteamericano, Lagnorne A. Motley dijo al Comité del Congreso "si alguien conoce una forma más efectiva para crear una situación de negociación con los sandinistas, déjenosla saber"⁽¹³⁾.

Para la Casa Blanca el apoyo a la contra-revolución era la respuesta apropiada para un Estado con una tendencia a propagar la revolución en América Central. El rumbo zigzageante y contradictorio que siguió el gobierno estadounidense en materia política respecto a Cuba, resurgió una vez más en el caso nicaragüense. Incapacitada para la comprensión de los procesos de transformación que se estaban gestando no sólo en América Latina, sino en todo el mundo en desarrollo, la Casa Blanca pretendió justificar su imperialismo y su historial intervencionista aludiendo su obligación moral en defensa de la democracia del mundo libre, de las acciones subversivas del eje La Habana-Moscú y, de esa manera, impedir la proliferación del sistema marxista-leninista.

Las soluciones políticas no existieron para un gobierno estrechamente vinculado y comprometido con los intereses de un círculo conservador ligado al complejo militar-industrial norteamericano, empeñado en recuperar el papel de árbitro del destino de los pueblos ⁽¹⁴⁾.

c). La experiencia cubana y su aplicación práctica en el caso nicaragüense; su proyección hacia América Latina.

El triunfo de la Revolución Cubana constituyó el resultado más importante de las luchas nacionales de independencia y progreso libradas en la década de los sesenta. Su presencia en el Caribe hizo que pasara a desempeñar un papel decisivo en la toma de conciencia política del continente y en la radicalización de los movimientos de izquierda.

Los éxitos alcanzados por el gobierno socialista cubano en el plano de la educación, la elevación del nivel de vida de las capas más pobres de su población, así como en la afirmación de la dignidad de su pueblo, tuvieron un efecto de demostración de una gran importancia en América Latina. Cuba se convirtió en un centro de irradiación ideológica, opuesta al conformismo y la regresión establecidos por Estados Unidos de América.

La experiencia cubana mostró que el socialismo revolucionario surgía de las insurrecciones populares generalizadas, en el curso de las cuales se erradicaba el poder de las clases dominantes tradicionales, se anulaba la capacidad de represión de los aparatos de seguridad del antiguo régimen y se colectivizaba la economía. En esas condiciones, el gobierno revolucionario se implementaba sobre un vacío de poder que le permitía movilizar bases populares de apoyo y organizarlas en estructuras eficaces de defensa de la revolución, antes que se desencadenara la contra-revolución.

La Revolución Cubana, como variante latinoamericana, ejerció una poderosa influencia sobre las izquierdas revolucionarias del continente, quienes se avocaron a la práctica de directrices teóricas y líneas de acción mucho más auténticas y eficaces, con el único fin de dar cumplimiento a sus objetivos revolucionarios.

Dadas las condiciones por las que atravesaban las naciones latinoamericanas (deuda, miseria, desempleo, represión, etcétera) las posibilidades de desencadenamiento de nuevas revoluciones socialistas en América Latina se acrecentaron. La indicación más segura de que las condiciones para estructurar un

movimiento revolucionario en América Latina estaban presentes, era la capacidad de autocrítica alcanzada por la mayoría de los partidos de izquierda de la región que permitía una definición de estrategias y tácticas adecuadas que generaban mejores oportunidades de producir un liderazgo efectivamente revolucionario que capacitara a las clases subalternas y oprimidas en la creación de estructuras de poder aptas para la implantación de una nueva sociedad.

La Revolución Cubana demostró la posibilidad de victoria de una revolución socialista en el área. La reacción al percibir que los pueblos latinoamericanos habían alcanzado una madurez política como para optar por una alternativa revolucionaria fue, por parte del antiguo régimen patriarcal, la liquidación (en la mayoría de los países) de las instituciones republicanas. Por tanto, la posibilidad de realizar elecciones más o menos libres sólo ocurrió donde la derecha no se sentía amenazada de perderlas. La izquierda, a su vez, no sólo buscó explotar las potencialidades del sistema político-electoral donde aún subsistía, sino que se organizó también para la lucha armada revolucionaria en caso de que no hubiera otro camino.

Probada la capacidad de dirigencia de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas, la Unión Soviética aprobó, muy a su pesar, la lucha armada como medio de transición al socialismo; máxime que como en el caso chileno, la progresión pacífica de que hablaban los teóricos marxistas enfrentó coyunturas políticas que posibilitaron el nacimiento de la contra-revolución.

El problema básico de esa progresión pacífica era imponer la reordenación socialista a través de medidas legales que la volvieran irreversible, obligando a las clases dominantes a aceptar la nueva legalidad socialista y, mantener la disciplina de las fuerzas armadas afianzando su lealtad hacia el nuevo régimen socialista.

Con la conciencia de quien lucha contra la historia, las dictaduras regresivas estuvieron dispuestas a emprender cualquier acción desesperada que postergara su proscrición. Por ello, se hundieron en el despotismo, desencadenaron la violencia y comprometieron el porvenir de sus países, por la manera como se entregaban al dominio norteamericano. Ese dominio les exigía nuevas concesiones que acrecentaban el despojo de las riquezas nacionales y del producto del trabajo de sus poblaciones.

movimiento revolucionario en América Latina estaban presentes, era la capacidad de autocritica alcanzada por la mayoría de los partidos de izquierda de la región que permitía una definición de estrategias y tácticas adecuadas que generaban mejores oportunidades de producir un liderazgo efectivamente revolucionario que capacitara a las clases subalternas y oprimidas en la creación de estructuras de poder aptas para la implantación de una nueva sociedad.

La Revolución Cubana demostró la posibilidad de victoria de una revolución socialista en el área. La reacción al percibir que los pueblos latinoamericanos habían alcanzado una madurez política como para optar por una alternativa revolucionaria fue, por parte del antiguo régimen patriarcal, la liquidación (en la mayoría de los países) de las instituciones republicanas. Por tanto, la posibilidad de realizar elecciones más o menos libres sólo ocurrió donde la derecha no se sentía amenazada de perderlas. La izquierda, a su vez, no sólo buscó explotar las potencialidades del sistema político-electoral donde aún subsistía, sino que se organizó también para la lucha armada revolucionaria en caso de que no hubiera otro camino.

Probada la capacidad de dirigencia de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas, la Unión Soviética aprobó, muy a su pesar, la lucha armada como medio de transición al socialismo; máxime que como en el caso chileno, la progresión pacífica de que hablaban los teóricos marxistas enfrentó coyunturas políticas que posibilitaron el nacimiento de la contra-revolución.

El problema básico de esa progresión pacífica era imponer la reordenación socialista a través de medidas legales que la volvieran irreversible, obligando a las clases dominantes a aceptar la nueva legalidad socialista y, mantener la disciplina de las fuerzas armadas afianzando su lealtad hacia el nuevo régimen socialista.

Con la conciencia de quien lucha contra la historia, las dictaduras regresivas estuvieron dispuestas a emprender cualquier acción desesperada que postergara su proscripción. Por ello, se hundieron en el despotismo, desencadenaron la violencia y comprometieron el porvenir de sus países, por la manera como se entregaban al dominio norteamericano. Ese dominio les exigía nuevas concesiones que acrecentaban el despojo de las riquezas nacionales y del producto del trabajo de sus poblaciones.

Aún armada de todos esos poderes represivos y asociada incondicionalmente a la explotación superimperialista, la vieja estructura de poder no podía ofrecer ninguna solución a los problemas de la mayoría de la población.

Apremiadas por ese imperativo, las fuerzas políticas de la zona se vieron ante la disyuntiva de optar por uno de los dos modelos de acción renovadora, correspondiente a sus condiciones estructurales y a la época presente: el socialismo revolucionario o el nacionalismo modernizador. Como la alternativa nacionalista-modernizadora había agotado su capacidad de respuesta a las crecientes demandas de las clases subalternas y oprimidas, la opción revolucionaria se presentó como la única vía capaz de crear una nueva sociedad cuyos intereses correspondían a los de las clases oprimidas.

La Revolución Cubana representó un llamado a las masas oprimidas latinoamericanas para hacer frente al dominio de las tiranías oligárquicas y a los monopolios extranjeros. La experiencia cubana fue aprovechada, años más tarde, por las fuerzas revolucionarias del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en lo que a estrategia insurreccional se refiere, y por Moscú en cuanto a la instrumentación de los mecanismos y fuerzas productivas que permitieron la correcta dirección de la economía y las transformaciones sociales.

La estrategia insurreccional seguida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional contó con la asesoría de los estrategas cubanos y resultó ser un éxito, al grado de poner en movimiento al pueblo, de elevar su moral combativa y, hasta logró aglutinar a todo el conjunto de fuerzas políticas de la oposición nicaragüense.

El proceso insurreccional nicaragüense combinó las sublevaciones populares y las acciones violentas de las masas, con la guerra de guerrillas en las zonas rurales y montañosas. La conjugación de esas dos modalidades de lucha (dentro de una estrategia única) y el papel del FSLN como vanguardia revolucionaria dieron como resultado el triunfo de la revolución sandinista.

La experiencia cubana enseñó, en general, que la unidad de acción de las fuerzas sociales y políticas, incluso cuando no está sellado en algún documento bajo la forma de un acuerdo oficial, pero que se va constituyendo en el curso de los combates

conjuntos contra el enemigo común, lleva a la conquista de las libertades democráticas y sociales.

Para la Unión Soviética, el triunfo de la revolución sandinista significó una nueva oportunidad de desequilibrar la correlación de fuerzas en la región. Por tal motivo, no dudó en reconocer la legitimidad del nuevo gobierno y le brindó su apoyo político como el representante verdadero de la voluntad del pueblo nicaragüense. Dicho apoyo no sólo se limitó al reconocimiento del nuevo régimen, sino que se extendió a las declaraciones de desaprobación de las agresiones estadounidenses en contra del nuevo gobierno revolucionario en foros internacionales como la Organización de Naciones Unidas, en donde el representante permanente de la URSS, Oleg Troyanovski, manifestara alguna vez "el gobierno soviético comparte la preocupación del gobierno nicaragüense, motivada por las continuas acciones agresivas de Estados Unidos de América que ponen en peligro la independencia y la soberanía de los estados de esa región"⁽¹⁵⁾.

Ante la perspectiva de lograr la orientación socialista en la revolución sandinista, los líderes del Soviet Supremo consideraron conveniente estrechar los vínculos político-ideológicos con el nuevo régimen. Por esa razón, los logros de la gestión económica en Cuba, fueron exaltados por los soviéticos en un afán de transferir a Nicaragua, los conocimientos profesionales de la experiencia de La Habana en el campo de la economía para ir madurando en el país las condiciones que permitieran la organización de los instrumentos de las fuerzas productivas, para la eficaz materialización de las transformaciones sociopolíticas y la correcta dirección de la economía.

Asediado por la contra-revolución, el régimen sandinista se vio obligado a defender su legitimidad a través de la conducción flexible de los procesos sociales y políticos, en íntima relación con el desarrollo económico. La solución de los problemas económicos suponía proclamar las medidas que posibilitaran la eliminación de los obstáculos a los cambios revolucionarios y la correcta valoración de los recursos internos para su mejor aprovechamiento.

La preparación del poder revolucionario para la dirección de la economía era una de las tareas prioritarias de la orientación socialista que la URSS pretendía en Nicaragua. La economía era el fundamento del cual dependían importantísimas tareas políticas y sociales; ella condicionaba en gran medida las consignas de la revolución para movilizar a las masas hacia el cumplimiento de las transformaciones políticas y sociales. El destino mismo de la revolución dependía en grado considerable de cómo funcionara la economía y del mínimo de demandas sociales que pudiera satisfacer. Sobre ello Lenin escribió "la historia nos ha impuesto actualmente la tarea de dar cima a la más grandiosa revolución política mediante una labor económica lenta, penosa, ardua, en la que los plazos son muy largos"⁽¹⁶⁾.

El problema consistía en determinar cuáles eran los mecanismos y en que grado podían ser aprovechados para las transformaciones revolucionarias. Una respuesta a este problema fue ofrecida por la experiencia de la revolución y la construcción económica en la Unión Soviética y en otros países socialistas, por la experiencia de la Cuba revolucionaria, de Chile durante el gobierno de la Unidad Popular, y por la experiencia de los países en desarrollo de Asia y África que optaron por el camino de la orientación socialista.

Apoyándose en el antecedente cubano, la estrategia soviética de orientación socialista de la revolución nicaragüense evitó la confrontación doctrinaria, en el sentido de no cuestionar el papel del FSLN como vanguardia revolucionaria, aceptando sus planteamientos programáticos y sus métodos de lucha como la aportación particular de un movimiento antiimperialista y democrático bajo condiciones concretas y específicas de la situación en su país, así como de la maduración del factor subjetivo.

La revolución de Nicaragua demostró que el potencial revolucionario de América Latina no estaba agotado, por ello, la Unión Soviética utilizó los logros del socialismo en Cuba y los avances de las transformaciones revolucionarias de Nicaragua, como medio de proyección ideológica tendiente a fortalecer sus vínculos políticos con las naciones del área.

La Revolución Cubana fue un potente acelerador del proceso revolucionario, y a pesar de las dificultades, la Cuba socialista logró significativos resultados en la construcción de una nueva sociedad. A su vez, la revolución nicaragüense modificó sustancialmente la correlación de fuerzas en América Central, debilitando la posición estadounidense en esa región, ejerciendo una influencia revolucionaria sobre los países vecinos: El Salvador, Honduras y Guatemala, países en donde la inestabilidad político-social y las contradicciones de clase hacían factible el movimiento revolucionario.

La nueva mentalidad política de la Perestroika fue interpretada por muchos como síntoma de que Moscú había disminuido su apoyo a la justa lucha de los pueblos por escoger su propio destino y por la libertad, para mejorar sus relaciones con Estados Unidos de América en el oriente árabe. Se escribió, por ejemplo, que se acortaba la cooperación entre la URSS y Nicaragua, así como la solidaridad con los emancipados estados de África.

Sin embargo, la Unión Soviética no sólo no renunció a su política exterior en defensa de los principios de la libre opción y la no injerencia en los asuntos internos de las naciones. Ello quedó confirmado en el discurso pronunciado por Mijail Gorbachov ante la Décimo Novena Conferencia Nacional del Partido, en donde dijo "reiteramos nuestra solidaridad con los trabajadores del mundo entero, con cuantos luchan contra el colonialismo, el racismo y la reacción (...) Seguiremos profundizando nuestras relaciones con países en desarrollo y el movimiento de no alineación"⁽¹⁷⁾.

La perestroika y la nueva mentalidad política posibilitaron que se disipara el mito sobre la URSS en tanto imperio del mal y potencia expansionista. El magnetismo de Gorbachov atrajo las simpatías, no sólo de los líderes de las potencias occidentales, sino también de los gobiernos de América Latina, que veían en él a un aliado digno de confianza al adoptar medidas que dieron lugar al término de la guerra fría, al detenimiento del desangramiento en Afganistán y que gracias a su cooperación se pudieron solucionar otras crisis regionales. Asimismo, mediante reducciones unilaterales de armamentos en campos que habían sido tabú en la época de Breshnev, Gorbachov ganó paulatinamente la confianza de Estados Unidos de América y así se logró, por primera vez, detener la carrera de armamentos.

Los europeos del Este son, seguramente, los que mejores razones tuvieron para estar satisfechos con la política de Gorbachov ya que fue éste el que liberó a la gente del bloque Oriental ya que el Ejército Rojo no ahogó en sangre los levantamientos populares en Berlín, Budapest, Praga o Varsovia. Cuando los pueblos de Europa Central y Oriental salieron a las calles en 1989, el Presidente soviético dio orden de que las tropas permanecieran en sus cuarteles. Fue el comienzo del fin de los regímenes comunistas y del Muro de Berlín, el inicio de la reunificación de Alemania y la liberación de Europa Oriental.

El colapso del "imperialismo del mal" y de su aterrador Partido Comunista, llegó sorpresivamente y más rápido de lo que nadie había podido prever.

NOTAS

1. Pensamiento Vivo de Sandino. Respuesta al contralmirante D.F. Sellers. Costa Rica. Ed. Universitaria Centroamericana (EDUCA). Pág. 155.
2. *Ibidem*. Pág. 180.
3. Pensamiento Vivo de Sandino. *Op. cit.* Pág. 180.
4. *Ibidem*, Pág. 47.
5. *Ibidem*. Pág. 78.
6. *Ibidem*. Pág. 101.
7. *Ibidem*. Pág. 133.
8. Informe del Presidente del Consejo de Estado, Managua, Nicaragua; diciembre 4, 1981.
9. Discurso del Comandante Daniel Ortega en Naciones Unidas; octubre 7, 1981.
10. Washington Post, mayo 21, 1981; Pág. 9.
11. Time, marzo 14, 1985; Pág. 14.
12. *Ibidem*. Pág. 15.
13. Time, marzo 4, 1985; Pág. 15.
14. Glinkin, A. et al. La evolución de la política de Estados Unidos en América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1984. Pág. 123.
15. Granma, 26 de agosto de 1982.
16. Lenin, V.I. Primera variante del artículo: las tareas inmediatas del poder soviético. Moscú. O.C. t. 36; Ed. Progreso, 1986. Págs. 158-159.
17. Time, junio 16, 1988. Pág. 7.

CONCLUSIONES

América Latina comenzó a tener significación política para la Unión Soviética cuando ésta empezó a convulsionarse por las vigorosas transformaciones que, bajo el influjo de los fenómenos políticos, económicos y sociales del área, propiciaron las continuas fricciones en las relaciones entre Estados Unidos de América y las naciones latinoamericanas.

La toma de conciencia por parte de las masas populares, y de los amplios círculos democráticos y progresistas de América Latina contribuyó a elevar el papel de la región en el proceso revolucionario de independencia política y económica. Especial importancia adquiere en la situación creada, la Revolución Cubana que abrió el camino para la construcción del primer Estado socialista en América Latina.

El socialismo cubano asestó un duro golpe a la hegemonía norteamericana en la región y motivó la reorientación de la política exterior soviética hacia Latinoamérica. Hasta ese momento, las naciones latinoamericanas habían aparecido como vedadas a los intereses moscovitas por lo que no se emprendió una campaña ideológica formal que acabara con el mito de la amenaza comunista y que presentara las virtudes del sistema socialista a la opinión pública latinoamericana.

La normalización de las relaciones entre América Latina y Moscú contribuyó al reforzamiento de los vínculos políticos exteriores en los años sesenta y setenta, coadyuvando al desarrollo de los contactos económico-comerciales, científico-tecnológicos y culturales entre ambas regiones.

A partir de entonces, la estrategia soviética se centró en una ofensiva diplomática cuyo rasgo característico fue su marcada orientación propagandística, en donde el objetivo principal era informar a la opinión pública mundial, de manera amplia y convincente, la forma de vida del país soviético, de sus ideales, logros y acciones internacionales en favor de la paz y la autodeterminación de los países en vías de desarrollo.

Es así como los lineamientos fundamentales de la política exterior moscovita hacia los países latinos fueron conformados, tomando en consideración las principales reivindicaciones económico-políticas que esas naciones formulaban en el seno de los

organismos internacionales más prestigiados; lineamientos que, por otra parte, eran una regla común para todas las naciones en vías de desarrollo.

El apoyo y solidaridad soviética a las fuerzas de liberación nacional, a las demandas del mundo en desarrollo y la condena al intervencionismo *yanqui*, fueron los elementos de una política perseverante y concordada que le brindó grandes frutos en cuanto que el mito de la amenaza roja fue perdiendo credibilidad en las naciones de la región ante la evidente exageración estadounidense de la amenaza de la seguridad del continente por las conjuras comunistas.

Por otra parte, la colaboración científico-tecnológica y el intercambio cultural fomentaron la presencia soviética en los países latinoamericanos quienes buscando disminuir su dependencia de Estados Unidos de América, concertaron acuerdos de cooperación científica, tecnológica y comercial con la comunidad socialista a través de su máximo organismo económico: El Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME).

La lucha de América Latina contra la dependencia del imperialismo planteó la necesidad de tareas democráticas y de transformaciones radicales, las cuales generaron condiciones revolucionarias para la construcción de una nueva sociedad, ello justificaba el interés soviético por la zona ya que las perspectivas revolucionarias en Latinoamérica eran más grandes que en cualquier otra parte del mundo subdesarrollado.

La experiencia cubana mostró la capacidad de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas para trascender los límites democráticos del proceso revolucionario hacia la orientación socialista. Por ser un país que tenía tanto en común con todas las naciones del área, La Habana pasó a desempeñar un papel decisivo en la toma de conciencia política del continente.

Los éxitos alcanzados por el gobierno cubano en el campo de la educación, vivienda, salud, etcétera, tuvieron un efecto de demostración que convirtió a la isla en un centro de irradiación ideológica que se contraponía a los principios establecidos por Washington.

organismos internacionales más prestigiados; lineamientos que, por otra parte, eran una regla común para todas las naciones en vías de desarrollo.

El apoyo y solidaridad soviética a las fuerzas de liberación nacional, a las demandas del mundo en desarrollo y la condena al intervencionismo *yanqui*, fueron los elementos de una política perseverante y concordada que le brindó grandes frutos en cuanto que el mito de la amenaza roja fue perdiendo credibilidad en las naciones de la región ante la evidente exageración estadounidense de la amenaza de la seguridad del continente por las conjuras comunistas.

Por otra parte, la colaboración científico-tecnológica y el intercambio cultural fomentaron la presencia soviética en los países latinoamericanos quienes buscando disminuir su dependencia de Estados Unidos de América, concertaron acuerdos de cooperación científica, tecnológica y comercial con la comunidad socialista a través de su máximo organismo económico: El Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME).

La lucha de América Latina contra la dependencia del imperialismo planteó la necesidad de tareas democráticas y de transformaciones radicales, las cuales generaron condiciones revolucionarias para la construcción de una nueva sociedad, ello justificaba el interés soviético por la zona ya que las perspectivas revolucionarias en Latinoamérica eran más grandes que en cualquier otra parte del mundo subdesarrollado.

La experiencia cubana mostró la capacidad de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas para trascender los límites democráticos del proceso revolucionario hacia la orientación socialista. Por ser un país que tenía tanto en común con todas las naciones del área, La Habana pasó a desempeñar un papel decisivo en la toma de conciencia política del continente.

Los éxitos alcanzados por el gobierno cubano en el campo de la educación, vivienda, salud, etcétera, tuvieron un efecto de demostración que convirtió a la isla en un centro de irradiación ideológica que se contraponía a los principios establecidos por Washington.

Para Moscú representó la oportunidad de expandir su influencia más allá de los límites previamente señalados dentro de lo que se dio por llamar fronteras ideológicas. Su política oportunista quedó al descubierto cuando tuvo que desempolvar el concepto de Estado Democrático Nacional para justificar la forma poco ortodoxa en que se llevó a cabo la transformación socialista de la Revolución Cubana.

Asimismo, la experiencia cubana llevó a los ideólogos soviéticos a reconsiderar el dogma de la hegemonía del proletariado y su partido en la transición al socialismo. Castro modificó la teoría marxista-leninista, en cuanto mostró que la lucha de clases debía ser interpretada como la lucha de un pueblo contra el imperialismo y el colonialismo interior, que el ejército del pueblo podía ser la principal fuerza revolucionaria y sustituir a las clases trabajadoras. El papel de la vanguardia podía pasar al núcleo del ejército revolucionario y que el dirigente de la revolución lo era también de las guerrillas. Los jefes guerrilleros eran expertos en ideología proletaria por lo que su deber era sustituir con una conciencia proletaria las tendencias de la pequeña burguesía.

Preocupados por esa interpretación tan particular del marxismo-leninismo, los dirigentes soviéticos intensificaron su campaña misionario-ideológica en los partidos comunistas de América Latina, con el propósito de crear las vanguardias revolucionarias que dirigieran a las fuerzas insurgentes a la victoria revolucionaria.

Ello, debido a la experiencia chilena en donde el gobierno de Salvador Allende había llegado al poder por medio de una elección popular, pero las medidas económicas emprendidas por éste no agradaron a las grandes corporaciones estadounidenses que vieron afectadas sus inversiones al transformar Allende la economía del país al constituir un área estatal dominante mediante la nacionalización de la gran minería, el sistema financiero, las grandes empresas monopolios y las actividades estratégicas como la eléctrica, petróleo, transportes, etc. Esto, aunado a la permanencia de las viejas estructuras militares dieron como resultado la azonada golpista que derrocó al Gobierno de la Unidad Popular en septiembre de 1973, dando por terminadas las expectativas soviéticas de la transición pacífica hacia el socialismo.

No obstante lo anterior, Moscú respetó el derecho que todo país tenía de decidir los métodos y medios de lucha revolucionaria, con lo cual pretendía evitar contradicciones o enfrentamientos que obstaculizaran la adecuada orientación socialista.

La política exterior soviética hacia América Latina siguió su tendencia contemplativa y oportunista. La consolidación de su presencia en la región dependía en mucho, de la coyuntura histórica que Latinoamérica presentara, esto es, de la capacidad de los pueblos del continente para desencadenar los movimientos sociales que posibilitaran el camino hacia la transformación socialista.

Como potencia que era, la Unión Soviética diseñó su política exterior con base en sus necesidades estratégicas de defensa y expansión de su sistema social, por ello, no sorprende el uso de métodos poco éticos o legales, para alcanzar los objetivos deseados.

En la pugna por el predominio mundial, tanto Estados Unidos de América como la Unión Soviética supieron manejar sus recursos políticos, económicos y culturales para mantener y/o expandir sus zonas de influencia.

En la década de los ochenta se dieron cambios profundos en Europa Oriental, el primero de ellos fue la caída del muro de Berlín el 19 de noviembre de 1989 y el más significativo de todos, el resquebrajamiento del sistema socialista.

La crisis y derrumbamiento de la Unión Soviética fue el resultado de la rigidez del sistema stalinista y posestalinista, así como del centralismo y burocratismo excesivo, de la desviación de recursos al sector militar, los cuales no estaban respaldados por una economía dinámica, de los graves errores de planeación, del abandono de los sectores fundamentales de la economía y del desarraigo de los campesinos.

Las reformas llegaron con el ascenso de Mijail Gorbachov, pero éstas adquirieron tal velocidad que al final acabaron por minar las bases mismas del sistema soviético. A partir de diciembre de 1991 se resquebrajó un imperio, el Partido Comunista de la Unión Soviética cayó y con ello se sellaron 74 años de historia soviética. La caída del partido marcó también la muerte de la ideología soviética, es decir, de todo el sistema de valores y creencias que guiaron a la URSS durante este siglo.

Al dejar de existir la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el nuevo país tendrá que definir sus fronteras y, en última instancia su futuro. Con ello muere también la economía centralmente planificada, quedando los problemas asociados con la introducción de mecanismos de mercado, y sobre todo, los desajustes sociales y políticos que han provocado.

Surgió así una débil asociación en lo político denominada Comunidad de Estados Independientes. Esta nueva estructura se ha dado a la tarea de servir como un foro de discusión sobre cómo repartir la herencia del Estado soviético entre las repúblicas que la conforman. Se ha llegado en principio a un protocolo mediante el cual las repúblicas de la Comunidad reconocen las fronteras actuales de todos sus miembros con un éxito relativo, en cuanto a las demás cuestiones, los miembros han seguido debatiendo amargamente sobre la formación de las fuerzas convencionales, la extensión de la cooperación económica y la posición de Moscú como heredero oficial de muchas prerrogativas que tenía en el sistema comunista.

El papel de Rusia es crucial para el futuro de la Comunidad de Estados Independientes, ésta ha sido, es y será una gran potencia. De hecho, muchas de las antiguas repúblicas que habían decidido seguir un camino independiente ahora están regresando a ella para buscar una mayor cooperación. Es de preverse que de una manera u otra el imperio que parecía desmembrado vuelva a conjuntarse alrededor de Moscú y que éstos defiendan lo que les costó seis siglos amasar.

La forma en que termine la situación política dentro de la Federación Rusa está por determinarse, sin embargo, es difícil imaginarse a la ex Unión Soviética sin un proyecto estratégico para resguardarse de otras potencias.

Las consecuencias de todos estos cambios son múltiples, pero las implicaciones para América Latina no dejan de ser desalentadoras ya que desde la perspectiva de Moscú, Latinoamérica seguirá siendo una zona de poca importancia estratégica, en la cual resulta muy costoso y poco redituable comprometerse. Ejemplo de ello lo tenemos en los casos de Cuba y Nicaragua.

La isla del Caribe terminó siendo una carga económica y política para Moscú, el fin del enfrentamiento bipolar y las transformaciones democráticas en la ex-Unión

Soviética hacen poco factible que ésta reciba la ayuda que anteriormente se le proporcionaba. Actualmente, la situación en Cuba es insostenible. No obstante sus logros en materia de salud, educación, deporte, ciencia y tecnología, sufre un creciente deterioro económico al tiempo que ni su situación geográfica ni el entorno internacional favorecen la continuación del sistema cubano.

El régimen carece de apoyo exterior y Cuba ya no puede abastecerse de los productos que necesita, no produce internamente y tampoco puede vender los suyos a la ex Unión Soviética, como antes, a precios mayores que los del mercado. Es difícil prever cuál será el camino de Cuba, pero es de esperarse que se decida por convocar a elecciones libres como lo hicieron los sandinistas en Nicaragua. También existe la posibilidad de que el comandante Castro se retire o que se desate una revuelta interna que deponga al actual gobierno. La isla caribeña, sin embargo, puede adoptar las medidas que han tomado China y Vietnam, en un experimento sin duda interesante: el autoritarismo con libre mercado.

Por lo que respecta a Nicaragua, después de diez años de experimento revolucionario, los sandinistas, en un acto que sorprendió a propios y extraños, abandonaron el mando del gobierno por la vía electoral. En esa década en que los sandinistas estuvieron en el poder Nicaragua fue devastada económicamente ya que su Producto Nacional Bruto cayó a una tasa anual de 4.4% y la inflación en el periodo 1980-1991 fue de 583.7%.⁽¹⁾

Finalmente, la estrategia norteamericana hacia Nicaragua prosperó ya que con sus severas sanciones económicas y el apoyo a los contras nicaragüenses en una larga y penosa guerra de desgaste logró que el pueblo nicaragüense depusiera al gobierno. La guerra de los sandinistas contra los rebeldes tuvo un costo de millones de dólares y dejó al país exhausto. Este empobrecimiento general explica en buena medida el triunfo de la Unión Nacional Opositora, dirigida por Violeta Barrios viuda de Chamorro.

Es así como la ex Unión Soviética tendrá que redefinir sus prioridades para, como en la etapa de la revolución bolchevique, hacer frente a tareas más importantes relacionadas con las actuales transformaciones democráticas que están llevando a cabo

los países de Europa Oriental. Si bien, esto parece un retroceso en los alcances logrados por la ex Unión Soviética en sus relaciones diplomáticas y comerciales con América Latina, también pudiera representar una oportunidad para establecer lazos comerciales más firmes, sin temor a herir la susceptibilidad norteamericana.

La Comunidad de Estados Independientes y América Latina pueden y deben promover el intercambio comercial compensando la escasez de divisas de estos países por los bienes en los que destaquen y Latinoamérica puede ayudar a la Comunidad asesorando sus programas de privatización.

La comunidad internacional deberá entender los cambios en las condiciones económicas y políticas de Rusia y brindar su apoyo para que éstos se complementen con verdaderas garantías de respeto de los derechos humanos y cívicos.

Por ahora, lo que Rusia necesita junto con las otras repúblicas de la vieja URSS es consolidarse mediante una cooperación paneuropea en el comercio, la protección ambiental, la política social y muchos campos más. Queda abierta la oportunidad para que se exploren nuevas formas de cooperación entre Latinoamérica y la Comunidad de Estados Independientes y dependerá de la capacidad de sus respectivos gobernantes que ello se lleve a cabo.

Bibliografía

- Ambartsúmor, E. Cómo comenzó el socialismo. Moscú. Ed. Progreso, 1978.
- Altshuler, A.B. La integración económica socialista; divisas y el derecho financiero. Moscú. Ed. Progreso. 1978.
- Arismendi, Rodeney. La revolución y América Latina. Uruguay. Ed. U.U.A. 1976.
- Atroshenko, A. La evolución de intereses y política de Estados Unidos en América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1971.
- Bailey, Norman A. Latin America in world politics USA. Nueva York, 1967.
- Bambilra, Vania. Una reinterpretación de la Revolución Cubana. México. Ed. Era. 1979.
- Blaiser, C. The Hovering U.S. responses to revolutionary change in Latin America USA. Ed. Pittsburg University, 1976.
- Bolsoner, G.H. Aspects of Russian foreign policy. London, Ed. Richard Pares and J.P. Taylor (eds). 1956.
- Bochoven, V. Le nouveaux horizons de l' Amerique Latine. Francia. Ed. La vie Internationale, Núm 5, mayo, 1973.
- Castro, Fidel. Así se derrotó al imperialismo México. Ed. Siglo XXI. 1981.
- Castro, Fidel. El movimiento 26 de julio México. Ed. Pensamiento crítico, núm. 31.
- Castro, Fidel. La historia me absolverá. Cuba. Ed. Ciencias Sociales. 1981.
- CECADE-CIDE. Centroamérica, crisis y política internacional. México. Ed. Siglo XXI. 1984.
- Corvalán, Luis. 2 años después ¿ Qué ocurrió en Chile ? Praga. Ed. Revista Internacional. 1972.
- Cuadernos Políticos. Principios y políticas del Gobierno de Nicaragua. México. núm. 32, abril-junio, 1982.
- Cuadernos Políticos. La revolución e intervención en Centroamérica. México. núm. 29. julio-septiembre, 1981.
- Debray, Régis. Revolución en la revolución. Chile. Ed. El Siglo. 1968.
- Department of State bulletin, 1972.
- De Olloqui, José Juan. La diplomacia total. México. Ed. Fondo de Cultura Económica. 1994.
- Documentos políticos; Bogotá, 1970; núm. 88.
- Edmonds. Robin. Soviet foreign policy (1962-1973). USA. Ed. The Rand Corporation. Sta. Monica, California, 1967.
- Frederick, A. Castrism-Theory and practice USA. Ed. Praeger. en York, 1965.
- Glinkin, A. et al. La evolución de la política de Estados Unidos en América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1983.
- Gonioski, S. Amerique Latine; la lutte pour la deuxième liberation. Francia. Ed. La Vie Internationale. november, 1972.
- Goure, León. Castro and revolution. USA. Ed. J., Suchlicki. University of Miami Press, 1972.

- *Granma*, septiembre 9, 1967.
- *Granma*, marzo 27, 1973.
- Halperin, Ernest. Soviet naval power, soviet-cuban relations and politics in the caribbean. USA. Ed. Praeger New York, 1972.
- Hamburgs, R. Soviet policy in developing nations. USA. Ed. Roger Kanet. Baltimore University, 1973.
- Harvey, Perloffs. Alliance for progress: a social invention in the markings. USA. Ed. Baltimore University, 1973.
- *Internationale Tribune* III, XII, 1972.
- James, Daniel. Cuba el primer satélite soviético en América Latina México. Ed. Libreros Unidos. 1981.
- Koroliov, N. Países de América del Sur y Rusia (1890-1917). Moscú. Ed. Progreso. 1972.
- Krasnov. La integración económica socialista y las relaciones económicas mundiales. Moscú. Ed. Progreso. 1993.
- Kudachkin, M.F. The experience of the chilean comunist party for the unity of the left forces and revolutionary transformations. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika. 1974.
- *Latin America report*; San Francisco. september, 1982.
- *Latinskaia Amerika*, núm. 9.
- *Le Monde Diplomatique*; agosto 25, 1979.
- *Le Monde Diplomatique*; october, 1975.
- Leiken, Robert. S. Soviet strategy in Latin America. USA. Ed. Praeger. Washington, O.C., 1982.
- Lenin, V.I. Las tareas inmediatas del poder soviético. Moscú. Ed. Progreso. O.C., t. 36. 1980.
- Lenin, V.I. La cultura y la revolución cultural. Moscú. Ed. Progreso. 1962.
- Leonov, N.S. Ensayos sobre la historia moderna y contemporánea de países centroamericanos. Moscú. Ed. Progreso. 1975.
- Lester Sobel, A. Cuba, Russia and Latin America. USA. Ed. facts on file inc; New York, 1979.
- *Libertad*, San José. 10. VI, 1972.
- Marshall, Goldman. Soviet foreign aid. USA. Ed. Washington University, 1982.
- Martí, José. Política en nuestra América. México. Ed. Siglo XXI. 1982.
- Melkinov, M. Doctrinas de política exterior de Estados Unidos. Moscú. Ed. Progreso. 1972,
- Mikoyan, Sergo. La Revolución nicaragüense. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika. 1980.
- Needler, M. The United States and the Latin America Revolution USA. Ed. Boston University, 1972.
- Nesterov, M. Por la ampliación del Comercio Internacional. Moscú. Ed. Prensa Novosti. 1977.
- N. U. Corporaciones Multinacionales y desarrollo mundial. USA. New York, 1973.
- Paniev, Yuri. América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1984.
- Paniev, Yuri. Relaciones económicas entre países de América Latina y el CAME. Moscú. Ed. Progreso. 1983.

- Pensamiento vivo de Sandino. Costa Rica, Ed. Universitaria Centroamericana (EDUCA). 5a. Ed., 1979.
- Petrov, Vladimir. The formulation of soviet foreign policy. Ed. Orbis, Vol. 27, 1973.
- Ponomarev, B. The world situation and the revolutionary process. México. Ed. Revista Internacional. junio, 1974.
- Popov, A. Some aspects of the cuban revolutionary experience. Moscú. Ed. Latinskaia Amerika. 1969.
- *Pravda*; enero 13, 1964.
- *Prensa Novosti* La colaboración económica de la URSS y los países en desarrollo Moscú, 1984.
- *Revista Internacional*, junio 1974.
- *Revista Internacional*, 1972.
- *Revista Internacional*, núm.11. 1974.
- Rozental, Andrés. La política exterior de México en la era de la modernidad. México. Ed. Fondo de Cultura Económica. 1993.
- Sandino, C. Augusto. Nicaragua, la estrategia de la victoria México. Ed. Nuestro Tiempo. 1980.
- Simes, K. Dimitri. Soviet foreign policy. USA: Washington papers, 1982.
- Sizonenko, Alexandr. Relaciones de la URSS con países de América Latina Moscú. Ed. Progreso. 1979.
- Tarasov, K. América Latina. Moscú. Ed. Progreso. 1982.
- *Time*, marzo 14, 1985.
- Therberge, D. James. Presencia soviética en América Latina. México. Ed. Gabriela Mistral. 1974.
- Triska, F. Jan. Soviet foreign policy. USA. New York, 1968.
- Trotsky, León. Literature and revolution. USA. Michigan University, 1960.
- Tucker, C. Robert. The soviet political mind. USA. New York, 1963.
- Volki, V. América Latina, petróleo e independencia. Moscú. Ed. Progreso. 1964.
- *Washington Post*, marzo 21, 1975.
- *Washington Post*, mayo 21, 1981.
- Washington University: United States military policies and programs in Latin America. 1969.
- Washington University. Latina America, hearing before the subcommittee on western hemisphere affairs on the committee on foreign relation United States. 1972.
- Washington University. Human Rights conditions in selected countries and the U.S. response. 1979.
- Washington University. U.S. relations in the caribbean and the Central America. 1979.
- Zhukov, G.A. Broader cultural exchange USA. Ed. New Times. núm. 2, enero 1960.